

JOANNE RYAN



Eran amigas
de la
infancia, así
que
compartir
casa será
divertido,
¿verdad?

LA INQUILINA

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Lodger

Autor: Joanne Ryan

Fecha de publicación original: Enero, 2022

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

THE LODGER

JOANNE RYAN

Tamarillas Press

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta publicación por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluidas la fotocopia, la grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso de la autora.

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares, negocios, organizaciones y situaciones de esta publicación son producto de la imaginación de la autora o se han empleado de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Diseño de portada: © Joanne Ryan

CAPÍTULO UNO

Gina

Lissa se mudó a la casa de al lado el año que cumplí doce. Era la primera semana de las vacaciones de verano y observé desde la ventana de mi habitación cómo tres hombres fornidos de la mudanza descargaban los muebles y los subían por el sendero hasta la casa.

Debbie, la del número diecisiete, y su mejor amiga Yvonne estaban al final del sendero de Lissa mirando con total descaro. Recuerdo que esas dos nunca parecían sentir vergüenza ni incomodidad, y si querían hacer algo, simplemente lo hacían; seguro que siguen igual.

Cuánto deseaba ser como ellas.

Al final, la curiosidad pudo conmigo y reuní el valor para salir de mi habitación, bajar y quedarme fuera observando a los de la mudanza. Mi plan era acercarme a Debbie y Yvonne y fingir que estaba con ellas. Cuando llegué, me miraron, soltaron unas risitas y se fueron ostentosamente al otro lado de la calle, dejándome allí plantada, sola y violenta. Tuve que quedarme donde estaba para guardar las apariencias, aunque lo que quería era volver corriendo a casa y esconderme en mi habitación.

Mis padres y yo vivíamos en la zona elegante de la calle. Técnicamente, la casa de Lissa estaba al lado de la nuestra, pero en realidad no quedaba cerca porque las casas y los jardines de alrededor eran enormes. Nuestra casa tenía cinco habitaciones,

demasiado grande para mis padres y para mí solos (sin contar a la au pair), con un jardín enorme y un sendero larguísimo. Esta era una de las razones por las que Debbie y Yvonne me llamaban esnob: nuestra casa era bastante señorial comparada con las suyas. Yo no era esnob en absoluto; simplemente era diferente a ellas.

Debbie y Yvonne vivían en el otro extremo de la calle, donde las casas eran adosadas y los jardines mucho más pequeños; las habían construido más de diez años después que las nuestras, cuando varios propietarios vendieron sus enormes jardines a promotores. Yo no recordaba una época en que no estuvieran allí, pero mis padres no estaban nada contentos con las casas *nuevas*, como las llamaban; pensaban que bajaban el nivel del barrio y le quitaban valor a la nuestra.

No es que me contaran nada de esto; lo sabía porque era experta en escuchar a escondidas. Solía quedarme en el rellano, arriba de las escaleras, escuchándolos cuando creían que estaba en la cama. Oía el tintineo de las copas y sus cotilleos, porque era la única forma de enterarme de algo. Así que yo no era esnob, pero mis padres desde luego que sí.

La primera vez que vi a Lissa me quedé deslumbrada: era preciosa. Tenía mi misma edad, pero parecía mucho mayor y más sofisticada. Yo era desgarrada y torpe; ella, perfecta. Tenía el pelo rubio y rizado, unos ojos azules enormes y unas piernas y brazos largos y esbeltos; todo lo contrario que yo, con mi pelo lacio de un castaño apagado y unas piernas como palillos sin forma alguna. Había pegado un estirón en los meses anteriores y les sacaba una cabeza a casi todos mis compañeros. En aquel momento pensaba que estaba deforme, que nunca dejaría de crecer y que acabaría convertida en una gigante. Ahora me da risa pensarlo, pero entonces estaba convencida de que me pasaba algo grave. En realidad, no crecí ni un centímetro más y mido lo mismo desde los doce años; ahora no soy alta en absoluto, solo del montón. Pero a los doce me sentía un bicho raro, me odiaba a mí misma y solo quería ser como las demás. Me encorvaba para intentar parecer más baja, pero así llamaba aún más la atención.

Increíblemente, a pesar de lo mucho que me odiaba y de mi torpeza, Lissa y yo nos hicimos amigas.

Había sido la rara del colegio desde que tenía memoria, a pesar de mis torpes intentos por encajar, y esperaba que Lissa me ignorara como hacía la mayoría de mis compañeros. Me juntaba con los otros *impopulares*: los empollones demasiado listos y los borregos poco listos, y pensaba que ese era mi destino.

Así que cuando la madre de Lissa aparcó detrás del camión de mudanzas en un coche elegante y reluciente, y Lissa bajó y vino directa hacia mí y se puso a hablarme, creí que me había muerto y estaba en el cielo. Aquella criatura maravillosa me estaba hablando de verdad, como si yo fuera una chica normal y no una marginada. Debbie y Yvonne ya se habían aburrido de mirar a los de la mudanza y se habían ido a casa. Yo me había quedado porque no tenía nada mejor que hacer, y muchas veces me pregunto si Lissa se habría fijado en mí de haber seguido ellas allí.

Seguramente, no.

Lissa, como descubrí enseguida, hablaba por los codos, como solía decir mi madre. Pero a mí me parecía bien porque sabía escuchar y casi nunca tenía mucho que decir. Lissa era divertida y también encantadora, aunque entonces no era consciente de ello porque no tenía ni idea de lo que era el encanto. Ahora sí lo sé, claro.

Nunca hay que subestimar el poder del encanto. Creo que, si pudiera elegir un don, elegiría el encanto, porque la belleza se desvanece con el tiempo, pero el encanto no. Me parecía injusto que Lissa tuviera ambas cosas y yo ninguna.

Y así empezó el mejor verano de mi vida; puedo decir con toda sinceridad que ninguno lo ha igualado en los veintiún años que han pasado desde entonces. El tiempo, al menos en mi recuerdo, era perfecto todos los días, y Lissa y yo nos pasábamos las horas en bicicleta bajo aquel sol interminable, explorando el pueblo. Lissa no le tenía miedo a nada, y recorrimos kilómetros hasta lugares donde yo nunca había estado, aunque había vivido allí toda mi vida.

Ahora, cuando miro atrás, los doce años me parecen tan pocos; demasiado pocos para ir en bici durante horas o coger el autobús al

centro sola, pero entonces no me lo parecía: era lo más normal del mundo. Cuanto más tiempo pasaba con Lissa, más segura me sentía; ella escuchaba lo que yo tenía que decir y no me sentía tonta hablando con ella. Me llenaba de alegría que se riera de mis chistes malos y que pareciera de verdad interesada en lo que le contaba. Por fin, pensé, he encontrado una amiga de verdad.

Mis padres trabajaban muchas horas, y a María, la au pair española que habían contratado para cuidarme, le daba igual dónde estuviera con tal de que volviera a casa antes de que llegaran mis padres del trabajo. Creo que María hacía su vida mientras yo andaba por ahí, pero eso me venía bien siempre que pudiera hacer lo que me diera la gana. Sabía instintivamente, sin que ella me lo dijera, que si quería libertad tenía que guardar silencio sobre adónde iba y no abrir la boca.

La madre de Lissa no trabajaba, pero casi nunca estaba en casa. Siempre andaba saliendo: a la peluquería, al salón de belleza, a ver a amigas, y nunca parecía importarle adónde fuera Lissa. Lissa tenía su propia llave para entrar y salir, y yo me moría de envidia; decía que su madre confiaba en ella y que, mientras fuera sensata, le daba igual adónde fuera.

Una vez oí a mi madre referirse a la madre de Lissa como una *esposa trofeo* en tono burlón, pero en aquel momento no sabía lo que significaba. Mi madre despreciaba a cualquiera que no trabajara tantas horas como ella; pensaba que ser abogada era mucho más importante que criar a su propia hija. En cuanto a mi padre, consideraba que mi crianza era cosa de mi madre. Muchas veces me pregunto si alguna vez quisieron tener hijos o si fui un accidente. Se lo pregunté a mi madre cuando me hice mayor y dijo que no, pero, como ahora sé, era una mentirosa.

Los días volaban y no quería que aquel verano terminara nunca, aunque sabía que tenía que acabarse. Cuando descubrí que Lissa iba a empezar en septiembre en el mismo colegio al que asistía, me puse eufórica y en secreto esperaba que nos tocara en la misma clase. Estaba deseando que todos en el colegio vieran que yo *sí* merecía la pena. Sabía que mis compañeros se morirían de envidia

de que alguien como Lissa me hubiera elegido como su mejor amiga.

Por supuesto, no nos tocó en la misma clase, habría sido pedir demasiado, pero me consolé pensando que aun así nos veríamos todos los días porque éramos vecinas.

Cuando empezó el nuevo trimestre, Lissa era la chica nueva y no conocía a nadie, pero enseguida se convirtió en una de las más populares del colegio, tal y como yo sabía que pasaría. Todo el mundo quería ser su amiga y se integró sin problemas en su nuevo colegio. Mucho más fácilmente que yo, aunque al principio solo me conocía a mí. Era guapa, inteligente y divertida, y todo el mundo quería estar con ella y *ser* como ella. En muy poco tiempo, Lissa fue acogida en el grupo de las chicas más populares, y desfilaban por el colegio envueltas en una nube de brillo de labios con sabor a fresa y melenas relucientes, consiguiendo que hasta el aburrido uniforme escolar pareciera glamuroso.

Me sentía orgullosa de que fuera mi amiga y no podía evitar pavonearme cuando todos nos veían entrar juntas al colegio cada mañana. Ya no caminaba encorvada, ahora iba con la cabeza bien alta, satisfecha de que Lissa estuviera contenta de tenerme como amiga.

Cada día, en cuanto sonaba el timbre de salida, salía corriendo de mi aula y la esperaba a la puerta de su clase para volver juntas a casa.

Solo que las cosas habían cambiado.

Ahora que Lissa tenía otras amigas, ya no me necesitaba; el tercer lunes del trimestre, llegué a la puerta de su clase al final del día y ya se había marchado. Me dije que se le había olvidado; me engañé pensando que había llegado tarde y me la había perdido, pero en el fondo lo sabía. Lo confirmé a la mañana siguiente cuando pasé a buscarla, como siempre, para ir juntas al colegio. Todavía recuerdo la devastación que sentí cuando su madre me dijo que ya se había ido.

No podía creer que Lissa me hiciera algo así; éramos mejores amigas.

Al día siguiente puse el despertador mucho más temprano, me levanté y me arreglé para el colegio para poder vigilar desde mi ventana y asegurarme de que no se fuera antes de que pasara a buscarla. Sabía que estaba allí, pero cuando llamé a su puerta y me abrió su madre, me dijo que ya se había ido. Aunque no hubiera estado vigilando y supiera que era imposible que Lissa hubiera salido de casa sin que yo la viera, la cara de su madre me lo dijo todo. No sabía mentir. Era amable y cálida, a diferencia de la mía, y se sonrojó y apartó la mirada cuando dijo que Lissa ya se había ido.

Supe entonces que nuestra amistad había terminado.

Me habían utilizado.

Algo bastante habitual en las amistades de la infancia, y aunque en su momento me rompió el corazón, lo superé, como hacen los niños. Se acabaron los fines de semana de paseos en bici y las visitas a la biblioteca o al parque; se acabaron las acampadas en los jardines de cada una y compartir una bolsa de patatas del quiosco. Mi verano de amistad quedó borrado y para Lissa era como si yo nunca hubiera existido; me evitaba en el colegio hasta que pillé la indirecta y dejé de molestarla. Al final volví con mis amigas empollones, que estaban encantadas de recibirme de vuelta en las filas de los marginados.

Pasaron los años y nuestras vidas siguieron adelante. Dejamos el colegio y fuimos a universidades distintas, y si nos cruzábamos por la calle cuando estábamos en casa durante las vacaciones, éramos educadas la una con la otra, pero nunca volvimos a tener una relación cercana. No hice ningún intento de reavivar nuestra amistad porque, aunque no fuera una de las populares, tenía mi orgullo.

Se casó —por supuesto no me invitaron, ya que para entonces apenas nos saludábamos con la cabeza— y una vez más, desde la ventana de mi dormitorio, la vi salir de casa. Esta vez llevaba un vestido de novia de cuento de hadas y del brazo de su orgulloso padre, y recuerdo pensar lo guapa que estaba mientras subían a la limusina. Había visto a su futuro marido y hacían una pareja perfecta: guapo, seguro de sí mismo, ambicioso y de una familia más adinerada que la de Lissa. Fue mi madre quien me informó de la riqueza de su familia, ya que de alguna manera siempre se

enteraba de esas cosas. Yo era una decepción para mi madre y, aunque nunca lo dijo con todas las letras, su comportamiento hacia mí dejaba claro que la había decepcionado por no encontrar un buen partido. Lissa se había casado bien, como suele decirse, y le había ido de maravilla.

Con el paso de los años, fui olvidándome de nuestra amistad y de aquel verano increíble, y mi vida siguió su curso. Mis padres se mudaron del barrio poco después de que Lissa se casara, así que no tenía motivos para volver y nuestros caminos no volvieron a cruzarse. Vivimos en una ciudad grande y puedo contar con los dedos de una mano las personas del colegio con las que me he cruzado desde entonces.

Al terminar la universidad, empecé lo que acabó siendo una carrera muy exitosa en servicios financieros. Después de adquirir experiencia en una gran empresa de gestión financiera, me independicé y ahora tengo mi propio negocio próspero. Puede sonar aburrido, pero es la profesión perfecta para mí porque los números nunca te fallan: no engañan ni mienten, y siempre sabes a qué atenerte con ellos.

Mi vida es buena y, aunque sigo soltera, he tenido mis rollos y mis novios, pero nadie con quien pudiera imaginarme sentando la cabeza.

Hasta ahora.

James y yo nos lo estamos tomando con calma; quiero que esta vez todo salga bien. Solo tengo treinta y tres años y no hay ninguna prisa. Pero tengo esperanzas, porque aunque hace poco que nos conocemos, él es absolutamente perfecto. Por increíble que parezca, no le encuentro ni un solo defecto y, lo que es más, él parece pensar que yo también soy perfecta.

Así que ya no soy la niña triste que era; tengo una casa, una carrera de éxito y amigos, cosas que nunca creí posibles cuando era pequeña. Con los años he ido pensando en Lissa cada vez menos. Cuando la recuerdo, me la imagino viviendo en una casa perfecta con su marido perfecto y, seguramente, hijos perfectos. Sinceramente, pensaba que era muy improbable que volviera a verla.

Hasta que un día apareció en mi puerta.

CAPÍTULO DOS

Gina

Ser asesora financiera tiene una ventaja: si no eres estúpida y sigues tus propios consejos, puedes asegurarte la estabilidad económica de por vida. Parece obvio, ¿no? Pero créeme, conozco a muchos asesores financieros endeudados hasta las cejas.

Yo no, desde luego.

El consejo que siempre doy es invertir en inmuebles porque es una apuesta segura. Hay otras formas más rápidas de ganar dinero, pero también más arriesgadas. Cuando compras un inmueble, siempre que no lo hagas en el pico del mercado, tienes prácticamente garantizado que tu inversión aumentará de valor. E incluso si compraras en el pico, si esperas lo suficiente, lo más probable es que acabe saliendo bien.

Podría haberme quedado en mi piso y comprar otro para alquilar, pero varias cosas me echaron para atrás: el impuesto adicional de transmisiones patrimoniales por las propiedades de alquiler, los intereses extra de la hipoteca y las plusvalías cuando finalmente la vendiera. Así que, en lugar de eso, puse mi pequeño piso en venta y compré la casa más grande y cara que pude permitirme: un chalet de cuatro dormitorios con un gran jardín en una zona muy cotizada. Dos de los dormitorios son en suite, tiene una amplia cocina-comedor, un cuarto de lavado y un comedor independiente. Y también el imprescindible garaje doble al que aspira todo profesional con ambiciones.

Una casa de cuatro dormitorios para mí sola parece un poco absurdo, lo reconozco, pero tengo esperanzas de futuro con James. Mientras tanto, seguí otro de los consejos que suelo dar a mis clientes.

Alquila una habitación.

No me hacía mucha gracia porque valoro mi intimidad, pero me convencí pensando que, en la práctica, apenas tendría que verlo: dispondría de su propio baño y le cedería otro dormitorio como salón, así que solo compartiríamos la cocina. Eso podría soportarlo. Tiene todo el sentido del mundo desde el punto de vista económico, con muy pocas molestias, y si no funciona o me canso, simplemente le pido que se vaya.

Lo ideal, pensé, sería alguien que alquilara de lunes a viernes. Sé que mucha gente se aloja en Londres entre semana y, aunque esto no es Londres, hay muchas personas que vienen aquí a trabajar. Un abono de tren probablemente cuesta más que alquilar mi habitación libre. De lunes a viernes significaría tener la casa para mí sola los fines de semana, pero aunque lo preferiría, no es imprescindible, solo una preferencia.

Redacté un anuncio para Facebook y puse un alquiler bastante más caro que el de las otras habitaciones que se anunciaban allí, para disuadir a indeseables; necesito a alguien profesional como yo. No soy clasista, pero si voy a compartir mi casa con alguien, quiero que sea una persona decente.

Y así fue como Lissa llegó a mi puerta.

Sabía que era Lissa antes de que llegara; para eso están los perfiles de Facebook, y había examinado el suyo a fondo. Ella, en cambio, no habría tenido ni idea de quién era yo por mi perfil, porque ya no tengo el mismo apellido y había publicado el anuncio en mi página profesional. Mi perfil personal está configurado como privado, así que no habría podido sacar ninguna información de ahí, dado que no somos amigas en Facebook. En mi página profesional no hay ninguna foto mía, así que tampoco habría forma de que me reconociera de nuestra amistad infantil de hace tantos años. Aunque vivimos en la misma calle hasta que ella se casó, apenas tuvimos relación, así que no me hago ilusiones de que me recuerde.

Aunque yo sí la recuerdo a ella; pero es porque ella es memorable, y yo no. Por su foto de perfil de Facebook pude ver que no ha cambiado nada; sigue teniendo ese precioso pelo rubio — aunque quizás ahora con un poco de ayuda de la peluquería— y en la foto se veía aún más guapa de lo que recordaba. Así que me sorprendió muchísimo saber que quería alquilar mi habitación. Se casó *bien*, viene de una familia acomodada donde el dinero nunca ha sido problema, así que ¿qué podría haber pasado para que tenga que alquilar la habitación de otra persona? Estudié su página de Facebook, pero no había ninguna pista, salvo que no había publicado nada en los últimos meses.

Tendría que esperar a que llegara.

Me contactaron muchas otras personas interesadas, tantas que retiré el anuncio para que dejaran de llegarme mensajes. Quizás no puse el alquiler tan alto como podría, pero era una cantidad con la que me sentía a gusto. Respondí a todos, pero me aseguré de darle a Lissa la primera cita. Tenía curiosidad por saber cómo había acabado buscando habitación en casa de alguien, aunque, claro, puede que no quisiera contármelo. También había una parte de mí, siendo sincera, que se alegraba un poco de haberme labrado una buena posición, algo que ella no podría dejar de notar cuando llegara.

Me aseguré de tener el pelo recién lavado, el maquillaje bien aplicado y de ir vestida de forma informal pero elegante. Puede que no tenga su belleza, pero saco el máximo partido a lo que tengo, y lo que el gimnasio no arregla, la buena ropa lo disimula.

La casa estaba impecable y lucía lo mejor posible porque mi limpiadora habitual había venido el día anterior. Aunque tampoco es que alguna vez tenga otro aspecto: soy muy ordenada y no soporto el desorden. Había comprado un gran ramo de flores frescas en la floristería de la esquina y las había colocado en el aparador del salón. La casa estaba espectacular y sabía que no tendría ningún problema para alquilar la habitación. Iba a pedir una fianza considerable, por mi propia tranquilidad.

Cuando sonó el timbre, me obligué a contar hasta diez antes de levantarme del sofá para no parecer demasiado ansiosa, y luego me

dirigí tranquilamente al recibidor. Respiré hondo y abrí la puerta.

* * *

Estamos sentadas en el salón; yo en un sofá y ella en el otro, frente a mí. Nos dimos la mano cuando entró y no estoy segura de si me reconoció, pero me miró y frunció ligeramente el ceño, como desconcertada. Sé que voy a tener que decirle que la conocí hace años, porque si no, va a resultar raro.

Yo voy a parecer rara.

Por una vez, sus fotos de Facebook no mienten: es tan guapa en persona como en las fotos, pero bajo el maquillaje perfectamente aplicado puedo distinguir un leve rastro de ojeras. Parece casi apagada, nada que ver con la que yo recuerdo. De niñas, iluminaba cualquier lugar al que entraba y siempre era el centro de atención.

Abro la boca para hablar, pero ella se me adelanta.

—¿Gina? —pregunta, vacilante—. ¿Te conozco de algún sitio? Llevo un rato devanándome los sesos porque me resultas muy familiar.

—Bueno —digo, con una sonrisa de resignación—. En realidad, de niña vivía justo al lado de tu casa en Wetherton Avenue.

—¡Por supuesto! —Cae en la cuenta y parece ligeramente sorprendida; luego su rostro se ilumina con una sonrisa, la Lissa de antes asomando por un momento.

—¡Georgina! —dice—. Dios mío, ¡cómo pasa el tiempo! Fue hace una eternidad, ¿verdad?

—Lo fue —coincido, sorprendida por la repentina oleada de antipatía que sentí al oírla llamarme por mi nombre completo. Cómo odiaba ese nombre. Los acosadores del colegio disfrutaban llamándome George y diciendo que era un chico por mi pecho plano, mis rasgos angulosos y porque era más alta que todas las demás chicas. Culpaba a mi madre por ponerme el nombre de su padre y la odiaba por ello. Ahora siempre me presento como Gina y nunca le digo a nadie mi nombre completo.

Se hace un silencio incómodo y me pregunto si estará recordando cómo me trató. No puede tener tan mala memoria como para haberlo olvidado, ¿verdad?

—¿Mantienes contacto con alguien del colegio? —pregunta—. ¿O eres como yo, que nunca miro atrás?

—No, nunca veo a nadie —digo, negando con la cabeza—. De todos modos, probablemente ya no tendría nada en común con ninguno de ellos.

—Sé a qué te refieres —dice Lissa, riendo—. Mantuve el contacto con un par de amigas del colegio durante unos años, pero luego la cosa se fue apagando porque ninguna se molestó en mantenerlo. La vida sigue, ¿no?

—Desde luego —digo, con una sonrisa—. Y no me parezco en nada a la persona que era entonces.

—Yo tampoco —dice, pensativa—. Ya somos adultas, ¿verdad? Todas hemos hecho cosas de niñas que no haríamos de mayores. —Tiene una expresión extraña en el rostro y me pregunto si se estará disculpando por su comportamiento de hace tantos años. ¿Es esta su forma de pedir perdón? Quizás lo sea, porque no puede decirlo así, sin más; sería demasiado raro disculparse por algo que hizo cuando tenía doce años.

No respondo, pero de pronto me siento animada; *sí* está arrepentida, aunque no sea capaz de decirlo.

Me levanto del sofá con una sonrisa. —¿Por qué no te enseño la casa para que veas si es lo que buscas? —Quiero presumir de mi casa; demostrarle que he triunfado en la vida y que ya no soy la inadaptada tímida de hace tantos años.

—Eso sería genial —dice, y se levanta.

Me sigue mientras le hago la visita guiada de la casa. Hace comentarios elogiosos sobre el tamaño de las habitaciones y la decoración impecable —pagué una fortuna a un decorador profesional para que pintara toda la casa antes de mudarme—, pero noto que no está muy convencida, y para cuando volvemos al salón estoy segura de que no quiere quedarse con la habitación.

—Bueno —digo, mientras volvemos a sentarnos en el sofá—. ¿Te interesa la habitación? Me temo que necesito una respuesta

inmediata porque tengo una lista de otras personas que quieren verla si no es lo que buscas.

—Es una casa grande —dice, sin responder a mi pregunta—. ¿Vives aquí sola del todo, Gina?

—Sí —digo. Pensaba que ya se lo había dicho. No dice nada y se mira las manos—. Pero bueno —digo, mientras el silencio se alarga y empieza a resultar incómodo—, sí que tengo a alguien especial en mi vida y estoy segura de que en el futuro esto se convertirá en un hogar familiar, si sabes a qué me refiero.

A Lissa se le ilumina el rostro y sonrío.

—Qué bien —dice—. Me alegro mucho por ti, es una casa fabulosa.

No sé por qué he dicho eso y de pronto me siento ridícula. Solo hace poco que conozco a James y, aunque en secreto espero que sea el hombre de mi vida, ¿por qué diablos lo he dicho?

Sé por qué: porque no quiero que piense que sigo siendo aquella niña triste y solitaria de doce años, por eso.

—Entonces, ¿solo buscas a alguien que alquile a corto plazo? —pregunta.

Consciente de que me he puesto en un aprieto con mi estúpido comentario, pienso bien antes de responder.

—No puedo darte un plazo definitivo, pero probablemente solo necesite una inquilina durante un año.

Quiero que se vaya ya porque me siento tonta; tengo la sensación de que se han invertido los papeles y de que es Lissa quien me está entrevistando *a mí* para ver si soy apta para compartir casa.

—Es perfecto —dice de pronto—. Me quedo con la habitación.

—Ah —digo, sorprendida—. ¿Estás segura? Porque voy a pedir una fianza bastante alta antes de cancelar a las otras personas que quieren verla.

—Sí, la quiero sin duda —dice—. Es ideal; está cerca de donde trabajo y conozco muy bien la zona. Perdona si he estado un poco indecisa, pero todavía me estoy adaptando a vivir sola y todo es un poco extraño. No sé si lo habrás adivinado, pero me estoy divorciando. Necesito un sitio donde quedarme hasta que se venda nuestra casa y pueda comprarme algo propio.

—Vaya, entiendo —digo—. Lo siento, debe de ser un momento difícil para ti.

—Lo es. —Se mira el regazo—. Pero es decisión mía y tengo que mirar hacia delante. No paro de repetirme que dentro de un año todo habrá terminado y me sentiré como una persona nueva.

—¿Dónde estás viviendo ahora? —pregunto.

—Los dos seguimos en la casa, pero dormimos en habitaciones separadas —hace una mueca—. No es lo ideal, aunque nos tratamos con total cortesía. Y no ayuda que yo haya sido quien pidió el divorcio y Hugh no quiera separarse. Se niega a irse. Creo que espera que, si se queda, cambie de opinión.

—Incómodo —digo.

—Mucho —dice Lissa—. Por eso necesito irme y dejar que se haga a la idea de que no hay vuelta atrás. Así los dos podremos pasar página.

Un poco como me dejaste atrás a mí. El pensamiento me asalta antes de que pueda evitarlo. Lissa no ha cambiado nada; en mi experiencia, la gente no cambia. Sigue pensando solo en sí misma, pero da igual, no tenemos que ser las mejores amigas; solo va a ser mi inquilina durante un tiempo.

—Podría volver a casa de *mis padres*, claro —dice Lissa con una sonrisa—. Pero me temo que se olvidarán de que ya soy adulta y me tratarán como a una niña de catorce años. Mamá aún conserva mi habitación exactamente igual que cuando me fui y me ha suplicado que vuelva para poder cuidarme. No creo que aguantara tenerla encima todo el día, aunque sé que lo hace con buena intención. —Se ríe y me uno a ella.

—Bueno —digo, cuando dejamos de reírnos—, ¿cuándo querrías mudarte?

CAPÍTULO TRES

Gina

Miro a la señora Heppleton desde el otro lado del escritorio e intento no bostezar. Está sola y es mayor, me recuerdo, y más importante aún, es muy buena clienta.

Viene a mi oficina todos los viernes, sin falta, para hablar de sus finanzas. Antes no pedía cita; simplemente aparecía sin avisar y esperaba que estuviera disponible. Si tenía otro cliente, se marchaba una hora, volvía, esperaba, y así hasta que quedaba libre para atenderla. Acabé con esto insistiendo en fijar una cita semanal para saber al menos cuándo vendría. No suelo hacer esto con los clientes porque no es nada necesario, pero la señora Heppleton es mi clienta más adinerada y es un pequeño precio a pagar por conservarla. En realidad no hay nada *que* hablar sobre sus finanzas; sus cuantiosos ahorros están invertidos de forma segura y le generan unos ingresos muy holgados. Se lo confirmo cada semana y, una vez hecho, se relaja y se pone a contarme cosas de su gato, de su visita al médico o del vecino que nunca mete el cubo de basura. Intento parecer interesada aunque me cuenta prácticamente lo mismo cada semana.

Mi asistente, Susie, ya se sabe el procedimiento y trae una taza de té con dos galletas digestivas cinco minutos después de que llegue la señora Heppleton. No es que sea insensible, pero tengo un negocio que llevar y no puedo pasarme horas charlando con clientes sobre nada; por eso Susie tiene instrucciones de

asomar la cabeza por la puerta a la media hora y recordarme que tengo una reunión. Suele funcionar: la señora Heppleton capta la indirecta y baja taconeando por la estrecha escalera hasta la calle.

—¿Qué opinas, querida? —La voz de la señora Heppleton me saca de mis pensamientos e intento recordar de qué ha estado hablando. Me suena vagamente algo del gato, ¿o era una visita al hospital? La verdad es que no estoy segura.

—Bueno, es complicado —digo, sin mojarme.

—Eso mismo pensaba yo, querida —la señora Heppleton se inclina hacia delante—. Aunque sé que Samson se pondrá celoso, creo de verdad que otro gato le hará compañía.

Ah, otra vez los gatos.

—Seguro que Samson supera los celos —digo con una sonrisa—. Y a usted también le vendría bien tener un gatito nuevo.

La señora Heppleton sonrío, coge la taza y le da un sorbo, aunque el té debe de estar helado a estas alturas.

—Tienes razón —dice—. En cuanto llegue a casa voy a mirar lo de adoptar un gatito. Siempre me siento mejor después de hablar contigo, querida. Me ayudas a ver las cosas con claridad.

Es una anciana tan dulce que de pronto me invade una profunda lástima; no tiene más familia que un sobrino avaricioso que lo heredará todo cuando muera. La visita lo justo para caerle en gracia —por su cumpleaños y en Navidad, normalmente— y ella le agradece patéticamente cualquier migaja de atención que le dedique. Lo conocí cuando ella vino a una cita y lo trajo consigo. Intentó, sin éxito, disimular su alegría y sorpresa al descubrir exactamente cuánto tenía ella. Todo será suyo en un futuro no muy lejano, porque la señora Heppleton ya pasa de los ochenta. Incluso tiene copia del testamento que le redactó el abogado de la señora Heppleton, porque ella dijo que quería que todo quedara claro y sin tapujos.

La señora Heppleton estuvo casada más de cincuenta años antes de enviudar, pero nunca tuvo hijos o, en sus propias palabras, *nunca fue bendecida*. Parece muy triste que gente buena como ella no pueda ser madre, mientras que padres como los míos no tuvieron ningún problema en traerme al mundo. Al

darme cuenta de que mi mente vuelve a divagar, regreso al presente y le dedico una cálida sonrisa a la señora Heppleton.

—Me alegro de poder ayudar —digo—. Y siempre es un placer charlar con usted.

La puerta se abre y Susie asoma la cabeza por mi despacho.

—Tu teleconferencia de las tres empieza en cinco minutos, Gina —dice.

—Gracias —digo, mientras Susie vuelve a su diminuto despacho, que también hace las veces de recepción.

La señora Heppleton deja la taza con cuidado en el platillo, se levanta y coge el abrigo del respaldo de la silla.

—Te dejo seguir, querida —dice mientras se pone el abrigo.

—Hoy es un día muy liado —miento—. Y por desgracia, no todos mis clientes son tan agradables como usted.

Sonríe y camina despacio hacia la puerta, con el bolso colgado del brazo. Siento un ramalazo de tristeza al verla marchar; va a volver a un hogar vacío donde solo la esperan un gato y la televisión.

A diferencia de mí.

Ahora tengo inquilina, porque Lissa se mudó el fin de semana pasado.

Llegó a mi casa el sábado por la mañana con el coche lleno hasta arriba de cajas, maletas, cojines de todo tipo y cachivaches metidos en cada hueco. Las dos habitaciones que alquila están amuebladas, así que no necesita traer muebles. El dormitorio tiene cama, cómoda, mesita de noche y armario empotrado, y la otra habitación tiene el sofá que yo tenía en mi antiguo piso —apenas usado—, una mesita auxiliar y un televisor en la pared. Justo estaba pensando que a lo mejor le cabía todo ahí cuando me dijo que tenía que volver a por otro viaje.

Mientras la ayudaba a subirlo todo, me recordé que, mientras guarde todos sus trastos en sus habitaciones, no habrá problema. Puede tener las puertas cerradas, y si prefiere vivir entre el desorden, es cosa suya y a mí no me afecta. No tengo que verlo ni convivir con ello, así que no será problema. No recordaba si de

niña era ordenada, pero daba igual, me dije, porque aparte de para cocinar apenas nos vamos a ver.

Eso pensaba yo, al menos.

La primera semana *no* la vi; la oía moverse por arriba y se oían golpes y ruidos de arrastre que supuse serían de ella desembalando y colocándose. Supe que había usado la cocina en mi ausencia porque el domingo, al abrir el lavavajillas, encontré platos y cuencos. Yo apenas había parado por casa porque había tenido un fin de semana muy movido con James, así que Lissa y yo no coincidimos. Me alivió ver que había recogido todo en la cocina. Eso confirmaba que no estoy compartiendo casa con una guarra, porque no creo que lo soportara. Menos mal, porque caí en que debería haberlo especificado en el anuncio. Respiré tranquila al comprobar que Lissa parece ser una persona ordenada.

No la vi en toda la semana y, de no ser porque el lavavajillas se llenaba más rápido, no habría sabido que había otra persona viviendo en mi casa. Cada vez que subía, sus puertas estaban cerradas a cal y canto y solo el murmullo del televisor delataba su presencia. ¿Cuál era el protocolo normal con los inquilinos?, me preguntaba. ¿Debía llamar a la puerta y preguntarle si se estaba instalando bien? No tenía ni idea, ya que nunca había conocido a nadie que tuviera un inquilino, así que no hice nada.

Estaba empezando a sentirme incómoda con la situación y pensando que quizás *debería* hacer algo cuando la decisión se tomó sin mi intervención. Cuando llegué a casa del trabajo anoche, fui directamente al salón y me dejé caer en el sofá. Había tenido un día ajetreado y había pasado la tarde visitando a uno de mis clientes que vive a las afueras. Después de conducir de vuelta a casa bajo una lluvia torrencial, en plena oscuridad, lo único que podía hacer era quitarme los zapatos y tumbarme en el sofá para descansar los ojos un rato. Estaba debatiendo si pedir comida a domicilio o buscar algo en el congelador cuando Lissa llamó a la puerta del salón. Casi pego un brinco del susto porque, la verdad, había olvidado que vivía aquí. Le dije que pasara y ella entró como un torbellino, se dejó caer en el sofá y se puso a contarme todo

sobre su semana. Dijo que había pasado toda la semana ordenando sus cosas y cambiando su dirección en todas partes y, sinceramente, me agotó solo escucharla. Intenté parecer interesada, pero estaba tan exhausta que ya me veía mentalmente metiendo un poco de sopa en el microondas, comiéndomela e yéndome directa a la cama. Creo que se dio cuenta porque me preguntó si estaba bien. Le dije que solo estaba cansada y que había sido un día muy estresante y, por suerte, captó la indirecta, se levantó de un salto y subió a su cuarto.

Pero antes de irse, sugirió cocinar la cena para las dos mañana por la noche.

Así que esta noche cenamos juntas.

* * *

Al cerrar la puerta principal, me llega el olor a ajo; huele de maravilla y se me hace la boca agua. Me ruge el estómago y no es de extrañar: no he comido desde esta mañana, y eso fue solo un cuenco de gachas. A menudo me salto el almuerzo porque me parece una buena forma de controlar mi peso, pero la desventaja es que me provoca un dolor de cabeza espantoso. Hoy me lo salté porque no sabía qué iba a cocinar Lissa esta noche ni si estaría cargado de calorías.

—¡Hola! —Lissa aparece en la puerta de la cocina, espátula en una mano, copa de vino en la otra. Lleva unos pantalones de pijama de cuadros rosas y un jersey amplio y mullido encima. Tiene el pelo recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza, sujeto con algo parecido a un palillo chino atravesado. Debería parecer un desastre — yo desde luego lo parecería si me vistiera así —, pero no, está deslumbrante sin el menor esfuerzo. Al instante me siento desaliñada, fea y gorda.

—Hola —respondo, forzando una sonrisa. Estoy cansada y solo quiero que me dejen en paz. No me apetece nada tener que darle a la lengua durante una cena que no me apetece.

—¿Qué te parecen unos espaguetis a la boloñesa con pan de ajo casero? —pregunta Lissa.

Antes de que pueda responder, continúa.

—Dios mío, no serás vegetariana, ¿verdad? Nunca se me ocurrió preguntarte. Debería haberlo hecho...

—Tranquila —digo—. Como de todo.

—Ah, vale. —Parece un poco sorprendida y me doy cuenta de que sueno borde y parezco completamente desgraciada y desagradecida. Además, estoy dando a entender que, por muy mala que sea su cocina, me lo comeré igual.

—Lo que quiero decir —aclaro— es que como cualquier tipo de carne o pescado. Los espaguetis a la boloñesa suenan de maravilla.

—¡Genial! —Lissa sonrío de oreja a oreja—. También tengo vino, una buena botella de tinto.

—Mejor todavía —digo, sonriendo. Cuelgo el abrigo y la sigo hasta la cocina. Yo siempre cierro la puerta de la cocina cuando cocino para que el olor no impregne toda la casa; tampoco quiero que el abrigo del recibidor acabe oliendo a comida. Abro la boca para decírselo, pero la cierro enseguida; esa conversación puede esperar, no es el momento ahora que acaba de cocinar para mí. La mesa está puesta para dos y la observo mientras se acerca a la encimera, me sirve una copa generosa de vino y me la pasa, y luego se llena la suya.

—¡Por compartir casa! —dice, alzando la copa hacia mí.

Levanto la copa y brindamos. Doy un sorbito y observo cómo Lissa le da un buen trago. Rara vez bebo porque me gusta mantener el control total de mis facultades; tengo muy poca tolerancia al alcohol. Pero no quiero parecer una aguafiestas ni dar la impresión de ser una abstemia aburrida, así que me obligo a beber un poco más.

Mientras bebo, no puedo evitar sentirme un poco molesta por su comentario: no estamos compartiendo casa, esta es *mi* casa y ella es mi inquilina.

—Venga, siéntate —ordena Lissa—. Yo sirvo.

Retiro la silla y me siento mientras Lissa llena los platos y los trae. Tiene una pinta y un olor deliciosos.

—Mmm —digo, enrollando carne y espaguetis en el tenedor—. Huele de maravilla.

—Bueno —dice, con la boca llena—. No me gusta presumir, pero se me da bastante bien la cocina.

Tengo que darle la razón: picante y sabrosa, la boloñesa está perfecta y los espaguetis están en su punto, justo como me gustan.

—Bueno —dice Lissa, entre bocado y bocado—. ¿Qué tal tu semana? Trabajas en finanzas, ¿verdad?

Suena increíblemente aburrido cuando lo dice, y supongo que lo es, comparado con su trabajo. Lissa es diseñadora de interiores y trabaja para una agencia de diseño elegante y exclusiva; su trabajo suena tremendamente glamuroso, un torbellino de visitas a gente rica en casas carísimas.

—Sí —digo, dando un sorbo al vino—. Ahora mismo hay mucho trabajo, nunca faltan clientes que quieran asesoramiento sobre cómo invertir mejor su dinero.

—Ya me imagino —dice Lissa—. Puede que necesite ayuda en el futuro, cuando se venda la casa y tenga las finanzas en orden.

—Por supuesto, encantada de ayudar —digo.

—Pagaré, por supuesto —añade Lissa, por si creo que espera que sea gratis. Me avergüenza que haya sentido la necesidad de decirlo y ojalá no lo hubiera hecho. ¿Por qué me hace sentir como si fuera una especie de tiburón codicioso?

—¿Qué tal va el negocio del diseño de interiores? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Muy ocupado —dice, con una carcajada—. Y muy revelador. Cuando entras en casa de alguien, la mayoría te cuenta mucho más de sus vidas de lo que jamás creerías o de lo que pretendían contar. Es casi como si fuera una amiga en lugar de una diseñadora. Quizá sea porque están en su terreno y bajan la guardia.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Qué tipo de cosas te cuentan?

—Bueno —Lissa deja el tenedor en el plato y coge la copa de vino—. La que visité hoy tiene una aventura con el vecino de al lado, ¿te lo puedes imaginar? —Suelta una carcajada—. Su marido no tiene ni idea, el pobre infeliz. Otra está planeando echar a su novio en cuanto le haya hecho el salón y él lo haya pagado, y a otra la están acosando. Mi vida es increíblemente aburrida comparada con la de mis clientes. En serio, después de unas cuantas visitas me tratan como si fuera su mejor amiga o una especie de terapeuta.

Me río y pienso en la señora Heppleton; es la única de mis clientes que se sincera conmigo, pero puedo vivir con eso.

—Aunque —añade Lissa— algunas de ellas *sí* se convierten en amigas de verdad, así que no siempre es algo malo. Al menos tengo la oportunidad de salir por ahí y conocer gente, no creo que pudiera soportar estar encerrada en un solo lugar todo el día con las mismas personas, ¿y tú?

—No, no creo que pudiera —coincido.

—Y algunas de las ideas que tienen mis clientes... —Lissa pone los ojos en blanco.

Levanto las cejas y Lissa se pone a contarme algunas de las ideas de diseño extravagantes que quiere la gente. Mientras charlamos y comemos —aunque Lissa es quien más habla— recuerdo lo buena compañía que es: divertida, autocrítica, y me habla como si mi reacción fuera lo más importante del mundo. La velada pasa volando y, sin saber cómo, resulta que me he bebido casi dos copas de vino y he invitado a Lissa a sentarse en el salón conmigo en lugar de quedarnos en la mesa de la cocina. Esto era algo que no tenía intención de hacer, ya que quería mantener las cosas estrictamente como propietaria e inquilina. No importa, me digo, no hay nada malo en ser también amigas, ¿verdad?

Y entonces Lissa lo estropea todo y arruina la velada.

—Entonces —dice, copa de vino en mano—, quería preguntarte, ¿has estado casada? Porque te has cambiado el nombre, ¿no?

CAPÍTULO CUATRO

Gina

Me he cambiado el nombre, pero nunca he estado casada, aunque eso no fue lo que le conté a Lissa.

Le mentí diciéndole que había estado casada brevemente cuando tenía veintitantos, pero que había sido un tremendo desastre y no quería hablar del tema. Pareció un poco sorprendida y también ligeramente molesta, creo, porque no quise compartir los detalles escabrosos. Me dijo que si alguna vez quería hablar, solo tenía que decírselo; que como ella misma estaba pasando por un divorcio, teníamos mucho en común. No dije nada, me limité a dar un sorbo al vino. Hubo un momento un poco incómodo y luego ella retomó la conversación y estuvimos charlando y riendo el resto de la noche.

Creo que la engañé; puede que pareciera feliz y despreocupada, pero después de que mencionara lo de mi cambio de nombre, se me revolvió el estómago y estaba deseando que la noche terminara.

No debería haber mentido, pero me pilló desprevenida con algo que debería haber previsto que preguntaría. Nadie de los que conozco me lo ha preguntado nunca porque no me conocieron de joven. Debería haberlo anticipado y estar preparada, pero ya es tarde. No importa que haya mentido, me digo, porque nunca sabrá la verdad, y cuando finalice su divorcio y se mude, sé que no volveré a verla.

Entonces, ¿por qué mentí? No hay ningún gran drama detrás de la mentira, pero no quiero que me juzguen, o peor aún, que me

tengan lástima, y sinceramente, no quiero hablar del tema. Tengo la sensación de que si se lo hubiera contado, se habría propuesto averiguar toda la historia. La razón de mi cambio de nombre es bastante simple: no veo a mi familia ni quiero verla; me fallaron una y otra vez y no quiero saber nada más de ellos. No quiero llevar su apellido. Adopté el apellido de soltera de mi abuela materna, Moray, porque fue la única que mostró el más mínimo interés en mí mientras crecía; a menudo me pregunto qué habría sido de mi vida si no hubiera muerto cuando yo tenía nueve años. Era viuda y solía cuidarme mientras mi madre trabajaba, y yo pasaba las vacaciones de verano en su pequeña casa adosada en el centro del pueblo.

Cuánto la echo de menos. Incluso ahora.

Y ahora Lissa me ha preguntado y lo ha removido todo de nuevo, obligándome a pensar en ello, algo que no quería y que normalmente consigo evitar con bastante éxito.

A mis padres no les importo; no han tenido tiempo para mí desde que tengo uso de razón y siempre he sido una molestia y un estorbo para ellos. Creo que supe que había acabado con ellos la Navidad en que cumplí doce años. Mi padre decidió que ya no podía tolerar mi comportamiento y *se lavó las manos conmigo*. Fue un tiempo después de que ocurriera *aquello de lo que nunca hablamos*, y me enteré de lo que sentía cuando lo oí discutiendo con mi madre. Creo que siempre supe cómo se sentía, pero oírle pronunciar aquellas palabras fue un punto de inflexión para mí.

Estaba en mi puesto habitual de escucha en lo alto de las escaleras, y ellos estaban abajo en el salón. No había tenido intención de espiar porque llevaba un tiempo intentando dejarlo, aunque era la única forma de enterarme de lo que pasaba. Dejarlo formaba parte de mi intento de cambiar. De ser mejor persona, de ser la clase de hija que mis padres creían que debía ser.

La decisión de ser mejor persona me fue impuesta; la amenaza de que me enviaran a un internado era muy real y estaba haciendo todo lo posible por evitarlo. Sabía que nunca sería capaz de soportar vivir con mis compañeras de clase las veinticuatro horas del día; no conseguiría mantener las cosas bajo control cuando apenas lo lograba en un entorno familiar. En el fondo sabía que si me

mandaban lejos, mi comportamiento volvería a descontrolarse y que, en última instancia, mi vida habría terminado antes siquiera de empezar. Vivir en casa podía no ser agradable, pero al menos estaba acostumbrada y podía funcionar con normalidad.

No tenía intención de espiar esa noche, aunque en realidad había estado haciendo algo que no debería: hurgar en el cuarto de invitados. Me convencí de que no pasaba nada porque no le hacía daño a nadie y, más importante aún, nadie sabía que lo estaba haciendo. De verdad que no tenía intención ni ganas de escuchar su discusión nocturna, y aunque hubiera sentido la tentación, sabía que lo que oyera no sería nada bueno si era sobre mí.

No tenía miedo de que me pillaran espiando o husmeando en el cuarto de invitados porque, una vez que me acostaba, mis padres no salían del salón hasta que ellos también se retiraban. Eso nunca ocurría antes de medianoche, y a menudo mucho más tarde, cuando yo ya estaría profundamente dormida y no tendrían ni idea de lo que había estado haciendo.

El cuarto de invitados era donde solía dormir María, la au pair. Era una habitación bonita con su propio baño, y llevaba tiempo intentando convencer a mi madre de que me dejara mudarme allí. La habitación era más grande que la mía y daba al enorme jardín de atrás. El jardín era todo verde, rodeado de grandes árboles, y podía imaginar que vivía en medio de un bosque tranquilo. Mi habitación daba a la calle y ya entonces, a pesar de mi corta edad, me resultaba deprimente ver a otras personas vivir sus vidas y parecer pasarlo mucho mejor que yo. Por mucho que lo intentara, no podía evitar compararme con los demás y sentirme inferior.

María se había marchado de repente la semana anterior y, con las prisas de hacer las maletas, había dejado algunas de sus cosas, o eso me decía yo, que las había dejado a propósito para mí. En el cajón de arriba de la cómoda había dejado un neceser de satén rosa con un tubo medio vacío de base de maquillaje pegajosa, un rímel negro, dos pintalabios escarlata y una polvera de polvos traslúcidos. También había dejado un sujetador blanco acolchado y algo sucio que a mí me parecía increíblemente glamuroso y de mujer mayor, y me lo probaba sobre mis pechos inexistentes. Estaba desesperada

por que me creciera el pecho y tener un sujetador como las otras chicas del colegio, y pensaba que seguramente algo iba mal en mí para estar tan plana. Lo que no sabía era que en cuestión de meses me crecerían los pechos de golpe, me vendría la regla y descubriría a una persona completamente nueva.

Nunca llegué a ver a María marcharse; me acosté una noche y ella estaba allí, y a la mañana siguiente, cuando me levanté, ya no estaba. Me disgusté mucho, pero no podía dejar que mi madre lo supiera porque para ella María era solo *la chica del servicio*. Mi madre nunca supo que María y yo éramos amigas; después de que Lissa me abandonara, empecé a confiarme a María y descubrí que sabía escuchar, y pasé muchas horas felices sentada en su habitación charlando con ella. Me quedé destrozada cuando se fue; después de perder a Lissa como amiga, parecía especialmente cruel perder a otra. Ni siquiera tuve ocasión de despedirme de ella. Me preguntaba si mi madre habría descubierto de algún modo nuestra amistad y la habría echado solo para hacerme daño; a ella no le interesaba ocuparse de mí, pero le daban celos si otros lo hacían. La había visto en muchas ocasiones regañar a mi abuela por mimarme y por *escuchar mis tonterías*, como ella las llamaba.

Me gustaba consolarme pensando que el maquillaje y el sujetador eran un regalo de despedida de María, su forma de *pedirme perdón* por abandonarme. Nunca volvimos a tener otra au pair después de ella, y mi madre me ignoraba cada vez que le preguntaba por qué se había ido María. Dejé de preguntar después de unos cuantos intentos porque a mi madre era imposible sacarle nada que no quisiera contar.

Entraba en la habitación de María, sacaba la bolsa de maquillaje y el sujetador del cajón y me encerraba en el baño. Me ponía su sujetador y encima el pijama para ver qué aspecto tendría, después me maquillaba y me paseaba por el baño haciendo como que era mayor. Deseaba desesperadamente quedarme con el maquillaje, pero no podía llevármelo a mi habitación porque mi madre la registraba con frecuencia y sabía que me caería una buena si lo descubría.

Me maquillaba e imaginaba que algún día encajaría y las chicas populares del colegio me aceptarían. En mis ensoñaciones llegaba un día al colegio con un aspecto sofisticado y glamuroso, la cara perfectamente maquillada y el pelo alisado, y mis compañeras me recibían con los brazos abiertos. En el fondo sabía que esto nunca sucedería —y nunca sucedió— porque mi madre me revisaba el aspecto cada mañana antes de salir de casa. Si hubiera detectado el más mínimo rastro de maquillaje, habría tenido que lavarme la cara y quitármelo inmediatamente. Estaba harta de ser una de las indeseables, de las impopulares, incluso a los doce años. Estaba en el grupo de las empollones y estudiosas, pero sentía que no encajaba con ellas. Sí, era lista, pero no era como ellas, era mejor que ellas y debería haber estado con las populares porque Lissa había sido mi mejor amiga durante un tiempo, ¿y acaso eso no demostraba que yo era tan buena como ellas?

En fin, allí estaba yo, cruzando el rellano de camino a mi dormitorio, cuando oí mi nombre desde abajo. Hay algo en tu propio nombre que hace imposible no oírlo cuando alguien habla de ti, y en este caso mi padre hablaba en voz alta, casi a gritos.

Ya eran más de las diez, así que sabía que ambos llevarían varias copas encima de las dos botellas de vino que se bebían cada noche. Cuanto más vino bebían, más sueltas y venenosas se les ponían las lenguas —esta es otra razón por la que ahora apenas bebo. No quiero parecerme a ellos en nada. Mi padre estaba echándole la culpa a mi madre de mi comportamiento y de los acontecimientos recientes —*aquello de lo que nunca hablamos*— y diciéndole que si hubiera sido una madre como Dios manda, nunca habría pasado. Me alegré al oírle decir esto porque parecía que me estaba defendiendo. Estaba totalmente de acuerdo con él; tengo mis defectos, pero contra la educación que te han dado no se puede luchar, ¿verdad? Mi madre tenía la culpa y me alegraba oírle confirmarlo. Mi madre entonces empezó a parlotear; la misma basura de siempre, llena de autocompasión y excusas, que había oído un millón de veces: que yo era muy difícil, que ella había hecho todo lo posible y que él no ayudaba en absoluto. Esto también era cierto; mi padre siempre

había sido una figura distante y solo me dirigía la palabra para reprenderme o decirme que tenía que *esforzarme* y *encajar*.

Cómo ansiaba *encajar*; solo necesitaba que alguien me dijera cómo.

Fue entonces cuando oí a mi padre gritarle que estaba harto, que ya no podía aguantarme ni aguantar mi comportamiento y que se lavaba las manos conmigo. No estaba del todo segura de lo que eso significaba, pero me lo imaginaba. Oí a mi madre reírse amargamente y gritar que él había hecho eso desde el día en que nació, así que ¿quién notaría siquiera la diferencia?

Sus voces subieron aún más de tono y supe que seguirían gritando mientras quedara vino. Recuerdo pensar en ese momento que sus peleas a gritos podrían haber sido la razón por la que María se marchó; a menos que fuera sorda, era imposible que no los oyera porque mis padres no hacían el menor esfuerzo por bajar la voz. No podía entender por qué no se me había ocurrido antes.

También había ocasiones en las que mi madre aparecía con moratones inexplicables en los brazos y las muñecas que intentaba ocultar con blusas de manga larga. Una vez apareció a desayunar con un ojo morado; no fue a trabajar ese día, algo que no había pasado nunca. Al principio le preguntaba de dónde le salían los moratones, pero ella se limitaba a mirarme fijamente sin decir nada hasta que me hacía sentir tan incómoda que tenía que apartar la vista. Seguramente María también debió de notar los moratones, ¿no?

Cuando ya había oído bastante, entré en silencio en mi dormitorio y cerré la puerta. Pero incluso con la puerta cerrada seguía oyendo sus voces —o quizás era mi imaginación—, así que descolgué mi bata de forro polar del gancho de detrás de la puerta, me la enrollé a modo de turbante alrededor de la cabeza y me metí en la cama. Me tapé con el edredón hasta la cabeza y me acurruqué en mi capullo hasta la mañana.

Así que ahí lo tenéis. Esa es la verdadera razón por la que tengo un nombre distinto al que me pusieron al nacer y, sinceramente, ¿quién no querría cambiarse el nombre con unos padres así?

CAPÍTULO CINCO

Gina

Ya me estoy arrepintiendo de tener una inquilina. Llevo tanto tiempo viviendo sola que he olvidado lo que es convivir con otra persona. Lissa no ha sido horrible conmigo ni ha hecho nada malo; de hecho, todo lo contrario: ha sido extremadamente amable y parece querer hacerme partícipe de su vida.

Quiere que seamos amigas.

No lo ha dicho con todas las letras, pero sus intenciones son obvias. Siempre se alegra de verme, y si ando cerca cuando baja o nos cruzamos, siempre quiere charlar. Dice que después de los últimos meses en un ambiente tenso con su marido mientras su matrimonio se desmoronaba, es maravilloso poder relajarse de nuevo.

Debería estar encantada de que quiera ser mi amiga, ¿no? Porque ¿acaso no anhelé su amistad en otro tiempo?

Sí, es cierto, pero eso fue cuando tenía doce años y ahora soy una persona muy diferente. No necesito la aprobación de nadie y empiezo a darme cuenta de que no quiero que Lissa se haga ilusiones con nuestra amistad, porque no estoy segura de querer ser su amiga.

Suena bastante duro, lo sé, pero cuanto más la conozco, peor opinión tengo de ella. No es que no sea agradable y divertida, que lo es. Sigue iluminando cualquier habitación en la que entra, y es

graciosa, encantadora y fácil de tratar, que son precisamente las razones por las que en su día anhelé ser su amiga.

Y sin embargo.

Cómo me trató hace tantos años todavía me escuece, aunque fue hace tanto tiempo que ya debería haberlo superado. El problema es que ahora la veo con ojos de adulta y, aunque es hermosa, encantadora y buena compañía, ¿es buena persona?

No estoy tan segura.

Anoche me confió que está *saliendo con alguien*. No tiene nada de malo, ¿verdad? Es solo que tuve la clara sensación de que ya le había echado el ojo a ese *alguien* cuando todavía estaba con su marido, y eso no me parece bien. Quizás sea terriblemente anticuada, pero no creo que engañar esté bien nunca, sean cuales sean las circunstancias.

O tal vez simplemente sea así.

Una aprovechada.

Porque, pensándolo bien, me utilizó. Vale, solo éramos niñas, pero eso no cambia nada: me utilizó durante el verano para tener a alguien con quien pasar el rato y, en cuanto empezamos el colegio, me dejó tirada sin la menor consideración por mis sentimientos. No me veía como amiga; solo era alguien que le resultó útil un tiempo, y cuando dejó de serlo, me descartó.

También es extremadamente vanidosa y necesita que le digan constantemente lo guapa y maravillosa que es. Es incapaz de pasar por delante de un espejo sin mirarse. He llegado a la conclusión de que es una persona muy superficial, porque para ella todo gira en torno al aspecto de la gente, cuánto dinero tienen y quién tiene el mejor trabajo.

Por supuesto, no le di a entender que estaba pensando nada de esto mientras me hablaba de ese *alguien*. Asentí en los momentos oportunos y dije que parecía encantador y lo feliz que estaba por ella, porque eso era lo que se esperaba de mí. Y la verdad es que sonaba como un buen partido. Aunque, curiosamente, no entró en detalles, así que está claro que su vida privada solo la comparte hasta cierto punto; en cambio, cuando me cuenta los asuntos de los demás, me da todos los detalles que estoy segura de que ellos no

querrían que se compartieran. Al parecer, este hombre misterioso es guapísimo y aún más rico que su ex (muy importante para ella, admitió, ya que tiene gustos muy caros y le gusta vivir bien), con una casa enorme que es absolutamente fabulosa y acorde a sus gustos; no es de extrañar, ya que ella diseñó el interior, que fue como lo conoció. Él se enamoró a primera vista y prácticamente le está suplicando que se vaya a vivir con él.

No sé si creerla del todo, porque según Lissa, todos los hombres que la ven quedan inmediatamente prendados y se enamoran de ella al instante. Es guapa, eso no se puede negar, pero no es posible que *todos* los hombres que conoce la encuentren irresistible, ¿no? Si es verdad que él quiere que se mude con él, pensé que sería algo bueno, porque entonces podría volver a vivir sola. No es un pensamiento muy bonito teniendo en cuenta que solo lleva aquí unas semanas, pero es lo que hay; de todos modos, ella dice que es demasiado pronto para un compromiso así. O está mintiendo y él no está tan enamorado de ella como dice, o si es verdad, no quiere que su futuro exmarido descubra lo que ha estado haciendo.

Parece que cada vez que me giro, ahí está, queriendo charlar o compartir algo de comida a domicilio, y es demasiado. En realidad no la he estado evitando, pero me he quedado trabajando hasta tarde en la oficina cuando normalmente habría venido a casa a terminar el trabajo en la comodidad de mi estudio.

¿A quién pretendo engañar? La he estado evitando, sin duda.

Mi secretaria, Susie, ha empezado a mirarme raro cuando digo que voy a trabajar hasta tarde, y no puedo culparla. Sabe que si estoy ocupada siempre me llevo el trabajo a casa en lugar de quedarme en la oficina. Siempre aparco detrás de ella en la pequeña zona de aparcamiento de la parte trasera del edificio, que está incluida en el alquiler de la oficina, porque Susie llega antes que yo. Esto no suele ser un problema, ya que siempre soy la primera en irme si no estoy fuera por trabajo, pero en bastantes ocasiones he tenido que salir a mover mi coche para que ella pudiera sacar el suyo.

No podría decirle que estoy evitando a mi propia inquilina, ¿verdad? Sobre todo porque ya le había contado que Lissa y yo

somos viejas amigas y lo divertido que ha sido ponernos al día después de tanto tiempo. Creo que mañana iré al gimnasio después del trabajo en lugar de quedarme hasta tarde; de lo contrario, Susie va a empezar a preguntarse qué pasa. Aunque no sé por qué siento que tengo que preocuparme por lo que piense mi secretaria, pero así soy yo. Susie lleva conmigo casi un año y no quiero disgustarla, porque las buenas secretarias valen su peso en oro; me estremezco cuando pienso en el desfile de personas inadecuadas que contraté antes de encontrarla.

Anoche me obligué a quedarme y trabajé sola en la oficina. Fue bastante espeluznante y oscuro, y no podía concentrarme porque no paraba de oír ruidos extraños. El edificio es viejo y cruje hasta en el mejor de los casos, y una vez que empecé a darle vueltas, no pude tranquilizarme, así que a las ocho me di por vencida y me fui a casa. Pensé que para entonces Lissa ya estaría recogida en sus habitaciones, pero cuando abrí la puerta principal vi que estaba en la cocina preparando la cena. Lo vi porque la puerta de la cocina estaba abierta de par en par. Aparte de que eso significaba que no podía escabullirme a mi salón sin que me viera, también significaba que toda la planta baja apestaba a lo que fuera que estuviera cocinando. Yo siempre cierro la puerta cuando cocino y le he insinuado que debería hacer lo mismo, pero está claro que no cree que tenga que hacer lo que le pido.

Debió de oírme entrar aunque intenté no hacer ruido, porque salió directamente al pasillo y se puso a charlar. Luego insistió en que cenara con ella porque había cocinado demasiado para una persona.

¿Qué podía decir?

La verdad es que no quería; disfruto de mi soledad y, una vez más, me di cuenta de que nunca debería haber decidido tener una inquilina. Cuando imaginaba a alguien viviendo en mi casa, pensaba que apenas la vería y que solo nos saludaríamos con la cabeza si coincidíamos. Ahora no puedo relajarme en mi propia casa porque aparece constantemente para pedirme que cene con ella o para preguntarme qué opino de un conjunto nuevo o de su pelo, y sin ser grosera, no sé cómo poner fin a esto.

Cuando me ofreció cenar, al principio le dije que no, gracias, que estaba cansada y que solo iba a calentarme un plato de sopa y acostarme temprano. En lugar de aceptar mi excusa, como habría hecho yo, me miró como si estuviera completamente loca.

—¿Acostarte temprano? —soltó, con una sonrisa burlona y expresión desconcertada—. ¿A las ocho y media?

Me sentí ridícula cuando lo dijo. Exactamente como solía sentirme a los doce años en el colegio: la rara que no encajaba, la chica que nunca sabía cómo comportarse y que siempre metía la pata.

Me sentí estúpida.

Me obligué a reír y a decir que tenía razón, que quizás las ocho y media era un poco temprano y que cenar con ella me parecía una idea estupenda. Luego tuve que obligarme a comer una porción enorme de pollo frito con patatas que no quería. Lo que significa que tendré que pasar hambre varios días o empezaré a engordar, y de ahí a la obesidad hay un paso. A diferencia de Lissa, tengo que vigilar mucho lo que como o acabaré como una foca, mientras que ella parece capaz de meterse lo que le dé la gana sin engordar ni un gramo.

Tuve que sentarme frente a ella, darle conversación cuando no me apetecía nada e intentar pensar en algo interesante que decir. Aunque, en realidad, ella lleva el peso de la conversación, así que en cuanto solté unas cuantas frases, tomó las riendas para volver a hablar de sí misma. Tuve que escuchar todo sobre su fantástico trabajo *otra vez* y sobre los montones de amigos fabulosos que tiene y que la quieren con locura, y sinceramente, quería gritarle que SE CALLARA.

Incluso intentó decirme cómo amueblar y decorar mi casa. Dijo que se le ocurrían ideas geniales para dar vida y color a mi salón *que no costarían demasiado y que solo implicarían cambiar algunos elementos clave* del mobiliario. No me cobraría por el consejo, obviamente, añadió cuando vio la expresión de mi cara. Confundió mi molestia con no querer pagar, pero yo no *necesito* su consejo, gracias. Le dije que lo pensaría, pero sinceramente, ¿por qué necesito que me diga cómo amueblar y decorar mi casa? Me gusta sencilla y minimalista, y si no hay color, es porque me *gusta* así. Si

quiero desorden, color y muebles elegantes, soy perfectamente capaz de hacerlo yo sola. Pero no pude decírselo porque, aunque antes de que llegara estaba perfectamente a gusto con mi casa sencilla y minimalista, ahora es como si le faltara algo.

Como a mí.

Otra cosa que no me gusta de ella es que hace demasiadas preguntas.

¿Cuándo se queda James a dormir? ¿Voy mucho a su casa? ¿Invito a mis amigos a menudo? ¿Dónde trabaja James? ¿A qué se dedica? ¿Sigo saliendo con mis amigos por las noches ahora que tengo a James? ¿Qué tal están mis padres? ¿Dónde viven ahora? ¿Por qué no veo a James entre semana? ¿Cuánto tiempo llevo con mi propio negocio?

Una y otra y otra vez, pregunta tras pregunta.

Me puse a la defensiva, como me pasa cada vez que me pregunta algo, y sé que es porque me siento inferior a ella y me siento juzgada. Lo que debería haberle dicho es que no todas tenemos que acostarnos con un hombre en la primera cita y que no hay ninguna ley que diga que tenemos que irnos a vivir juntos de inmediato. Pero no dije nada de eso, solo sonreí y le conté cómo nos conocimos James y yo, y luego deseé no haberlo hecho porque por su reacción vi que le parecía mortalmente aburrido. Está claro que no sé contar historias como ella, porque no conseguí transmitirle lo romántico que fue cuando James y yo cruzamos nuestras miradas en una concurrida conferencia financiera. Fue el destino —aunque no le dije esto a Lissa— porque la conferencia era a más de ciento sesenta kilómetros y, sin embargo, vivimos en la misma ciudad. ¿Qué probabilidades había? James y yo conectamos intelectualmente, y cuando decidamos pasar a la fase física de nuestra relación, será asunto nuestro y de nadie más.

Desde luego, no de Lissa.

Evadí las preguntas que no quería responder y parloteé sobre trivialidades hasta que se aburrió y quiso retomar las riendas de la conversación —lo cual no tardó mucho porque todo gira en torno a ella. Tengo mucho cuidado con lo que le cuento porque no quiero que mi vida personal llegue a oídos de todo el mundo. Es una cotilla;

sé todo sobre la vida personal de sus clientes y también de sus compañeros de trabajo. Vale, no conozco a ninguno de ellos, así que quizás no importa, pero esa no es la cuestión. Estoy segura de que no les haría gracia saber que va aireando sus secretos y su vida sexual al primero que pase. Además, estoy convencida de que exagera y se inventa cosas para contar una buena historia.

Y no me gusta cómo la pillo mirándome a veces, como si todavía fuera la niña rara de doce años a la que usó de tapagujeros hasta que encontró amigos mejores y más adecuados.

O quizás me lo estoy imaginando, porque noto que todas mis viejas inseguridades están resurgiendo y me siento inquieta y ansiosa, y eso no es bueno.

Así que lo he decidido.

Tiene que irse.

* * *

No fui al gimnasio esta noche ni trabajé hasta tarde. Vine directamente a casa porque estoy decidida a no dejar que una inquilina me eche de mi propia casa. Había decidido que si Lissa aparece y propone cenar juntas o pedir comida a domicilio —nunca he comido tanto de eso— le diré que tengo dolor de cabeza y que no quiero cenar. Luego cerraré la puerta del salón y pondré la televisión, aunque me mire como si estuviera loca.

La casa estaba vacía cuando llegué, así que colgué el abrigo en el recibidor y me encerré en el salón. Llevaba en casa cosa de media hora, disfrutando de la tranquilidad, tumbada en el sofá mientras decidía si prepararme algo de cenar o descongelar uno de los muchos platos preparados de *Weight Watcher* que tenía en el congelador, cuando oí que se abría y se cerraba la puerta principal. Me preparé para el inevitable golpecito en la puerta del salón y tuve lista mi excusa.

Pero no llamó a la puerta: entró directamente en el salón como si fuera la dueña y se dejó caer en el sofá frente a mí.

—Dios, qué día —dijo, quitándose los zapatos y subiendo los pies al sofá—. Pensé que no iba a acabar nunca.

La miré fijamente, furiosa porque se creyera con derecho a entrar en mi salón sin siquiera llamar. Yo no irrumpiría en las suyas, así que ¿por qué se cree que puede tratar las mías como si fueran suyas? Pensaba esperar al fin de semana para pedirle que se fuera, pero en ese mismo instante decidí que no aguantaba más. Abrí la boca para hablar, pero ella se me adelantó.

—Estaba pensando... y puedes decirme que no si no te parece bien, pero ¿te importaría que invite a algún amigo de vez en cuando?

La miré fijamente. Me di cuenta de que no podía decirle ahora que tenía que irse. Había perdido la oportunidad y quedaría raro, como si lo dijera porque no quería que trajese amigos a casa. Tendría que esperar y pedirselo en otro momento de la semana.

—No hay problema —dije con generosidad, mientras calculaba mentalmente que si le daba dos semanas de preaviso solo tendría que aguantarla un poco más. Seguro que lo que quiere de verdad es invitar a su misterioso novio a quedarse a dormir para poder presumir de él. Sin duda lo de *invitar a amigos* era el paso previo a que él prácticamente se mudara aquí. Aunque si él tiene una casa tan fabulosa, ¿por qué iba a traerlo aquí? ¿Por qué no se va a vivir con él y me deja en paz?

—Genial —dijo, acomodándose en el sofá. Me pregunté cuánto tiempo pensaba quedarse y caí en que quizá tendría que recurrir a la excusa del dolor de cabeza si no se marchaba.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó con una sonrisa—. Tengo una botella empezada en la cocina.

Desde luego que no me apetecía una copa de vino ni escucharla presumir de su vida maravillosa, pero pensé que el momento podría ser oportuno para ir preparando el terreno sobre su marcha y que James pudiera instalarse.

—¿Por qué no? —respondí, pese a lo que había pensado. Me despedí mentalmente de mi velada tranquila.

Lissa se levantó de un salto del sofá, volcando los zapatos de una patada, y se fue tan campante a la cocina. Yo nunca llevo zapatos en

el salón.

Me recosté un momento, cerré los ojos y ensayé lo que iba a decirle.

Dos semanas, me dije.

Se habrá ido en dos semanas.

CAPÍTULO SEIS

Gina

Me quedé dormida esta mañana —algo que no hago nunca, jamás— y la culpa es toda de Lissa. Una copa de vino se convirtió en varias y, en algún momento, pedimos otra comida a domicilio que yo no quería. Lissa siempre pide demasiada comida, que luego picotea, pero por alguna razón yo acabo engulléndola. También me he dado cuenta de que siempre soy yo quien termina pagándolo todo. Su tarjeta bancaria siempre está arriba, en su habitación, y me parece mezquino obligarla a subir a buscarla, así que pago con la mía. Me promete que luego me hará un bizum, pero la verdad es que, salvo la primera vez, nunca lo hace. Debería pedirle su parte, pero me resulta embarazoso y vulgar pedir dinero.

Ni siquiera me *gusta* mucho la comida china.

La botella de vino que tenía *empezada* apenas dio para media copa cada una —más que suficiente para mí—, pero dejó caer con toda la sutileza del mundo que quería otra copa, así que no me quedó más remedio que abrir una de *mis* botellas. No suelo comprar vino porque rara vez bebo en casa, pero me gusta tener algunas botellas guardadas. Cuando saqué mi botella del botellero, vi que faltaban otras dos que había comprado, así que tuvo que habérselas bebido ella, porque yo desde luego que no.

Mientras estaba en la cocina descorchándola, furiosa porque se había servido de mi vino (del caro, no del vino peleón de supermercado que compra ella), decidí poner en marcha el *plan para*

que Lissa se mude sin más demora, que es la razón por la que bebí más de lo que debía; necesitaba un poco de valor líquido.

Resultó ser un esfuerzo inútil porque en realidad no me estaba escuchando, ya que todo giraba en torno a ella, como siempre. Le dije que creía que James y yo estábamos dando un paso más en nuestra relación y pensando en irnos a vivir juntos, pero ni siquiera hizo un comentario; le interesaba mucho más contarme que quizá le iban a dar un premio de la empresa por su trabajo de interiorismo. Toda la noche fue sobre ella y lo maravillosa que es, y sinceramente, podría haberle tirado la botella de vino por la cabeza, irme a la cama y dejarla con la palabra en la boca.

No lo hice, por supuesto; me quedé sentada educadamente, diciendo lo que tocaba decir mientras deseaba poder irme a la cama. Así que bebí mucho más de lo que quería y me acosté demasiado tarde.

Quedarme dormida no fue la única razón por la que llegué tarde al trabajo —aunque en realidad no debería importar, porque soy mi propia jefa y puedo hacer lo que me dé la gana—; también llegué tarde porque decidí que, ya que Lissa siempre está en *mis* habitaciones, yo iba a echar un vistazo a las suyas.

Sé que no está bien y que es una cosa horrible, pero me dije que es mi casa, así que técnicamente debería inspeccionar sus habitaciones de vez en cuando solo para asegurarme de que todo está en orden. Y tampoco es que estuviera fisgoneando, solo echaba un vistazo. No rebusqué entre sus cosas ni nada de eso, solo miré por encima.

No es tremendamente desordenada; no tan ordenada como yo, pero es que nadie lo es, porque soy un poco maniática del orden. Sus habitaciones no eran ninguna pocilga ni nada parecido, solo había algunas prendas tiradas sobre la silla del dormitorio y un par de zapatos junto al armario. Se había molestado en hacer la cama antes de irse a trabajar, lo cual me impresionó.

Lissa no se quedó dormida esta mañana a pesar de haber bebido más que yo y haberse acostado a la misma hora. Es evidente que está acostumbrada y aguanta bien la bebida y las noches de traspasar. Seguro que además tenía buen aspecto, no como yo;

parezco haber dormido en un seto y tengo un sabor amargo en la boca. Me sentía tan mal cuando me desperté que pensé que me encontraría mucho mejor si vomitaba, pero cuando me incliné sobre el váter, no fui capaz de provocármelo.

Mientras recorría sus habitaciones, me pasó fugazmente por la cabeza que podría tener una de esas minicámaras escondida en algún sitio, pero descarté la idea; ¿por qué iba a tenerla? No tiene ningún motivo para desconfiar de mí. Además, es mi casa y tengo todo el derecho del mundo a entrar si me apetece.

Así que llegué tarde al trabajo, pero eso no es el fin del mundo, ¿verdad? Solo que lo pareció, porque el día fue de mal en muchísimo peor. Por suerte, Susie se había ido antes a una cita con el dentista y se libró de presenciar mi humillación a manos de uno de mis clientes más importantes.

Theodore Zarkis, con su metro sesenta y ocho de tez morena y cejas amenazantes, entró hecho una furia en mi despacho apestando a ajo y aftershave, y me anunció a gritos que ya no necesitaba mis servicios porque se había buscado un nuevo asesor financiero. Un asesor *que hace bien su trabajo*, me chilló con esa manera tan desagradable que tiene. Theodore es volátil hasta en el mejor de los casos, y hoy desde luego no era el mejor de los casos. No pude decir nada para aplacarlo. Cuando mis primeros intentos de disuadirlo de despedirme fueron ahogados por sus gritos, me limité a recostarme en silencio en mi silla y dejar que descargara su rabia sobre mí. Cuando terminó, se dio media vuelta y salió de mi despacho dando un portazo como única *despedida*. Me quedé sola e intenté calmarme, porque su arrebató me había dejado temblando, como si el matón del colegio acabara de darme una paliza.

Cuando me calmé y me tomé una taza de té, me sentí un poco mejor, aunque seguía revuelta solo de pensar en la comisión que ya no voy a ganar con él. Desde luego que voy a echar de menos el dineral que me generaba, pero lo que no voy a echar de menos es su mal genio ni sus formas misóginas; el hombre era un cerdo, eso sí, muy rico.

La situación es enteramente culpa mía, así que no puedo echarle la culpa a nadie más que a mí misma. Se suponía que debía

ponerme en contacto con él hace más de dos semanas para hablar de trasladar una de sus inversiones a un nuevo producto, pero no lo hice. Intenté explicarle que dos semanas no suponen ninguna diferencia en el resultado ni en los beneficios que obtendría, pero no quiso escucharme; dijo que le había fallado y que ya no podía confiar en mí. Está exagerando muchísimo, pero soy muy consciente de que otros asesores financieros andan siempre rondando como buitres; no paran de llamarlo y ofrecerle sus servicios, así que seguro que han exagerado las consecuencias de mi error.

No tengo muy claro cómo se me pasó; Susie es muy eficiente y cada día me recuerda los asuntos importantes para que no se me escape nada. Recuerdo que me ha hablado varias veces de la cartera de Theodore, así que no entiendo cómo pude dejarlo pasar. La comisión de la cartera de inversiones de Theodore supone una parte enorme de mis ingresos y la voy a echar muchísimo de menos. Si hubiera sido uno de mis clientes menores, no sería un golpe tan duro, pero me va a costar encontrar otro cliente tan rentable como Theodore.

Especialmente cuando se corra la voz, que se correrá, porque Theodore es un hombre rencoroso además de desagradable, y se dedicará a ponerme verde.

Así que sí, es totalmente culpa mía.

Pero aunque la parte lógica de mi cerebro me lo dice, la otra, la ilógica, grita que la verdadera culpa la tiene otra persona, porque he estado distraída y nerviosa por culpa de mi inquilina. Todo es por el trastorno que ha causado, porque nunca antes me había pasado algo así.

Sí, decido irracionalmente, la culpa es de Lissa.

Todo es culpa suya.

* * *

Salí del trabajo temprano; después de que Theodore saliera furioso de la oficina, no pude concentrarme en nada. Cedí y ordené mi escritorio, ya de por sí ordenado, a las cuatro y media, y decidí dar

el día por terminado e ir al gimnasio. No soportaba la idea de ir a casa y ver a Lissa y tener que mantener una conversación educada con ella o, Dios me libre, comer y pagar otra comida a domicilio que no quería. Una sesión en el gimnasio me vendría bien y ayudaría a quemar los excesos de la noche anterior.

El tráfico era horroroso y tardé una hora entera en cruzar la ciudad hasta el gimnasio, y por un momento lamenté no haber ido a casa; lo único que quería de verdad era atiborrarme de comida reconfortante y tumbarme frente al televisor. En otras palabras, regodearme en la autocompasión.

Pero no podía hacer eso por culpa de Lissa; por su culpa ni siquiera podía sentarme en mi propio salón por miedo a que irrumpiera con sus zapatos sucios y su boca.

Tenía que irse, y cuanto antes.

Aparqué en el parking, apagué el motor y me quedé sentada en el coche dándole vueltas a todo. Haría una buena sesión con las pesas y vería si había alguna clase de boxeo; me sentiría muchísimo mejor si imaginaba la cara de Theodore delante de mí mientras lanzaba golpes. Una hora allí me haría mucho más bien que comer un montón de comida basura que luego me haría sentir asqueada y culpable.

Cuando abrí la puerta para salir del coche, una figura familiar a lo lejos atrajo mi atención. Se me alegró el corazón: James estaba bajando de su coche, aparcado cerca de la entrada del gimnasio. Como yo, normalmente no iba al gimnasio los jueves; iba las mismas noches que yo para que pudiéramos entrenar juntos.

Es el destino, decidí; lo habían enviado los dioses para animarme después de mi día horrible. Aunque nunca le contaría lo de Theodore Zharkis; algunas cosas no hace falta compartirlas, y cuanto menos tiempo le dedicara a Theodore Zharkis, menos me molestaría. No le veía sentido a darle vueltas a todo para sentirme mejor.

Me apresuré a salir del coche, abrí la puerta trasera y saqué mi bolsa de deporte del asiento de atrás. Si me daba prisa cruzando el aparcamiento, podríamos entrar juntos al gimnasio. Estaba a mitad de camino cuando la vi y se me cayó el alma a los pies: Lissa estaba de pie frente a las puertas de entrada del gimnasio. Reconocería esa

coleta desenfadada y esa figura perfecta en cualquier parte, aunque habría sido imposible no verla con sus mallas rosa fucsia llamativas y la camiseta a juego. Solo ella podía convertir el ejercicio en un desfile de moda.

Reduje un poco el paso; no tenía ningún deseo de hablar con ella y maldije que estuviera allí. No tenía ni idea de que fuera socia de ese gimnasio. Nunca la había visto antes, aunque, a menos que hubiera elegido venir a la misma hora que yo, habría sido poco probable. Era un gimnasio muy grande y había tantas clases diferentes que fácilmente podríamos haber estado allí las dos al mismo tiempo sin vernos.

La observé mientras levantaba la mano para saludar y sonreía ampliamente. Maldición, me había visto. No le devolví el saludo, pero aminoré el paso por el aparcamiento. Sabía que le parecería maleducada, pero me daba igual; me fastidiaba enormemente que estuviera allí y tendría que hablar con ella y posiblemente incluso entrenar en la misma zona. También querría que le presentara a James, y no soportaba la idea de que hablara con él.

Pero sobre todo, a pesar de que la estaba ignorando, odiaba que, incluso mientras caminaba, estuviera inventando excusas en mi cabeza por no haberle devuelto el saludo; podía fingir que no la había visto.

Me daba asco a mí misma por preocuparme tanto de lo que pensara de mí.

Y entonces me di cuenta: no me estaba saludando a mí.

Estaba saludando a James.

Lo vi devolverle el saludo, también sonriendo ampliamente, y observé cómo se reunía con ella frente a las puertas de entrada. Me detuve en seco y miré con incredulidad cómo le pasaba el brazo por la cintura diminuta y la atraía hacia él, mirándola. Ella le enlazó los brazos alrededor del cuello y alzó la cara hacia él.

Sabía exactamente lo que iba a pasar y no tenía forma de evitar verlo. Con una sensación de pavor, observé cómo James bajaba la cabeza y la besaba con ternura. Apoyé la mano en el capó del coche más cercano para sostenerme y me agaché detrás de él con las piernas temblorosas, convertidas en gelatina; no habría soportado

que me vieran observándolos. Después de lo que pareció una eternidad, conseguí levantar la cabeza y mirar por encima del capó hacia la entrada del gimnasio.

Se habían ido; sin duda iban a entrenar juntos, como James y yo hacíamos siempre.

Me empezó a palpar la cabeza y la bilis me subió a la boca; la tragué, quemándome la garganta. Respiré hondo varias veces, con respiraciones entrecortadas, y de alguna manera conseguí ponerme de pie y tambalearme de vuelta a mi coche. Con las manos temblorosas logré abrir la puerta, tirar la bolsa de deporte en el asiento del copiloto y desplomarme dentro.

Me cubrí la cara con las manos y esperé a que llegaran las lágrimas, pero mis ojos permanecieron obstinadamente secos. Las lágrimas vendrían después, porque en ese momento estaba en estado de shock e incredulidad.

Aunque por mucho que lo intentara, no podía negar lo que había visto.

James me estaba engañando con Lissa.

CAPÍTULO SIETE

Lissa

No me lo podía creer cuando Georgina abrió la puerta. Enseguida me di cuenta de que me sonaba su cara, pero tardé un poco en recordar exactamente quién era. Conozco a tanta gente y tengo tantos amigos que a veces me quedo completamente en blanco sin darme ni cuenta. No lo hago a propósito, pero es que no puedo acordarme del nombre de todo el mundo; soy popular y conozco a muchísima gente. Supongo que si solo tienes un círculo pequeño de amigos y apenas conoces a nadie, te acordarías de todos los que has conocido en tu vida, pero ese no es mi caso, qué le vamos a hacer.

En fin, para cuando llegamos al salón ya estaba recordando quién era. Prácticamente ya había decidido que quería alquilar la habitación, o mejor dicho, las habitaciones, porque mientras subía por el camino de entrada hacia la casa, pude ver que el lugar era absolutamente impresionante. Me sorprendió que alguien con una casa tan fabulosa estuviera dispuesta a alquilar un par de habitaciones a una completa desconocida. Yo desde luego no lo haría. La mayoría de los anuncios de alquiler son pisos diminutos o casas adosadas donde apenas cabe un alfiler; y créeme, lo sé, porque he visto un montón. Estaba llegando al punto de plantearme seriamente volver con mis padres una temporada; *así* de desesperada estaba.

Cuando entré en el recibidor fue como estar en una casa piloto porque todo estaba impecable y absolutamente perfecto. Quizás demasiado perfecto, si soy sincera; la casa es un poco fría y clínica para mi gusto, pero eso tiene ser diseñadora de interiores: siempre veo cómo se pueden mejorar las cosas. Sabía que podría conseguir que mis propias habitaciones fueran cálidas y acogedoras aunque no pensaba vivir aquí mucho tiempo. Estaba segura de que Gina estaría encantada de beneficiarse de mi experiencia gratis.

Podría haber vuelto a casa a vivir con mamá y papá, y mamá prácticamente me lo suplicó, pero no fui capaz.

Estoy encantadísima de haber encontrado la casa de Georgina porque estaba llegando a un punto en que me iba a ver obligada a volver a casa de mis padres o alquilar algo por mi cuenta. No quería el gasto de alquilar un apartamento porque me gusta vivir bien y no tener que escatimar en ropa ni en salir. Lo que otras personas ven como lujos para mí son necesidades absolutas, y tener que ir contando cada céntimo me volvería loca. Cuando se venda la casa y me llegue mi dinero, podré comprarme una casa bonita al contado y aún me quedarán fondos para amueblarla bien y tener un buen colchón en el banco; una de las ventajas de haber estado casada con alguien que gana muchísimo dinero.

Le mentí un poquito a Georgina, perdón, Gina, sobre la razón por la que no me quedaría con mis padres. No es, como le dije, porque me tratarían como si tuviera catorce años (aunque lo harían), es porque no están nada contentos de que haya dejado a Hugh. Piensan que deberíamos seguir juntos y *resolver nuestras diferencias*. Papá llegó a decir que estaba bastante decepcionado conmigo y que se culpaba a sí mismo porque pensaba que quizás me habían mimado demasiado. Mamá tardó muchísimo en calmarme después de que dijera eso, y lloré tanto que se me hincharon los ojos; por suerte no iba a ningún sitio importante esa noche. Y aunque papá se disculpó, lo dicho, dicho está. Me dolió muchísimo que pensara que yo tenía algo de culpa cuando no la tengo en absoluto.

Hugh no ha ayudado precisamente yendo a casa de mis padres a quejarse de que todavía me quiere y a decirles que no quiere

divorciarse. Sinceramente, ¿tengo que quedarme casada para siempre con alguien que me aburre totalmente? Dejé de quererlo hace mucho tiempo y solo me quedé con él porque sabía que le rompería el corazón si lo dejaba. Otra razón es que se ha echado atrás en nuestra decisión de no tener hijos. Cuando nos juntamos ninguno de los dos quería hijos y los dos lo teníamos clarísimo. Que él haya cambiado de opinión no significa que yo tenga que cambiar la mía, ¿no? Estoy segura de que si fuera al revés él no aceptaría tener un bebé solo porque yo quisiera uno. Y además no es *su* cuerpo el que va a quedar destrozado por el parto; él no será quien renuncie a su vida por las exigencias de un bebé llorón.

Pero no atendía a razones y se puso pesadísimo con el tema, venga a intentar convencerme de que tener un bebé sería maravilloso y de que deberíamos hacerlo ya antes de que fuéramos demasiado mayores. No había manera de que entendiera que no quiero un hijo y que no me van a convencer de tener uno.

Es culpa suya que nos estemos separando porque insistió e insistió e insistió, y sinceramente, debería tener un poco de orgullo y no *suplicar*. Es que da vergüenza.

Podría haber sido muy rencorosa y haberle hecho mudarse porque tengo tanto derecho a vivir en esa casa como él, pero enseguida me di cuenta de que si no me iba yo, él no se iría nunca. La verdad, he perdido un poco el respeto que le tenía; yo jamás me rebajaría a arrastrarme y suplicarle a alguien que se quedara conmigo.

Así que así fue como acabé compartiendo casa con Gina. Compartir piso no es tan malo como pensaba, no es que sea precisamente divertido vivir con Gina, pero sigue siendo mejor que compartir una casa adosada cutre con un montón de gente. Después de ver innumerables pisos compartidos, la única opción había sido compartir una casa mugrienta con un montón de solteros fiesteros, pero la realidad ha sido muy diferente. Cuando me di cuenta de que la conocía de hacía más de veinte años, pensé: ¿qué probabilidades había? La recordaba, claro, no porque fuera memorable sino porque era un poco rara. No quiero ser cruel pero lo era, ya sabes el tipo, *empollona, llena de granos y desastrada*, como solía llamarlas

nuestra pandilla. No es que se lo dijéramos a la cara, obviamente, porque puede que fuéramos las chicas más populares del colegio pero no éramos crueles. Bueno, quizás lo éramos, un poco, a veces, pero así es la vida, ¿no? Tienes que aprovechar los talentos que te han dado; no puedes pasarte la vida siendo una mosquita muerta o si no más te vale meterte en un armario y tirar la toalla.

Tengo la suerte de haber sido bendecida con buen físico y una personalidad arrolladora, pero aunque no hubiera sido así, habría llegado lejos porque soy ese tipo de persona. Y a Gina no le ha ido nada mal, teniendo en cuenta cómo era en el colegio. Tiene su propio negocio y esta casa fabulosa, y aunque sigue siendo un poco rara, ella ha elegido ser así. Hoy en día mucha gente es rara o diferente; hay quien incluso finge ser raro para resultar más interesante.

No creo que Gina esté fingiendo, eso sí; realmente es rara.

La verdad es que hemos pasado bastante tiempo juntas por las noches porque creo que si vives con alguien deberías esforzarte por llevaros bien y ser sociable. Aunque tenía mis motivos ocultos: quería hacerme su amiga para que no le importara que invitara a mis amigos o que se quedaran a dormir.

Yo he hecho un gran esfuerzo, aunque ella no.

Me he dado cuenta de que nuestra amistad, si es que se puede llamar así, va en una sola dirección. Me he desvivido por ser amable y simpática con ella y, créeme, normalmente no tengo que hacer eso porque la gente suele estar desesperada por ser *mi* amiga, no al revés. Gina es fría y distante y nada fácil de tratar, y acabo soltando tonterías para llenar el silencio. Estoy llegando al punto en que creo que ya no me voy a molestar más. No me cuesta nada quedarme en mis habitaciones cuando no salgo, y su rutina es tan predecible que sería facilísimo evitarla.

También es muy cerrada, como si su vida fuera un gran secreto que nadie puede conocer. Tengo que sacarle las cosas con sacacorchos porque nunca jamás suelta nada por voluntad propia. O sea, ¿cuál es el gran secreto? ¿A quién le iba a contar yo sus aburridas historias? A nadie, porque no merecen ser repetidas de lo aburridas que son; no sin adornarlas muchísimo, vamos.

Tuve que contener la risa cuando me estaba hablando de James, su novio. Por lo que deduzco, todavía no se ha quedado a dormir, así que ¿cuenta siquiera como novio? O sea, venga ya, estamos en los años veinte del siglo veintiuno, no en mil novecientos setenta. Seguro que es un empollón bienintencionado como ella, de los que llevan chaqueta de tweed y zapatos Oxford y hablan muy serios sobre el cambio climático y otras cosas aburridas. Tendría que ser así para interesarse por ella, porque no es que sea precisamente llamativa ni emocionante ni siquiera *interesante*. No está mal, de una forma sosa, y tiene buen tipo, pero Dios mío, ¡su ropa! Lleva trajes de chaqueta con falda y blusas blancas impecables y zapatos de tacón cuadrado como si tuviera cincuenta años y no treinta y tres. En serio, hay gente que no tiene ni idea. Podría hacerle un cambio de imagen y conseguir que estuviera cien veces mejor, pero ¿sabes qué?, no se merece mi ayuda. Y seguramente sería tirar el tiempo, porque tiene la mentalidad de los años setenta.

Cuando le conté que estaba saliendo con alguien no pudo ocultar su desaprobación, aunque lo intentó. La verdad, me pregunto si todavía será virgen, con lo de *tomarse las cosas con calma con James*. Aunque ha estado casada, así que no puede serlo. A menos que se divorciara porque el matrimonio no llegó a consumarse; nada me sorprendería de ella. No quiero ni pensar cuál sería su reacción si supiera cómo es mi vida en realidad.

Aunque tampoco le he mentado exactamente; *he* conocido a alguien especial. Simon está loco por mí y es bastante guapo y rico también, así que quién sabe. No estoy del todo segura de querer sentar cabeza tan pronto otra vez, pero no se lo voy a decir, obviamente, porque me gusta tomarme mi tiempo mientras valoro mis opciones. No es el único hombre a la vista, ya que no somos exclusivos, aunque él no lo sabe porque no se lo he dicho, y no se lo he dicho porque no me lo ha preguntado. Tengo varios *amigos con derecho a roce* y me niego a sentirme culpable porque llevo años perdiéndomelo y tengo mucho que recuperar. Fui totalmente fiel a Hugh durante todo nuestro matrimonio, y eso es más de lo que puede decir la mayoría. Casi todas mis amigas han tenido al menos

una aventura, así que creo que me he portado notablemente bien, y ya no estoy con Hugh, así que puedo hacer lo que me dé la gana.

Que yo recuerde de cuando éramos niñas, Gina no ha cambiado mucho; era muy callada y reservada entonces y no es muy diferente ahora. Me pregunto si por eso es tan fría conmigo: ¿será porque recuerda el ridículo que hizo aquel verano y ahora le da vergüenza? No la culparía, porque si fuera así y yo estuviera en su lugar, no me habría dejado alquilar las habitaciones. Pero debería haber pensado en eso antes de dejarme mudarme.

Me acordaba un poco de ella de cuando éramos niñas porque era muy rara, y cuando caí en quién era al venir a ver la casa, tuve un momento de duda sobre si coger la habitación. No quería que se me pegara y se pusiera toda embobada conmigo otra vez como hizo entonces. Pero me convencí de que no pasaría nada porque de verdad quería vivir aquí y el alquiler era muy barato. Al final, no tenía por qué haberme preocupado porque resulta que es justo lo contrario y no es nada simpática.

Tengo el defecto de ser demasiado generosa; aquel verano de hace mucho, cuando mamá, papá y yo nos mudamos a Wetherton Avenue, cometí el error fatal de dejar que Gina pasara tiempo conmigo porque me daba pena. Además, nos habíamos mudado demasiado lejos para que pudiera ver a mis antiguas amigas, y como me había mudado a un sitio nuevo en vacaciones, estaba un poco aburrida y no conocía a nadie. Por alguna razón, a Gina se le metió en la cabeza que íbamos a ser amigas para toda la vida. Si hubiera sabido lo rara que era y que no tenía más amigos, nunca la habría dejado venir conmigo. En serio, intentas hacer algo amable y antes de que te des cuenta te has quedado con alguien pegado que no hay manera de quitarte de encima. Eso es lo que pasa cuando eres amable con la gente: se aprovechan de tu buen corazón. Es una lección que tengo que aprender y recordar para el futuro, porque Hugh ha hecho exactamente lo mismo. Tengo que asegurarme de no seguir repitiendo el mismo error una y otra vez.

Cuanto más lo pienso, más claro tengo que ya no voy a molestarme en intentar ser amiga de Gina. Le he dedicado mucho más tiempo del que se merece y no voy a malgastar más mi vida

con ella. Además, en realidad no me cae muy bien; es la misma ratita sosa que era cuando teníamos doce años.

Tampoco voy a pedir permiso para que mis amigos se queden a dormir; simplemente lo voy a hacer, porque estoy pagando alquiler por mis habitaciones y puedo hacer lo que quiera en ellas.

Y total, Gina es tan estirada y tan solterona que difícilmente va a plantarme cara por ello, ¿no?

CAPÍTULO OCHO

Gina

La odio. Odiar es una palabra fuerte, pero es lo que siento. Lissa puede tener a cualquier hombre que quiera —ella misma me lo dice constantemente—, pero tiene que robarme el mío. Ahora entiendo por qué siempre andaba sonsacándome detalles sobre James: era para localizarlo y quedárselo. Seguro que ni siquiera lo quiere de verdad; solo me lo quita para hacerme daño.

Pensé que lamentaba lo que me había hecho años atrás, cuando vino aquí por primera vez, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. La extraña expresión de su rostro que confundí con arrepentimiento era en realidad porque había disfrutado tratándome mal en aquella época y quería volver a hacerlo. La gente como ella disfruta arruinando la vida de los demás.

Maldigo el día en que la dejé volver a entrar en mi vida.

Porque la gente no cambia, ¿verdad? Los niños desagradables acaban siendo adultos desagradables, y no debería haber esperado otra cosa. Se rió de mí con sus amigas hace años y se sigue riendo de mí ahora. Para ella, los demás solo sirven para entretenerse, para jugar y para sentirse bien consigo misma. Solo tengo que ver cómo ha tratado a su marido para saber qué clase de persona es. Habla de él como si fuera un cachorrito enamorado del que ya se ha cansado, no un hombre con el que estuvo casada durante años.

También debería odiar a James, porque es él quien me está engañando, pero no me sale. ¿Qué hombre de sangre caliente podría resistirse a alguien como Lissa, que se pavonea y se le lanza encima? No muchos, estoy segura. Si alguien sin ningún tipo de moral se ofrece en bandeja de plata, no hay muchos hombres con la fuerza suficiente para rechazar la oferta. James es tan víctima de esto como yo.

Cómo la odio.

* * *

No recuerdo en absoluto haber conducido a casa después de salir del gimnasio, y cuando despierto, me encuentro tumbada en la cama completamente vestida, todavía con los zapatos y el abrigo puestos, y la habitación a oscuras. Llevo aquí tumbada lo que parece una eternidad, con su beso en el gimnasio repitiéndose una y otra vez en mi cabeza, en bucle. Cuando ya no puedo soportarlo más, me incorporo y enciendo la lámpara de la mesita de noche. Con la vista borrosa, consigo enfocar y veo que el despertador marca las cuatro y media de la madrugada.

Más de once horas desde que salí del gimnasio.

Vuelvo a tumbarme, me concentro e intento recordar qué hice después de verlos. Recuerdo volver al coche con las piernas temblándome, abrir la puerta y prácticamente desplomarme en el asiento. Me veo sentada en el coche en estado de shock y luego.

Nada.

De repente, el rostro de mi madre aparece en mi mente y oigo su voz burlándose de mí: *está pasando otra vez*, dice, *eso de lo que no hablamos, está pasando otra vez*.

No, no es verdad. Definitivamente no. Aparto su imagen de mi mente. He sufrido una conmoción, eso es todo. Simplemente conduje a casa en piloto automático, me desplomé en la cama y lloré hasta quedarme dormida. No tiene *nada* que ver con la última vez.

Me martillea la cabeza, pero en un intento de calmar mi mente, me levanto y cruzo la habitación con paso vacilante para correr las cortinas. Me quito los zapatos, empiezo a desnudarme y tiro la ropa en un montón en el suelo. Voy al baño, abro la ducha a toda potencia y me obligo a meterme bajo el chorro caliente.

Solo necesito calmarme, pensar con claridad, y todo irá bien.

Me quedo bajo el agua caliente, que poco a poco va aliviando la tensión de mi cuerpo; me echo champú en el pelo y me froto el cuero cabelludo con fuerza, como si eso pudiera borrar la imagen de James besando a Lissa. Me aclaro el pelo, vuelvo a echarme champú y me aclaro de nuevo. Después me aplico el acondicionador y me aclaro otra vez. Para cuando cierro el grifo y cojo la toalla, tengo los dedos arrugados y el agua sale fría, pero me siento mucho mejor: más calmada, más dueña de mí misma. Me envuelvo el pelo en una toalla a modo de turbante, me seco el cuerpo y me lo envuelvo en otra toalla. Cruzo el dormitorio, recojo la ropa tirada del suelo, vuelvo al baño y la echo en el cesto de la ropa sucia. Regreso al dormitorio, recojo los zapatos y los coloco en el zapatero del armario. Saco un pijama limpio del cajón y me lo pongo. Hago estas tareas cotidianas de forma eficiente y ordenada, como si realizar las cosas de siempre pudiera de algún modo borrar el recuerdo de James y Lissa y convertir este día en uno cualquiera.

Empiezo a preguntarme si no habré exagerado; quizás James y yo todavía podamos arreglar las cosas. Si James admite que fue una tontería puntual y me suplica que lo perdone, seguro que aún hay esperanza para nosotros. Cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que he exagerado; me he comportado casi de forma histérica. Al fin y al cabo, fue solo un beso, que hoy en día no significa nada. Reconozco que soy chapada a la antigua y que no todo el mundo tiene mis mismos principios. Aunque estaba convencida de que James pensaba igual que yo, no olvidemos que es un hombre, y los hombres piensan de forma diferente a las mujeres. Lo que yo veo como un beso apasionado, un hombre puede verlo como un simple pico.

Y los hombres son débiles: ¿qué hombre podría resistirse a una mujer hermosa que se le echa encima? Porque Lissa es sin duda

hermosa por fuera, aunque por dentro tenga el alma tan negra como el Diablo.

Un beso no significa que estén teniendo una aventura, y todo el mundo tiene derecho a equivocarse, ¿no? Estoy segura de que pocas relaciones se libran de algún que otro bache.

Creo que una parte de mí ya ha decidido perdonar a James, porque lo quiero y merece una segunda oportunidad. No dejaré que un beso con esa mujer estropee lo que tenemos; no pienso dejarla ganar. Todo parece bastante irreal ahora, y creo que de tanto revivirlo en mi mente lo estoy agrandando, convirtiéndolo en más de lo que fue.

Fue solo un besito, nada más; eso no tiene por qué ser el fin de lo nuestro.

Empiezo a sentirme mejor; aliviada por haberlo perdonado y porque aún podemos seguir viéndonos. Lissa, sin embargo, es otra historia. Nunca la perdonaré y le pediré que se vaya de mi casa inmediatamente; me ha traicionado y no pienso permitir que siga viviendo bajo mi techo.

Las cinco y treinta y cinco.

No tiene sentido volver a la cama, porque no podré dormir después de haber dormido casi once horas. Me prepararé una taza de manzanilla, reflexionaré sobre la situación y ensayaré mentalmente lo que voy a decirle a Lissa.

Mientras voy por el pasillo hacia las escaleras, paso por la habitación de Lissa. La puerta está cerrada y no puedo evitar detenerme a pegar la oreja.

¿Y si tiene a James en su habitación? ¿Y si ha sido más que un simple beso? ¿Y si está en su cama ahora mismo, acostándose con ella?

Sin poder evitarlo y sin pensar, giro el pomo y abro la puerta en silencio. Asomo la cabeza por la rendija y, a medida que mis ojos se adaptan a la penumbra, distingo el contorno de su cama de matrimonio bajo la ventana.

Me inunda el alivio cuando veo que James no está en su cama. ¡Qué estúpida he sido al pensar que me engañaría con ella! Un beso

en la mejilla es una cosa, pero él nunca se acostaría con ella aunque se le ofreciera. Me da un poco de asco pensar tan mal de él.

Pero entonces caigo en la cuenta: James no está en su habitación, pero Lissa tampoco.

Y tengo que preguntarme: si no está en su cama, ¿dónde está?

* * *

—¿Que te vas? —repito, mirando a Susie con incredulidad.

—Sí —dice Susie en tono cortante—. Dos semanas de preaviso a partir de hoy, que me tomaré como vacaciones porque me corresponden. Hoy es mi último día.

—Pero ¿por qué? —pregunto—. Pensaba que estabas a gusto aquí.

—Lo siento —dice Susie sin mirarme—. Son razones personales.

La veo salir de mi despacho y volver a recepción mientras intento entender por qué todo en mi vida parece estar desmoronándose. Llegué a la oficina temprano, decidida a quitarme de la cabeza a Lissa y James y ponerme al día con el papeleo antes de salir a mis citas. Y lo estaba consiguiendo, hasta que Susie soltó la bomba. Llegó a las nueve en punto como siempre y, por alguna razón, pareció sorprendida de verme. Noté que había algo raro en el ambiente cuando llegó, pero no supe identificar qué era. Me dije que era cosa mía, que después de lo de la noche anterior simplemente estaba proyectando mi ansiedad en Susie. Ahora, visto con perspectiva, está claro que se sentía incómoda porque pensaba dimitir.

Nos preparó café a las dos, pero cuando me trajo el mío, no se quedó a charlar sino que volvió directamente a su escritorio. Normalmente no tenemos conversaciones largas ni nada por el estilo, pero siempre intento intercambiar unas palabras con ella cada mañana antes de que empiece a trabajar.

A las diez oí llegar al cartero con el correo, y ella estaba charlando con él como siempre. Sinceramente, no le di muchas vueltas a su frialdad conmigo porque tenía otras cosas en la cabeza. Siempre

hemos tenido una buena relación laboral, pero procuro no intimar demasiado porque es una empleada, no una amiga. He tenido varias recepcionistas y no conviene coger demasiada confianza con ellas porque luego se toman libertades. Me soltó la bomba de su dimisión cuando me trajo el correo.

Tendré que llamar a una agencia para conseguir una recepcionista temporal y estoy bastante molesta con Susie; puede que ella piense que *razones personales* es suficiente, pero yo no. Lleva aquí casi un año y me parece un poco fuerte tener que aceptar que use sus vacaciones en lugar de trabajar el preaviso. Si yo hubiera querido despedirla, habría tenido que darle un mes de preaviso.

Además, tendré que buscar otra agencia distinta a la última porque la disputa con ellos todavía no se ha resuelto a mi satisfacción. Sinceramente, todo esto es demasiado encima de la situación con James y Lissa, y no necesito más quebraderos de cabeza. Sé que he decidido perdonar a James, pero quiero pensarlo más para estar absolutamente segura de que es la decisión correcta. Y ahora Susie va y me da otro problema que resolver.

Cuanto más lo pienso, más claro tengo que no voy a dejar que Susie me imponga sus condiciones. Voy a tener una conversación seria con ella: si quiere irse, puede trabajar el mes de preaviso que figura en su contrato o no le pago. No tiene ningún derecho a presentarse aquí y decirme que hoy es su último día.

Pienso en cuál sería la mejor manera de hacerlo: ¿la llamo a mi despacho o voy a recepción a hablar con ella? Decido llamarla aquí porque si voy yo, tendré que quedarme de pie junto a su escritorio mientras hablo con ella y me resultará incómodo. Si la llamo aquí, puede sentarse y estará más cómoda.

—Susie —la llamo, intentando sonar amable—. ¿Puedes venir un momento, por favor?

Silencio. Me pregunto si va a fingir que no me ha oído. Suelo llamarla así cuando necesito un documento de su archivador y nunca me ha ignorado. Estoy a punto de repetir la llamada cuando aparece en la puerta. No hace ademán de entrar y se queda ahí mirándome.

—¿Puedes entrar y sentarte un momento, por favor?

No responde ni sonríe, pero entra y se sienta en la silla frente a mi escritorio.

—Susie, quería ver si puedo ayudarte. De verdad que no quiero que te vayas, y si necesitas tomarte un tiempo para resolver tus problemas personales, prefiero mil veces eso a que dimitas.

Se mira las manos un momento y luego me mira sin sonreír.

—Lo siento, Gina, pero tengo que irme.

—Pero ¿por qué? —pregunto—. Seguro que podemos encontrar una solución. Marcharte es un poco drástico, ¿no? No quiero meterme en tu vida personal, pero como te acabo de decir, si necesitas tiempo libre no hay problema.

Susie suspira y me mira fijamente.

—De acuerdo —dice—. No quería tener que hacer esto, pero la verdadera razón por la que me voy eres tú.

—¿Yo? —pregunto, completamente atónita—. ¿Qué quieres decir?

—Es imposible. Tú eres imposible —se levanta—. Lo siento, pero me voy y punto.

—Pero... —empiezo a decir.

—Y —dice—, antes de que siquiera pienses en contratar a alguien más, te aconsejaría que te arreglaras antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO NUEVE

Gina

Me quedo sentada en un silencio atónito y observo a Susie volver a recepción. No tengo ni idea de qué está hablando y poco a poco el estupor empieza a convertirse en ira. ¡Cómo se atreve a decir que soy imposible! He sido una jefa extremadamente considerada con ella, nunca le he estado encima ni le he exigido nada que no entrara dentro de sus funciones. Muchos viernes por la tarde la dejo salir una hora antes si no hay mucho trabajo, y siempre he sido flexible con los permisos para ir al médico o al dentista.

Empujo la silla hacia atrás y me levanto intentando ignorar el temblor de las piernas. No he comido nada desde ayer al mediodía porque no me entraba nada, pero ahora noto los efectos: me siento mareada y con náuseas. Respiro hondo, rodeo el escritorio y salgo a recepción.

Me quedo de pie frente al escritorio de Susie y la observo vaciar sus cosas de los cajones y meterlas en una caja de cartón.

—He pensado que era mejor irme ya —dice, con la cabeza inclinada sobre el cajón—. No le veo sentido a quedarme hasta el final del día.

—¿Y pensabas decírmelo —me oigo preguntar en tono cortante— o simplemente ibas a desaparecer esperando que te pagara las dos semanas de vacaciones?

Saca lo último que queda en el cajón y lo cierra de golpe.

—Eso depende de ti, Gina —espetea sin mirarme—. Pero si no me pagas, no será la primera vez, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —pregunto—. Siempre te he pagado, incluso cuando has estado de baja.

—Un día de baja —dice, mirándome con el ceño fruncido—. Eso es todo lo que he cogido. Solo uno. Así que no intentes dar a entender que no he hecho bien mi trabajo, porque sí lo he hecho. Retrasarme el pago porque me cogí un día libre no es aceptable, pero lo dejé pasar la primera vez porque te di el beneficio de la duda. Una vez es un error, pero dos es deliberado. *Tú* eres el problema, Gina, no yo. —Me fulmina con la mirada y me pregunto adónde ha ido a parar la Susie agradable y servicial. La ira que me impulsó a salir de mi despacho para encararla se ha esfumado y ahora solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Susie, por favor —digo—. Si he hecho algo que te ha molestado, dímelo, porque fuese lo que fuese, no fue intencionado.

Coge su taza de café del escritorio y la mete en la bolsa de la compra aunque todavía tiene los posos del último café que se hizo.

—No puedo seguir trabajando aquí porque me estás hundiendo, y si me quedo, me preocupa no poder encontrar otro trabajo. —Me mira como si yo debiera saber de qué está hablando, pero sinceramente no tengo ni idea. La miro sin comprender y suspira.

—Eres poco profesional. Faltas a las citas, nunca estás donde se supone que debes estar y nunca me dices dónde andas. No coges el móvil. Prometes reunirte con clientes y luego no apareces.

La miro fijamente y ella deja caer la caja sobre el escritorio con un golpe.

—Hay requerimientos de pago del alquiler y de todos los suministros, y prometes que los pagarás pero nunca lo haces, y soy yo la que tiene que mentir por ti. —Las palabras le salen a borbotones y se le sonrojan las mejillas—. Es vergonzoso, Gina; yo me avergüenzo de poner las mismas excusas por ti una y otra vez. No sé qué haces en todo el día, pero desde luego no es lo que deberías, y ya no puedo más. Quiero trabajar para alguien en quien pueda confiar.

* * *

No volví a intentar que Susie se quedara; parecía decidida a marcharse y no pensaba suplicarle.

Me siento bastante dolida, si he de ser sincera. Creía que había sido una empleadora considerada y he intentado que el lugar de trabajo fuera agradable, pero ahora me lo ha echado todo en cara. Después de que se marchara, cerré la puerta del despacho con llave, me senté a su escritorio y revisé la agenda de citas intentando encontrarle sentido a lo que había dicho. Mientras estaba allí sentada estudiando la agenda, empecé a sentirme un poco mejor; cuando me dio sus razones para irse, enseguida me sentí culpable, como si hubiera hecho algo mal, pero la verdad es que *ella* es la culpable. No me ha mantenido al día de las reuniones programadas, así que las que haya podido perderme son enteramente culpa suya. Todas las reuniones de la agenda de la semana pasada eran citas de las que yo no sabía nada, así que *ella* no me las ha comunicado a *mí*. Yo siempre le digo con quién voy a reunirme cada día, así que dice puras tonterías cuando afirma que no sabe dónde estoy.

Mis sospechas sobre ella se confirmaron cuando revisé el archivo del alquiler y los suministros: no ha hecho ni un solo pago en casi un año, así que no es de extrañar que no paren de llegar requerimientos.

Ella es la culpable.

Por lo tanto, no es ninguna sorpresa que estuviera desesperada por irse: sabía que sus carencias estaban a punto de salir a la luz y simplemente saltó antes de que la empujaran. En cuanto a su acusación de que le he retenido el sueldo deliberadamente, es una completa tontería, ya que en las contadas ocasiones en que falló el pago de su nómina se debió a un error del banco y no tuvo absolutamente nada que ver conmigo.

Aun sabiendo esto, sigo sintiéndome profundamente inquieta; es una prueba más de lo mal que juzgo el carácter de las personas. Pensaba que Susie era honesta, digna de confianza y trabajadora, y ahora he descubierto que es todo lo contrario.

Otra persona más que me ha fallado.

Una vez convencida de los errores y fallos de Susie, volví a mi escritorio y pasé el resto de la tarde sopesando mi situación. Necesitaba encontrar una nueva asistente y necesitaba echar a Lissa de mi casa.

Dos cosas bastante simples que no deberían dar mucho que pensar. Sin embargo, para cuando me decidí sobre ambas, me encontré sentada en una oficina a oscuras sin saber en qué se me había ido el día.

* * *

Salí del trabajo a mi hora habitual y llegué a casa vacía. Enseguida me puse a preparar una lasaña con ensalada de remolacha y pan de ajo. Después de pensarlo bien, me he dado cuenta de que mi primer pensamiento irracional —que Lissa intenta quitarme a James— seguramente es erróneo. Sí, sabe que estoy con James, pero James es un nombre muy común y no conoce su apellido porque nunca se lo dije. La única forma de que lo supiera es que James le haya hablado de mí. En cuanto la vea, sabré si lo ha hecho, porque será incapaz de ocultar el triunfo en su cara. Querrá presumir y hacerme saber que me lo ha quitado.

Mi plan es invitarla a cenar conmigo y, en cuanto su cara me diga lo que necesito saber, actuaré en consecuencia. Si sabe que James es *mi* James, la echaré a la calle de inmediato. Y cuando digo echar, lo digo en serio: disfrutaré tirando todas sus cosas por la ventana al camino de entrada.

Si *no* lo sabe, una vez que hayamos comido le pediré que se vaya y le daré una semana de plazo. Si no tiene ni idea de lo mío con James, no quiero que se entere porque no le daré la satisfacción de saber que me ha hecho daño. También he decidido no decirle a James que lo vi con Lissa; cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que fue ella quien *lo* besó a él y no al revés. No quiero empujarlo a sus brazos pareciendo la novia celosa.

Lissa es una auténtica fulana con un desfile de hombres; la he oído hablar por teléfono con ellos al pasar por su cuarto, porque nunca cierra las puertas como le he pedido. Me desconcierta que piense que quiero enterarme de su sórdida vida sexual y de sus numerosos amantes. ¿Se cree muy lista por acostarse con el primero que se le cruza? Siento lástima por su exmarido, casado con semejante zorra infiel.

No dejo de mirar el reloj preguntándome dónde estará; no quiero volver a verla en mi vida, pero al mismo tiempo necesito que vuelva a casa para echarla de inmediato o empezar a gestionar su marcha. Intento no pensar en que puede quedarse fuera hasta tarde, porque eso arruinaría mi plan por completo y tendría que soportar otra noche en vela.

La lasaña está casi lista y empiezo a pensar que no va a volver cuando oigo el clic de la puerta principal al abrirse. Respiro hondo y me pongo una sonrisa que parece que me va a partir el rostro en dos.

—Hola —digo con desenfado desde la puerta de la cocina—. ¿Qué tal el día?

Lissa viene por el pasillo hacia mí con sus tacones repiqueteando en el parqué. Cuando se vaya, ya no tendré que aguantar que lleve zapatos de calle dentro de mi casa después de haberle pedido expresamente que no lo haga.

—No está mal —dice, apoyada en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

La miro esperando que mi sonrisa no parezca la mueca que siento. Estudio su rostro y no veo ningún indicio de triunfo ni de burla; de inmediato estoy segura de que no sabe nada de James. No sería capaz de contenerse si lo supiera. Si acaso, parece cansada y harta, no la insufrible presumida de siempre. No soy una persona violenta, pero ahora mismo quiero golpearla en la cara, arrancarle ese pelo perfecto de raíz, tirarla al suelo y patearla una y otra vez. La fuerza de este sentimiento me sorprende y tengo que agarrar el paño de cocina con fuerza para no atacarla. Quiero romperle los dientes y arañarle esa cara bonita hasta hacerla trizas, pero debo mantener la calma o todo se vendrá abajo.

Ladea la cabeza y me mira; hay un levísimo atisbo de ceño fruncido. Me pregunto si de algún modo me estará leyendo el pensamiento.

—Ha sido uno de esos días —dice con un suspiro, disipando mis preocupaciones—. Mi ex, Hugh, se está poniendo difícil. No entiendo por qué no puede firmar los papeles del divorcio de una vez y largarse.

Intento no mostrar mi sorpresa ante su lenguaje soez; rara vez dice palabrotas, así que Hugh debe de haber hecho algo gordo para alterarla así. Siento una pequeña chispa de satisfacción que enseguida se convierte en algo parecido a la felicidad: todo va a salir bien. No sabe nada de lo mío con James y, por supuesto, no tiene por qué saberlo, porque él no me haría eso después de un besito tonto, ¿verdad?

—Los hombres, ¿eh? —dice encogiéndose de hombros—. Ni con ellos ni sin ellos.

—Muy cierto —digo con una risa que suena falsa hasta a mis propios oídos. La veo mirar por encima de mi hombro y sé que ha visto la ensalada en la mesa.

—Lasaña —digo—. He hecho de sobra, por si quieres acompañarme.

—Oh, sí, por favor —dice, olfateando el aire—. Huele divino.

—Estará lista en cinco minutos.

Saco dos platos del armario y los pongo en la mesa. Cojo cubiertos del cajón y los coloco junto a los platos; después saco dos copas de vino del armario y las dejo en la mesa.

—Fabuloso —exclama mientras desaparece por el pasillo y sube las escaleras—. Voy un momentito al tocador y bajo enseguida.

El tocador, puaj, tampoco voy a echar de menos que diga eso. Cojo una botella de tinto del botellero y la abro. Una vez más soy yo quien pone el vino y la comida, pero esta será la última vez que disfrute de mi hospitalidad, así que estoy dispuesta a ser generosa.

Además, yo misma necesito una copa.

Me sirvo una copa y doy varios tragos; mientras siento el calor recorrerme el cuerpo, empiezo a relajarme. Debería haberla abierto antes para dejarla respirar, pero no quería tentar a la suerte: si la

hubiera abierto antes de que llegara, quizá no habría vuelto a casa esta noche.

Apago el horno, saco la lasaña y la pongo sobre un salvamanteles en el centro de la mesa. Tiene muy buena pinta; es una pena que tenga el estómago revuelto y no vaya a disfrutarla del todo, aunque no puedo negar que tengo hambre. Saco el pan de ajo del horno, lo corto en trozos y lo pongo en una cesta junto a la ensalada.

—Mmm, qué rico, tiene una pinta estupenda —dice la voz de Lissa a mi espalda.

Me siento a la mesa y ella la rodea para colocarse frente a mí, arrastra la silla y se deja caer en ella. Se ha cambiado la ropa de marca que lleva al trabajo por un pijama de rayas holgado y no puedo evitar sentir repugnancia. ¿Cómo puede aceptar mi invitación a cenar y presentarse en pijama? ¿Es que no tiene modales?

—Por favor, sírvete. —Señalo la lasaña y ella se abalanza con la cuchara mientras yo lleno su copa de vino y me relleno la mía. Me sirvo la porción más pequeña posible de lasaña seguida de un poco de ensalada. Pincho con el tenedor y me lo llevo a la boca, donde es como si tuviera una toalla enorme y seca. Mastico y mastico y mastico y, de alguna manera, consigo tragarlo. Lissa está devorando la lasaña con ganas y ya se ha bebido la mitad de la copa. No me presta atención mientras muevo la comida de un lado a otro del plato con el tenedor en lugar de intentar comerla.

—Entonces, ¿ya has empezado a buscar casa? —me obligo a preguntarle una vez que he terminado. Hemos comido en silencio y no recuerdo si esto es normal o no; ¿solemos charlar mientras comemos o esperamos a terminar? Sé que me estoy poniendo paranoica, pero no puedo evitarlo. Lissa no responde de inmediato, sino que deja el cuchillo y el tenedor en el plato y lo empuja vacío hacia el centro de la mesa. La lasaña ha desaparecido por completo; Lissa repitió cuando se lo ofrecí y me sorprende lo mucho que ha comido. Normalmente picotea, lo cual, supongo, es como mantiene esa figura perfecta. Quizás su exmarido la ha afectado de verdad y esto es comer para consolarse; por segunda vez esta noche siento una punzada de satisfacción al ver que algo no le sale perfecto.

—No, todavía no —responde—. No tiene sentido buscar hasta que sepa exactamente cuánto me va a tocar. —Da otro trago de vino antes de echarse el resto de la botella en la copa.

—Uy —dice—. Qué ansiosa, me he quedado con lo último.

Me río, pero me doy cuenta de que no puedo mirarla; quiero coger el cuchillo de mi plato y clavárselo entre los ojos, y temo que si la miro a la cara un momento más, eso es exactamente lo que haré. Bajo la vista hacia la mesa y lo suelto antes de poder contenerme.

—Mira, Lissa —digo con voz temblorosa—. Siento que no sea el mejor momento, pero voy a tener que pedirte que te vayas.

CAPÍTULO DIEZ

Lissa

Cuando volví a casa, abrí la puerta y me llegó un intenso olor a ajo; algo se estaba cocinando en la cocina y olía de maravilla.

Me pregunté si Gina habría invitado al novio a cenar, porque normalmente no se molesta en cocinar si está sola. Siempre se sirve raciones enormes de todo lo que cocino, pero ella rara vez se pone a cocinar. Creo que si yo no estuviera aquí, viviría a base de comida a domicilio, porque siempre está encantada de compartirla conmigo cuando se lo ofrezco. Debería vigilar lo que come y ponerse las pilas ya, porque si no va a acabar hecha una foca; se le nota, es una glotona de nacimiento que no sabe controlarse con las cantidades.

Me llamó a voces mientras iba por el pasillo y, por una vez, parecía contenta; noche con el novio, sin duda, decidí. A lo mejor, pensé, tiene el polvo asegurado y por fin va a dejarlo meterse en su cama. Me pregunté si por fin lo conocería para confirmar mis sospechas de que es tan aburrido y soso como ella.

Se me pasó por la cabeza quedarme rondando por allí y flirtear con él solo para fastidiarla; enseñarle lo que es una mujer de verdad. Aunque si es como ella, será un completo inútil en lo social y no tendría ni idea de cómo reaccionar. Quizá no ha intentado meterse en su cama porque no tiene sangre en las venas. Porque, seamos sinceras, no puede ser gran cosa si le ha tocado cargar con ella. No suelo ser tan mala, pero hoy ha sido el día del infierno, así que di rienda suelta a mis peores pensamientos.

Me quedé de piedra cuando me preguntó si había tenido un buen día. Normalmente soy yo quien inicia la conversación, y prácticamente había decidido que no iba a molestarme más. Que hubiera silencios incómodos y mal rollo, porque no pensaba seguir esforzándome con alguien que claramente pasaba de hacer ningún esfuerzo conmigo. Me pilló desprevenida y no recuerdo exactamente qué le dije, pero fue algo de que Hugh era un pesado, cosa que normalmente no admitiría. Estoy casi segura de que también solté un taco, porque recuerdo que puso cara de asco. La verdad, me dieron ganas de reírme y decirle que se fuera a vivir a una iglesia o se metiera a monja, pero me contuve porque no quería soltar nada de lo que luego tuviera que disculparme. Hoy no estoy de humor para disculpas, y desde luego no con una solterona amargada y frígida.

Me sorprendió aún más cuando me invitó a cenar, y en cuanto acepté, subí corriendo a ponerme el pijama antes de volver a bajar. Además había sacado el vino sin que yo tuviera que soltar indirectas enormes, lo que me hizo preguntarme qué se traería entre manos, porque normalmente es tan tacaña y tan borde.

La verdad es que no estaba de humor para cenar con ella porque Hugh se está portando como un imbécil. De alguna manera se ha enterado de que estoy saliendo con otros tíos y se ha puesto en plan moralista, comportándose como si todavía estuviéramos casados. No es asunto suyo a quién vea ahora que nos estamos divorciando, pero se le ha metido en la cabeza que le ponía los cuernos cuando estábamos juntos. Le dije que por supuesto que no, y con la mano en el corazón, nunca le fui infiel, pero se negó a creerme. Me sorprendió bastante que se pusiera tan borde y tan santurrón conmigo, porque normalmente puedo engatusarlo para que vea las cosas a mi manera. Hasta ahora, nuestras conversaciones telefónicas se han reducido a que él me dice que todavía me quiere y me suplica que le dé otra oportunidad.

Pero hoy no.

No, hoy me dijo que le había encargado a su abogado que examinara con lupa nuestros asuntos financieros y se asegurara de que cualquier saldo pendiente en nuestras tarjetas de crédito o

préstamos personales se tratara por separado de nuestras finanzas comunes. Esto no son buenas noticias para mí; Hugh no tiene *ninguna* tarjeta de crédito ni préstamos porque es un aburrido total y rara vez compra ropa de marca ni caprichos personales, mientras que yo tengo tres tarjetas, todas al máximo, más un préstamo personal del que no sabe nada. Pedí el préstamo para liquidar las tarjetas, pero nunca llegué a hacerlo porque acabé gastándomelo en unos tratamientos de belleza bastante caros. Estar tan guapa como yo requiere un mantenimiento constante, y eso no se consigue usando cosméticos de supermercado ni cortándome el pelo yo misma. Estoy furiosa con Hugh porque eso significa que mi parte del acuerdo va a ser mucho menor de lo que esperaba. Voy a tener que frenar mucho el gasto o casarme con otro que sea asquerosamente rico. Tendré que rebajar mis pretensiones cuando empiece a buscar casa o recortar gastos; ninguna de las dos opciones me hace gracia.

Podría decirle a mi abogado que lo impugnara, pero siendo realista sé que sería inútil. Además, ¿has visto lo que cobran los abogados solo por escribir una carta o hacer una llamada? En serio, ser abogado de divorcios es prácticamente tener licencia para imprimir dinero, y en realidad no hacen nada salvo causar problemas y peleas para poder cobrar aún más por resolver las peleas que *ellos* mismos han creado. Y ni siquiera puedo quejarme a mis padres porque querrían saber por qué tengo tanta deuda y se pondrían en plan moralista. No entienden lo de tener que estar guapa, y mi madre se pone rarísima si cree que me he puesto bótox o rellenos; tiene la extraña idea de que eso es *cirugía*. Dice que no hay que meterse químicos en el cuerpo porque es malo; creo que olvida que se pasó años de su vida tostándose en una cabina de rayos UVA para mantener su moreno permanente. Solo ahora que ha cumplido los sesenta ha empezado a envejecer con dignidad, así que quizá debería acordarse de cómo era antes.

Aunque yo *sí* me he hecho una pequeña operación de la que ella no sabe nada, pero desde luego no pienso decírselo. La cirugía estética no sale barata, pero ¿quién quiere tener unas tetas que cuelguen como orejas de spaniel? Yo no, por eso me las levanté un

poco antes de que realmente lo necesitaran, para que nunca lleguen a ese punto.

Hugh nunca había sido tan ruin conmigo y me cuesta entenderlo. Lo único que se me ocurre es que tiene otra, porque él solo nunca habría pensado en esto. Si otra le ha echado el guante, se asegurará de que no me dé ni un céntimo más de lo que me corresponde y de que se guarde el dinero para él.

¿Cómo puedo estar tan segura de esto?

Porque es exactamente lo que yo haría si fuera la otra.

Todo esto me rondaba por la cabeza cuando me senté a comer la lasaña de Gina. No estaba precisamente sociable, así que no inicié conversación y comimos en silencio. Eso sí, la lasaña estaba buena, hay que reconocerlo, y el pan de ajo también. Se notaba que algo la inquietaba porque removía la comida en el plato pero en realidad no comía nada. Sabía que tenía que haber gato encerrado detrás de su invitación a cenar, pero aun así me sorprendió que fuera tan directa porque no la creía capaz.

Quiere que me vaya.

No de inmediato, dijo, como si me estuviera haciendo un favor enorme: me daría una semana para sacar mis cosas.

Estaba furiosa, pero no le di el gusto de que lo notara. Le pregunté: —¿Necesitas que me vaya porque James se va a mudar?

Dijo que sí, pero no pudo mirarme a los ojos cuando lo dijo, así que estoy segura de que miente. Creo que solo quiere que me vaya porque es incapaz de compartir casa con nadie más, porque es una inadaptada social. Su supuesto novio ni siquiera ha pasado una noche aquí, así que difícilmente se va a mudar con ella, ¿no? Empiezo a preguntarme si de verdad tiene novio o si se lo ha inventado.

Le dije que una semana de preaviso era quedarse corta y ella dijo que, como normalmente pasaba fuera varias noches a la semana, ¿no podría quedarme en casa de algún amigo? Menudo morro; encima está controlando cuándo duermo aquí de verdad, como si fuera mi madre o algo así. Por cómo dijo *amigos*, noté que en realidad se refería a hombres, y no pudo disimular el asco en su cara. Que yo elija acostarme con más de un hombre no me convierte

en una zorra; a los hombres se les permite ir de flor en flor, así que ¿por qué a mí no? Tampoco es que esté haciéndole daño a nadie. Puse una excusa, salí de la cocina y subí a mis habitaciones, porque sabía que si me quedaba acabaría teniendo una bronca monumental con ella, diciéndole exactamente lo que pienso, y entonces tendría que mudarme aún antes.

Tengo opciones y hay varios sitios a los que podría mudarme, porque a diferencia de ella yo tengo amigos y familia, pero otra cosa es que quiera.

Podría volver a mudarme con Hugh; la casa es la mitad mía y tengo todo el derecho a vivir allí. Si lo hiciera, también podría averiguar de una vez si tiene otra mujer, y le aguaría la fiesta si la ha estado invitando a quedarse. Además sería más barato, ya que él está pagando todas las facturas y la hipoteca, así que en realidad estaría mejor económicamente que ahora. El inconveniente es que él también sabría exactamente lo que hago, y me aguaría la fiesta a *mí*, y eso no me hace ninguna gracia. Ya es bastante malo tener a Gina-la-solterona vigilando cada uno de mis movimientos, por no hablar de Hugh-el-exmarido. Tendría que mantener a mis amigos hombres a distancia, y sé que Hugh me sometería a un interrogatorio cada vez que saliera de casa o pasara la noche fuera.

Así que eso es un no rotundo; luego están mis padres, pero creo que sería incluso peor que vivir con Hugh, así que también queda descartado.

Lo que me deja con Simon.

Es el hombre perfecto: rico, guapo y absolutamente loco por mí. Me lleva rogando que me mude con él prácticamente desde que lo conocí, y todavía no he encontrado nada de él que no me guste; es divertido y encantador, me lleva a restaurantes fabulosos y siempre me compra regalos preciosos.

Así que quizás debería irme a vivir con él.

Pero no quiero; todavía no.

Solo he probado brevemente la libertad desde que le dije a Hugh que lo nuestro se había acabado, y no estoy dispuesta a renunciar a ella todavía. Por primera vez en años, de verdad me lo estoy pasando bien; disfruto saliendo con diferentes hombres y

acostándome con quien me apetezca. Me lo estoy pasando en grande y no quiero que esto termine. No quiero irme a vivir con un solo hombre y sentar la cabeza todavía; quizás no lo haga nunca, la verdad es que no lo sé.

Lo que me deja con la opción de buscar otro piso compartido.

Por muy molesta y ridícula que sea Gina, su casa es fabulosa. Las probabilidades de encontrar algo ni remotamente tan bonito como esta casa son de una entre un millón. Solo de pensar en compartir una casa cutre y destartada con un montón de indeseables me entran ganas de vomitar.

Entonces, ¿qué hago?

Es un dilema; y hasta que lo decida, voy a quedarme donde estoy y sopesar mis opciones.

Diga lo que diga Gina.

Que le den. Esperará hasta que a mí me dé la gana.

CAPÍTULO ONCE

Gina

Temía decirle a Lissa que tenía que mudarse, pero no tenía por qué preocuparme; fue mucho mejor de lo que esperaba. Me siento aliviada de que ya esté hecho y me aseguraré de evitar verla durante su última semana aquí. Me preguntó si James se iba a mudar y le dije que sí; está claro que a veces sí escucha, porque debió de recordar que le conté que estábamos pensando en irnos a vivir juntos la primera vez que vino.

Sentí una oleada de ira cuando pronunció el nombre de James; como si de alguna manera, al decir su nombre, se apropiara de él. No tiene ni idea de que el James al que se le tiró encima a la salida del gimnasio era *mi* James. Fue surrealista sentarme a hablar de él con ella y, en cierto modo, me hizo sentir casi poderosa porque yo lo sabía y ella no. Estoy segura de que no lo sabe porque sería incapaz de contenerse y no restregármelo para hacerme daño y humillarme.

No se quedó mucho tiempo después de que terminamos de comer; el ambiente estaba un poco tenso después de que le pedí que se fuera, y desapareció escaleras arriba con la excusa de que tenía cosas que ordenar. Me dejó a mí toda la limpieza y entonces caí en que siempre he sido yo quien recoge después de una comida o de pedir algo a domicilio, así que además de zorra también es vaga.

Me alegré de perderla de vista y respiré aliviada pensando en que pronto se habría ido y mi vida podría volver a la normalidad. No sé

muy bien qué habría hecho si hubiera armado un escándalo por tener que mudarse; temía que los pensamientos violentos que me asaltaban mientras cenábamos pudieran convertirse fácilmente en realidad si me provocaba.

Todo irá bien ahora, me dije mientras cargaba el lavavajillas y limpiaba las encimeras. Siete días más y habría desaparecido de mi vida para siempre. Sin embargo, anoche no pude dormir y cuando desperté esta mañana me sentía como si hubiera estado luchando con alguien o algo durante toda la noche, y en lugar de descansar, estaba agotada.

Por eso hoy me quedé en casa.

Debería haber ido a la oficina, pero simplemente no podía enfrentarme a ello después del enfrentamiento con Susie ayer. La idea de sentarme allí sola me deprimía muchísimo, así que opté por lo fácil y no fui. Le envié un mensaje a un cliente que tenía cita y cancelé la de esta tarde. Me sentí fatal por hacer algo tan poco profesional, pero no podía soportar la idea de fingir que estoy bien y que no pasa nada. Lo preocupante es que el cliente nunca respondió a mi mensaje y tengo el presentimiento de que puede que haya perdido ese cliente, pero ahora no puedo hacer nada al respecto; lo solucionaré la semana que viene.

Eso sí, me sentí mal por la señora Heppleton; aparecerá para su charla del viernes como siempre, la oficina estará cerrada y se preguntará qué demonios pasa. No puedo hacer nada al respecto ahora porque no usa el móvil; podría llamarla, pero sinceramente, no tengo energía para hablar con nadie.

Los últimos días me han dejado agotada y necesito paz y tranquilidad para recuperarme. Mañana es sábado, así que tengo tres días enteros sin preocuparme por el trabajo y pienso aprovecharlos para mimarme y descansar como me merezco. Lissa siempre está fuera los fines de semana, así que debería poder evitarla fácilmente. Tampoco creo que vaya a buscar mi compañía ahora que le he dicho que se tiene que ir.

Le envié un mensaje a James diciéndole que este fin de semana estoy en un spa con unas amigas, así que no podré verlo. Simplemente no puedo enfrentarme a verlo en este momento,

aunque lo quiero con locura. Temo que si lo veo ahora diré algo de lo que me arrepienta y no habrá vuelta atrás. Necesito espacio para que la imagen de Lissa besándolo se desvanezca; necesito poner las cosas en perspectiva. Odio mentirle, pero necesito tiempo para aclararme.

La señora de la limpieza no ha aparecido en toda la semana sin ninguna explicación y ha ignorado mis mensajes. Un comportamiento totalmente inaceptable, en mi opinión, así que además de una nueva recepcionista también voy a tener que buscar una nueva señora de la limpieza. Es verdad eso de que las desgracias nunca vienen solas.

Decidida a mantenerme ocupada y a no dejarme llevar por la tristeza, me puse a limpiar la casa a fondo; las habitaciones de Lissa no, obviamente. Cuando terminé de limpiar y quitar el polvo, pasé la aspiradora por todas las alfombras de la casa. Para cuando acabé estaba sudando y me sentía como si hubiera hecho un entrenamiento intenso en el gimnasio. Me sentí mucho mejor, mentalmente, que cuando empecé, y más como la de antes; la persona que era antes de que esa maldita mujer se mudara a mi casa e intentara arruinarme la vida.

Después me di el capricho de un largo baño con mis burbujas favoritas y acababa de vestirme cuando oí el timbre. Bajé las escaleras preguntándome quién demonios podría ser; no esperaba ningún paquete y sabía que no podía ser para los de al lado porque les he dejado muy claro que no pienso recoger sus interminables pedidos de Amazon. Para cuando llegué al vestíbulo, al timbre se había sumado un traqueteo insistente de la ranura del buzón, y estaba furiosa de que alguien pensara que podía exigirme que abriera la puerta de esa manera. Ya casi había decidido no abrir cuando vi a través del cristal opaco de la puerta que alguien intentaba pegar una hoja de papel en el otro lado.

Me quedé al pie de las escaleras un momento, absolutamente furiosa de que alguien se creyera con derecho a pegar algo en mi puerta. Respiré hondo para calmarme y luego crucé el vestíbulo con paso decidido, quité el cerrojo y abrí de un tirón para encontrarme con un hombre enorme que llevaba un plumas negro y sostenía un

portapapeles. Otro hombre vestido igual estaba de pie detrás de él; mi ira se disipó e intenté con todas mis fuerzas no sentirme intimidada.

—¿Qué —exigí en voz alta— se cree que está haciendo?

—¿Georgina Moray? —preguntó, sin inmutarse lo más mínimo por mis gritos.

—¿Y a usted qué le importa? —le espeté.

—Darren Richards. Agente de ejecución certificado. —Me mostró una tarjeta de plástico del tamaño de un carné de conducir y me miró sin sonreír. Le sostuve la mirada y ni me molesté en leer su tarjeta.

—No tengo ni idea de quién es usted, pero haga el favor de salir de mi propiedad —declaré con altivez. Hice ademán de cerrar la puerta, pero él metió un pie enorme calzado con una bota, impidiéndome cerrarla. Lo miré sorprendida.

—Los del embargo, cielo —dijo en un tono más suave—. Somos los del embargo, y hemos venido a cobrar su deuda.

* * *

A pesar de su aspecto rudo, Darren y Geoff, como descubrí que se llamaba el otro agente, fueron sorprendentemente educados mientras me informaban de que iban a llevarse bienes por valor de tres mil doscientas cincuenta libras.

Darren, en particular, fue el que más se preocupó cuando mis piernas empezaron a temblar y pensé que iba a desmayarme. Me pasó su enorme brazo por los hombros y me ayudó a llegar a la cocina, donde me senté a la mesa preguntándome qué demonios había pasado. Dice mucho de mi estado mental que dejara que un desconocido me manejara así. Incluso se ofreció a prepararme un té antes de empezar a hacer el inventario de mis pertenencias. Me preguntó si quería que avisaran a alguien para que me hiciera compañía mientras ellos hacían su trabajo, y eso me hizo volver en sí de golpe. No quería testigos de la humillación de que unos alguaciles vinieran a mi casa, aunque todo fuera un error.

Según Darren y Geoff, me habían enviado cartas de demanda final y avisos de esta visita en numerosas ocasiones durante los meses anteriores, y yo las había ignorado todas. El papel que Darren estaba pegando en la puerta era un aviso de su próxima visita, en la que vendrían acompañados de un policía y un cerrajero para forzar la entrada. Mi deuda correspondía a facturas impagadas del impuesto municipal de esta casa y de mi vivienda anterior, más la enorme cantidad de recargos que se habían ido acumulando por no haber pagado.

No recuerdo haber recibido ninguna demanda final, pero esa no es una excusa que vayan a aceptar; tengo que darles el dinero en efectivo o se llevarán bienes de mi casa por el valor de la deuda. Inmediatamente pensé en Lissa: ¿habrá abierto mi correo y tirado las cartas a propósito para fastidiarme? No me sorprendería nada viniendo de ella, pero siendo realistas, no lleva mucho tiempo viviendo aquí, y según los alguaciles yo habría recibido cartas mucho antes de que ella se mudara. Aunque ya da igual; tengo que pagar, y tiene que ser hoy.

Les dije que les pagaría en efectivo si podían esperar mientras iba al banco. Darren me dijo que Geoff se quedaría en la casa mientras él me acompañaba.

Me sentí como una prisionera.

Insistió en llevarme en la furgoneta en la que habían venido, y cuando aparcamos en la parte trasera del banco, me sorprendió que se bajara y entrara conmigo. Había cola, por supuesto, y nos quedamos de pie uno al lado del otro en silencio mientras esperábamos a que la cajera, que era lentísima, atendiera a cada cliente. Cuando por fin llegué al mostrador, Darren se quedó un poco detrás de mí mientras yo pedía las tres mil doscientas cincuenta libras, apartando la mirada cuando metí la tarjeta en el lector y tecleé mi PIN. Siempre mantengo un buen saldo en el banco y suelo tener al menos tres o cuatro mil libras en la cuenta, así que sabía que no habría problema.

Solo que sí lo hubo.

El lector de tarjetas emitió un pitido y la cajera lo miró frunciendo el ceño; luego tecleó algo y frunció el ceño aún más. Levantó la vista

y me dijo que no podría sacar dinero porque mi cuenta estaba en números rojos. Añadió que, como había sobrepasado el límite de mi descubierto, no podría usar la tarjeta de débito hasta que ingresara fondos suficientes para cubrirlo.

Sentí que me ponía roja como un tomate, pero conseguí murmurar que debía de haber algún error. La cara de la cajera se endureció y me aseguró que no había ningún error, pero que si quería hablar con el director, podía arreglarse. Le dije que no se molestara y salí furiosa del banco con Darren Richards pisándome los talones. Me quedé en silencio mientras él abría la furgoneta. Me subí al asiento del pasajero y, sin mediar palabra, arrancó el motor y volvimos a mi casa.

Empezó en cuanto volvimos a entrar en la casa: Darren fue habitación por habitación con su portapapeles, valorando todo lo que había en cada una. Muchos artículos estaban exentos porque tenían financiación pendiente: mi tresillo hecho a medida, mi equipo de música Bang and Olufsen y todos los muebles de uno de los dormitorios, que tengo acondicionado como despacho, por nombrar solo algunos. Por suerte, mi coche también tiene financiación pendiente, así que no pudieron llevárselo; de lo contrario, no habría tenido forma de sacar adelante mi negocio.

Se llevaron el televisor del salón y el de mi dormitorio, pero no bastó para cubrir la deuda. Llegamos a la habitación de Lissa y Geoff ya había entrado con sus pisotones antes de que me diera tiempo a decirle que nada de lo que había allí era mío. Enseguida vio un joyero grande en la cómoda, rebosante de collares y pulseras. Fue directo hacia él, pero una vez allí ignoró el joyero y cogió un reloj que había al lado. Lo estudió, dándole vueltas entre las manos, y se lo pasó a Darren.

—Me parece auténtico, jefe —le dijo a Darren.

Darren examinó el reloj con atención, sopesándolo en la mano.

—Valdría más si tuviéramos la caja y el certificado. ¿Los tienes? —preguntó, volviéndose hacia mí.

Negué con la cabeza en silencio y él suspiró decepcionado.

—Una pena. Podrías haberte quedado con las dos teles, pero así las cosas, si me dejas llevarme este Rolex, te devuelvo la del salón.

Me quedé mirándolo aturdida, preguntándome cuándo despertaría de aquella pesadilla. El silencio se alargó hasta que finalmente Darren habló.

—¿Qué va a ser? ¿Nos llevamos el reloj o prefieres que sigamos buscando y nos llevemos otra cosa?

El reloj era de Lissa y yo no tenía ningún derecho a dárselo; además, seguro que se daría cuenta de que faltaba. Tenía que decirles que no era mío para que lo devolviera a su sitio y siguieran buscando en el resto de la casa.

Respiré hondo y miré a Darren.

—Llévense el reloj —dije.

CAPÍTULO DOCE

Gina

Cuando me desperté esta mañana, pensé que estaba en Wetherton Avenue. En ese extraño momento entre el sueño y la vigilia, estaba convencida de que oía a mis padres discutiendo, y solo cuando me encontré de pie en el rellano, en lo alto de las escaleras, me desperté por completo. De alguna manera había salido de la cama y llegado hasta allí sin siquiera darme cuenta; casi sonámbula. Sé que lo hice porque pensé que oiría mejor desde lo alto de las escaleras, aunque sabía que lo que decían no sería nada bueno. Extrañamente, al darme cuenta de que estaba soñando, sentí decepción. No lograba entender por qué, ya que hace años que no veo a mis padres y no tengo ningún deseo de hacerlo, pues para mí están muertos. Atribuí estos extraños sentimientos al torbellino de los últimos días.

Me sentí desorientada, casi desconectada de la realidad, y acabé plantada frente a la ventana de mi dormitorio durante un buen rato para volver a situarme. Miré hacia fuera y me concentré: ese es mi coche, esta es mi casa, son las ocho y media de un sábado por la mañana y tengo treinta y tres años. Poco a poco empecé a sentirme mejor, pero fue una forma muy extraña de empezar el día.

Anoche, desesperada por dormir bien, tomé una pastilla para dormir de un paquete que encontré en el fondo de uno de los armarios de la cocina. No tengo ni idea de dónde salieron esas pastillas, pero llevaban mi nombre, aunque no pude distinguir la

fecha de la receta porque la tinta se había borrado. Quizás por eso no me desperté del todo y tuve ese extraño anhelo del pasado. Aunque también puede ser que, al acostarme anoche, no pudiera quitarme de la cabeza a mis padres.

Creo, si soy completamente sincera conmigo misma, que algo no anda bien en mí. La visita de los agentes judiciales ayer me sacudió hasta la médula, y aunque intenté convencerme de que era solo un error, de que había olvidado pagar el impuesto municipal, sabía que había algo más. La visita del agente judicial, junto con la renuncia de Susie, me hizo darme cuenta de que era poco probable que los demás estuvieran cometiendo múltiples errores con facturas impagadas mientras yo no había cometido ninguno.

Después de que se marcharan los agentes judiciales, estuve dando vueltas por la casa durante varias horas y luego me obligué a subir a mi despacho. Necesitaba saber lo mal que estaban las cosas en realidad, porque la parte sensata de mi cabeza sabía que habría recibido los requerimientos finales y que debía de haberlos guardado en algún sitio. No podían haberse extraviado *todas* ni haber dejado de enviarse, así que busqué entre mis papeles y en el archivador, pero no encontré nada. Sabía que no encontraría nada incluso antes de empezar, pero seguí con aquella búsqueda inútil para retrasar lo inevitable.

Volví a colocar la última carpeta en el estante, me senté en la silla giratoria y me quedé mirando el escritorio. Siempre cierro los cajones con llave, pero dejo la llave puesta en la cerradura. Bastante absurdo, ya que cerrar con llave y dejar la llave a mano no tiene ningún sentido, pero no hay nada de valor ahí dentro, así que no sé ni por qué me molesto en cerrarlo. Abrí el cajón de arriba y unos cuantos bolígrafos y lápices rodaron junto a un cuaderno sin estrenar. Cerré el cajón y me quedé mirando el de abajo; es lo bastante grande para guardar carpetas colgantes y tiene guías para ello, pero nunca lo uso para eso porque tengo un archivador. Lo único que guardo ahí es papel para la impresora. Me quedé mirando el cajón y, antes de que pudiera cambiar de opinión, lo abrí de un tirón.

Estaba lleno.

No de papel en blanco, sino de cartas; sobres marrones y blancos, algunos con *demanda final* estampado en rojo, u *importante – no ignorar*; docenas de ellos; tantos que se desparramaron por el suelo en cuanto abrí el cajón.

Ninguno estaba abierto.

Cerré el cajón de golpe y apreté los ojos un momento, como si pudiera hacer que desaparecieran, antes de volver a abrir el cajón lentamente. Por supuesto, los sobres seguían allí.

¿Cómo habían llegado allí?

La única respuesta posible era que los había puesto yo. Me agaché, cogí un sobre marrón de encima del montón y lo abrí. Era una carta del ayuntamiento en la que me comunicaban que, si no liquidaba el impuesto municipal impagado en un plazo de siete días, la deuda se remitiría al juzgado.

Tenía fecha de hacía dos meses.

Saqué otro sobre, lo abrí y seguí así, como en trance, hasta que el cajón quedó vacío, la papelera llena de sobres y el escritorio cubierto de cartas. Después me puse a clasificar las cartas en montones según el remitente y luego ordené cada montón por fecha. Al terminar, tenía nueve montones de papel sobre el escritorio. Había requerimientos de pago del préstamo del coche, del sofá y del equipo de música, además del portátil nuevo y las tarjetas de crédito. Lo más aterrador de todo eran las cartas del banco en las que me avisaban de que estaba en mora con la hipoteca y me pedían que contactara con ellos cuanto antes. Esa carta tenía fecha de dos meses atrás.

La carta más antigua que encontré era de hacía cuatro meses, es decir, solo tres meses después de mudarme.

Intenté repasar los últimos siete meses desde que me mudé a la casa para entender qué había pasado. ¿Cómo podía haber estado escondiendo esas cartas y seguir con mi vida como si nada? ¿Cómo podía haberme estado mintiendo a mí misma de esa manera?

¿Era por eso por lo que Susie había presentado su renuncia? ¿Había estado haciendo lo mismo en el trabajo, ignorando que mi negocio iba mal?

Decidida a enfrentarme a los hechos, abrí el portátil sobre el escritorio y, cuando apareció la pantalla de bienvenida, entré en mi cuenta bancaria de empresa. Hice clic en el botón de la cuenta y contuve la respiración mientras se cargaba la página.

En números rojos.

Las cifras bailaban ante mis ojos y respiré hondo; no era momento para histrionismos, tenía que enfrentarme a los hechos y lidiar con el problema. Me incliné hacia delante para estudiar las cifras. Mi cuenta de empresa estaba casi mil libras en números rojos y, al repasar los últimos meses, vi que mis ingresos se habían reducido a casi nada.

Susie tenía razón; no era culpa suya en absoluto, era mía.

Cerré la cuenta de empresa y abrí mi cuenta corriente personal; necesitaba conocer el alcance total del problema si iba a intentar solucionarlo. Ya sabía que mi cuenta estaba en números rojos porque me lo había dicho la cajera del banco, pero no sabía cuánto; apareció la pantalla y vi que había sobrepasado mi descubierto de dos mil libras en más de quinientas. No era de extrañar que el director del banco quisiera verme.

Cerré la pantalla y paseé la mirada por el escritorio; soy asesora financiera, me dije, debería poder solucionar esto si alguien puede. Tendría que contactar con cada uno de los acreedores y negociar algún tipo de pago mínimo, pero para poder hacer frente a cualquier pago regular necesitaba generar más ingresos.

Podría buscar otro inquilino.

La idea me vino a la cabeza y me eché a reír como una loca. Odiaba al que tenía, así que ¿para qué iba a buscar otro? Además, necesitaría más de un inquilino para hacer la más mínima mella en la montaña de deudas que había creado.

Necesitaba afrontar el problema y ya me sentía derrotada antes incluso de empezar, y eso sin ni siquiera comenzar a entender cómo había podido pasar. De repente me entraron unas ganas enormes de oír la voz de James; qué estúpida había sido al mentirle y decirle que estaba fuera el fin de semana en un spa con una cobertura de móvil pésima. ¿Cómo iba a contarle que estaba hasta el cuello de deudas? ¿Qué pensaría de mí?

¿Qué pensaría de mí si descubría que era una ladrona, que le había robado el reloj a mi inquilina para pagar a mis acreedores?

Era despreciable, pero no lo peor que había hecho.

No, lo peor era que le había robado y ni siquiera me importaba.

Se lo merecía.

* * *

Esta mañana, después de desayunar, volví a subir al despacho para ponerme manos a la obra. Hice una hoja de cálculo con la lista de todos los acreedores y los importes, y archivé las cartas en carpetas. Pensé que ordenar y detallar las cifras me haría sentir mejor, pero no fue así; la cantidad total que calculé que debo es tan alta que no hay manera de que pueda pagarla jamás.

Tendré que vender la casa.

No hay otra opción.

Con suerte, si vendo la casa, cuando haya pagado todo me quedará lo suficiente para la entrada de un pisito.

Eso suponiendo, claro está, que alguna vez pueda conseguir otra hipoteca.

No tiene sentido intentar ponerme en contacto con nadie durante el fin de semana, así que el lunes empezaré a hacer llamadas para negociar algún tipo de plan de pagos con mis acreedores.

También tendré que buscar trabajo.

Llevo meses sin pagar el alquiler de la oficina y mis clientes se han reducido a casi nada; ahora entiendo por qué el cliente que cancelé ayer ni se molestó en contestar. Como los demás, se ha ido a la competencia. Todavía puedo conservar los pocos clientes que me quedan y trabajar desde casa, pero necesito encontrar otra forma de complementar mis ingresos.

Ya era de noche cuando terminé de ordenarlo todo y pasarlo a la hoja de cálculo, y estaba agotada. Me di cuenta de que no había comido ni bebido nada desde el desayuno, así que me he preparado té con tostadas para que no me dé dolor de cabeza y me sienta aún peor.

Termino el té y las tostadas, pero sigo sintiéndome mal; lo más probable es que me sienta así durante mucho tiempo. Cierro la puerta del salón por si acaso a Lissa se le ocurre volver a casa, aunque es muy poco probable un sábado por la noche; seguro que está pasando la noche con alguno de sus amiguitos.

Me tumbo en el sofá y enciendo el televisor que los del embargo casi se llevaron, y voy cambiando de canal. Necesito encontrar algo que ver para poder pensar en otra cosa que no sea mi montaña de deudas y cómo ha podido pasar. Me niego a pensar en cómo pasó, simplemente pasó. Me descuidé y dejé que las cosas se me fueran de las manos, eso es todo.

Mis pensamientos van naturalmente hacia James e imagino sus dulces ojos marrones y su preciosa sonrisa. Gracias a Dios que lo tengo, porque de lo contrario creo sinceramente que mi vida no merecería la pena. ¿Podría seguir adelante sin él? No me gusta pensarlo, pero ya sé la respuesta. No le echo la culpa del comportamiento de Lissa la fulana. James y yo somos dos mitades de la misma persona; ni siquiera necesitamos hablar para saber cómo nos sentimos, con solo mirarnos lo sabemos. Puede que haya hecho un desastre con mis finanzas y mi negocio, pero por suerte todavía nos tenemos el uno al otro. El dinero se puede recuperar, me digo, pero el amor no.

Voy a tener que contarle lo de la deuda, pero todavía no; esperaré a tener cerrado un plan de pagos y a tenerlo todo claro en mi cabeza. Me muero por llamarle solo para oír su voz, pero no quiero que sepa que le he mentido sobre estar fuera el fin de semana. Nunca le había mentido antes y esta es la primera y última vez; no volveré a mentirle jamás.

La pantalla de mi móvil cobra vida y el alegre tono de llamada se burla de mi ánimo sombrío. Lo recojo del suelo para rechazar la llamada, pero cuando miro la pantalla, el corazón me da un vuelco al ver quién llama. James me está llamando aunque sabe que es poco probable que consiga comunicarse. De pronto me invade la felicidad; puede que lo haya perdido todo económicamente, pero el amor vale mucho más que el dinero. Lo sabe, de alguna manera James sabe que lo necesito y me llama para decirme que me quiere. Esta es la

prueba de que nuestro amor es casi telepático, y tengo lágrimas en los ojos mientras descuelgo.

—Cariño —digo, conteniendo las lágrimas—. Cuánto me alegra oír tu voz.

CAPÍTULO TRECE

Lissa

—**M**údate conmigo.
Me acurruco más cerca de Simon y me subo el edredón hasta los hombros. Es sábado por la mañana y estamos tumbados en su cama extragrande después de haber disfrutado de un sexo ardiente. Quizá debería mudarme; en la cama es prácticamente perfecto y tiene dinero a espuestas, así que ¿por qué no?

Porque simplemente no sé si estoy lista para conformarme con un solo hombre, por eso. Hugh parecía perfecto al principio y el sexo era increíble, pero una vez que compramos una casa y empezamos a vivir como pareja, la vida se volvió predecible y aburrida. Sé que si me mudara con Simon, en cuanto se pasara la novedad, seríamos como cualquier otra pareja y caeríamos en la rutina. En poco tiempo estaría tirándose pedos delante de mí y yo no me molestaría en depilarme las piernas en invierno.

No sé si quiero eso todavía; no sé si *alguna vez* volveré a querer eso.

—Me estás ignorando —dice, acariciándome el pelo.

Me incorporo y lo miro.

—No es eso —digo, haciendo un puchero—. Solo necesito pensarlo un poco. No nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

Me atrae hacia él y me besa mientras siento cómo su mano se desliza hacia abajo.

—Te conozco lo suficiente —murmura.

—Eh, atrevido —digo, apartándole la mano mientras me incorporo—. Deja que una se recupere.

Él se ríe con esa risa profunda suya.

—No puedo evitarlo si no puedo quitarte las manos de encima, ¿verdad? ¿Es culpa mía que seas tan preciosa que lo único que quiero es arrancarte la ropa y hacerte mía?

Me río y vuelvo a acomodarme, apoyo la cabeza en su pecho e intento pensar con lógica. Quizá debería mudarme; que me mude con él no significa que tenga que quedarme aquí para siempre, ¿verdad? No es como si me fuera a casar con él; si decido que no funciona, será tan simple como hacer las maletas e irme. No es lo mismo que separarme de Hugh; tenemos las finanzas mezcladas y la casa de por medio, lo que implica abogados caros que lo complican todo. Con Simon no habría nada de eso, seguiría siendo libre de irme cuando quisiera.

Quizá podría mudarme por un tiempo y ver cómo van las cosas. Si cambio de opinión sobre Simon, puedo irme y comprarme mi propio piso una vez que me llegue mi parte del dinero. No es como si me estuviera comprometiendo con él para siempre. Además, vivir con Simon sería muchísimo más barato que compartir casa o pagar una fianza enorme y alquilar un piso yo sola. Conociendo lo generoso que es Simon, probablemente podría vivir aquí gratis porque no me imagino que me dejara pagar nada.

Pero no puedo ignorar esa vocecilla en mi cabeza que me dice que no lo haga. No puedo evitar sentir que si me mudo, de alguna manera estaré cediendo y volviendo a depender de un hombre cuando apenas acabo de dejar a Hugh, y no quiero eso.

—Por supuesto —dice Simon, decidido a no dejarlo pasar—, tendrías que dejar a todos tus otros novios si te mudaras conmigo.

Me río, pero sé que lo dice en serio porque noto los celos en su voz. Nunca le he hablado de mis otros amigos, pero antes de convertirnos en amantes éramos amigos, y estúpidamente le conté que estaba *picoteando aquí y allá*. Ya me ha lanzado indirectas

antes, pero nunca me ha preguntado directamente si estoy saliendo con alguien más. Nunca ha dicho abiertamente que quiere que seamos exclusivos, pero obviamente si me mudo con él, lo seríamos.

—Bueno —digo, con una risa despreocupada—, tú también tendrías que dejar a todas tus otras novias.

Simon me pone suavemente el dedo índice bajo la barbilla y me inclina la cara hacia él.

—No hay otras novias —dice, serio, clavándome la mirada—. Ya deberías saber lo que siento por ti. No quiero a nadie más.

Oh, Dios, esto es justo lo que no quería; no quiero atarme ni prometer amor eterno, pero tampoco quiero dejar de verlo. Tengo la horrible sensación de que en cualquier momento va a decirme que me quiere, y en cuanto lo diga, todo cambiará.

—Eso dices —sonrío, intentando aligerar el momento y alejarme de la posibilidad de que me diga que me quiere—. Pero ¿qué pasa con tu admiradora secreta? Todavía no te has librado de ella, ¿verdad?

Él suelta una carcajada.

—No tienes que preocuparte por ella, Lissa. Sus sentimientos definitivamente *no* son correspondidos.

—Eso dices —bromeo—. Pero no la has bloqueado, ¿verdad? Creo que te gusta que te escriba todo el tiempo. *Creo* —deslizo el dedo por su pecho y me detengo justo debajo del ombligo— que en el fondo te pone.

Él gime, me agarra de los hombros y me da la vuelta dejándome boca arriba. Nos miramos fijamente un momento y luego empieza a besarme el cuello mientras va bajando. Me dejo llevar, contenta de que, al menos por ahora, no haya declaraciones de amor.

* * *

—Cocinas el mejor filete del mundo —digo, mientras me llevo el último bocado a la boca.

—No voy a discutírtelo —dice Simon, mientras me pone delante una taza de café recién hecho.

Y es verdad; además de todo lo demás, este hombre es un cocinero excelente e incluso recoge después de cocinar. Hugh también cocinaba, pero montaba un numerito tremendo y esperaba que yo fuera detrás de él como un pinche limpiando todo el desastre. La comida resultante nunca valía ni el drama ni la cocina destrozada, aunque por supuesto tenía que deshacerme en elogios sobre lo maravillosa que estaba o se enfurruñaba durante horas.

Doy un sorbo al excelente café que ha preparado y repaso mentalmente el día. Acabamos de cenar en la isla de cocina de su enorme cocina y son casi las nueve. Después de pasar la mañana en la cama, cuando por fin nos duchamos y vestimos ya era casi la una, demasiado tarde para desayunar. Simon sugirió que saliéramos a comer a un restaurante fabuloso que había descubierto en un pueblo cercano. Tomamos una deliciosa ensalada de salmón con jengibre y nos entretuvimos con una botella de vino que bebí casi entera yo porque Simon conducía, hasta que prácticamente nos echaron para poder cerrar por la tarde. Luego paseamos por las tiendas de diseño, donde Simon insistió en comprarme un vestido impresionante a pesar de que protesté diciendo que era demasiado caro; aunque no protesté *demasiado* porque, obviamente, quería el vestido.

Cuando sugirió cocinar la cena para mí esta noche, iba a negarme, pero luego pensé: ¿por qué no? Me había propuesto no quedarme más de una noche en su casa, pero ¿por qué me pongo estas reglas? Una noche o dos, ¿qué más da? No significa que esté asumiendo ningún tipo de compromiso. Además, otra razón para saltarme mi regla de no quedarme dos noches es que la idea de volver esta noche a casa de la insoportable de Gina no me apetece nada.

Pero cuanto más lo pienso, más me convenzo de que quizás debería mudarme con él una temporada y ver qué tal va.

—Los compré en esa carnicería pequeña que ha abierto en el casco antiguo —dice, y da un sorbo al café, sacándome de mis pensamientos—. Mucho mejores que los del supermercado; ni siquiera Waitrose se les acerca.

—Estaba fabuloso —digo—. Mucho mejor que mi cocina.

A mí me supo como cualquier otro filete, pero no voy a aguarle la fiesta diciéndoselo.

—Podría cocinar para ti todas las noches si quieres —dice, mirándome fijamente a los ojos.

Bajo la mirada hacia la encimera como si estuviera pensando en lo que ha dicho, pero en realidad acabo de tomar una decisión: al cuerno con todo y al cuerno con Gina, me mudo con Simon.

—¿Qué dices? ¿Le darás una oportunidad a este pobre tipo?

Lo miro y sonrío; es guapísimo, así que ¿por qué no probar? ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Vale —digo en voz baja.

—¿En serio? —dice sorprendido—. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio —digo—. Pero vayamos despacio, ¿vale? Aún no estoy lista para ningún tipo de compromiso. Ni siquiera me he divorciado todavía.

—Por supuesto —alarga la mano y coge la mía—. Día a día, ¿eh?

Asiento y me siento un poco ruin; si Gina no me estuviera prácticamente echando, no habría aceptado su oferta. También tendré que dejar de ver a mis otros amigos, lo cual es un fastidio porque estaba disfrutando bastante de tener a más de un hombre en mi vida. Pero no tengo que mudarme de inmediato, así que eso me dará tiempo de verlos un poco más y despedirme.

—Pero no será hasta dentro de un par de semanas —digo—. Porque tengo que avisarle a Gina para que pueda conseguir otro inquilino. No puedo dejarla en la estacada.

Parece ligeramente molesto aunque intenta ocultarlo, y me pregunto si estoy cometiendo un gran error.

—Simplemente págale el alquiler y múdate de todos modos, no es mucho dinero, ¿verdad? —dice.

—Bueno, lo haría —miento, mordiéndome el labio—. Pero ha sido muy buena amiga y no quiero disgustarla. Es un poco dependiente, si sabes a qué me refiero, y creo que le afectaría mucho si me mudara sin avisar.

—Lissa, eres demasiado buena, siempre pensando en los sentimientos de los demás —dice, sonriéndome—. Tendré que

esperar, supongo, pero mientras tanto, creo que esto merece una celebración.

Salta del taburete y cruza la cocina, abre el frigorífico de vinos y saca una botella de *Moët & Chandon*. La trae a la encimera y está a punto de volver a por las copas cuando le suena el móvil. Lo coge, le echa un vistazo y lo vuelve a dejar.

—¿Algo importante? —pregunto.

—No.

Niega con la cabeza.

—Solo uno de mis clientes más pesados. No voy a contestar o pensará que puede escribirme los fines de semana, y eso ni hablar.

—¿En serio? —bromeo—. ¿Seguro que no es tu admiradora secreta? ¿Estás esperando a quedarte solo para abrirlo en privado y saborear sus palabras?

—No, qué va —se ríe—. Mi acosadora no ha dado señales de vida hoy; normalmente recibo docenas de mensajes al día. A lo mejor ha encontrado a alguien nuevo a quien incordiar.

—¿Cómo puedes estar seguro de que es una mujer? —pregunto—. Podría ser un hombre.

Simon se ríe.

—Qué va. Es una mujer seguro; ningún hombre escribiría ñoñerías así.

—¿Tú crees? —pregunto, dándome toquecitos en el labio con el dedo—. Aunque —añado— creo que en el fondo te gusta, si no la habrías bloqueado. No tendrías que aguantar sus mensajes si bloquearas su número.

—No me gusta nada —dice—. Iba a bloquearla, pero un amigo policía me aconsejó que no lo hiciera. Dijo que si los mensajes llegaban a convertirse en acoso de verdad, debería guardarlos como prueba por si necesito pedir una orden judicial. Ya ni me molesto en leerlos. Es raro pensar que podría ser alguien que conozco quien los manda; o al menos alguien a quien haya conocido. Mi amigo dice que los acosadores suelen haber conocido a su víctima al menos una vez, aunque sea un encuentro que ni recuerdan.

—Qué espeluznante —digo, estremeciéndome.

—Lo es —coincide Simon—. Podría ser alguien a quien saludo cada mañana o incluso alguien que trabaja conmigo. Hace que me fije más en la gente.

—Me lo imagino —digo—. ¿Puedo verlos?

—¿Ver qué? —pregunta.

—Los mensajes que te envía.

Simon se ríe.

—¿Por qué querrías verlos? Son una auténtica basura: declaraciones de amor eterno, poemas de amor malísimos y un diario de todo lo que hace cada día. Como si me importara lo que hace.

—¡Enséñamelos! —chillo, muerta de curiosidad—. Quiero verlos.

—Vale. —Parece reacio, pero tras un momento de vacilación, desliza la pantalla del móvil y me lo pasa.

Empiezo a leer los mensajes y tiene razón, dan una vergüenza ajena tremenda. Hay quince mensajes solo de ayer y ya estoy aburrida de leerlos.

—Dios mío, son tan espeluznantes. Deberías responderle y decirle que te deje en paz —digo.

—¿Qué? Debes de estar de broma. No quiero darle alas a quien sea que sea. Mi amigo policía me dijo que no respondiera bajo ningún concepto, ni siquiera para mandarla a la mierda, porque lo interpretaría como que tenemos una relación y se pondría aún peor. Quizá por eso no ha enviado ninguno hoy: al fin se ha cansado después de tantos meses y ha pasado a otro.

Miro a Simon y luego al teléfono y sonrío con picardía mientras pulso el botón de llamada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Simon me mira alarmado.

—Llamándola —me río—. Quiero saber quién es la que cree que puede robarme a mi hombre.

Se abalanza hacia mí y yo salto del taburete, riendo, y cruzo la cocina bailando para que no me alcance.

—Está sonando —digo, encantada, mientras me llevo el teléfono a la oreja—. Voy a hablar con tu admiradora secreta.

CAPÍTULO CATORCE

Gina

Lo he hecho.
A las nueve de la mañana he llamado a una agencia inmobiliaria y les he dicho que quiero poner mi casa en venta. Esta tarde a las cinco vendrá alguien para iniciar el proceso. Pregunté si podían venir antes, pero me dijeron que están muy ocupados. Eso es buena señal, ¿no? Porque significa que la gente está comprando casas.

Pensé que quizá debería llamar a otra agencia a ver si podían enviar a alguien antes, pero me pareció complicarlo todo innecesariamente. La agencia que he elegido es la que me vendió la casa y es la que más carteles de *se vende* tiene por esta zona, así que me pareció la mejor opción. Y en realidad, da igual que no vengan hasta las cinco porque tengo muchísimo que hacer hoy.

Aunque habría sido mejor que vinieran antes para evitar cualquier posibilidad de que se cruce con Lissa.

No debería haber problema porque ella no suele llegar a casa hasta cerca de las seis y me aseguraré de que para entonces ya se haya marchado. De todos modos, no es asunto suyo quién viene a mi casa, así que si me pregunta quién era, la ignoraré sin más.

Si es que me dirige la palabra.

Me pregunto si estará enfadada conmigo por tener que mudarse, porque no la he visto desde el jueves por la noche y ya estamos a lunes. Pensé que seguro que volvería anoche porque hoy tenía que

trabajar, pero no apareció. Ojalá esté enfadada y le haya fastidiado todo muchísimo y se sienta fatal. Seguro que se está quedando con alguno de sus muchos *amigos con derecho a roce*.

Quizás no vuelva en absoluto; eso me vendría de maravilla, pero es poco probable porque todas sus cosas están aquí.

Excepto su Rolex.

Cada vez que pienso en ese reloj, el corazón se me acelera tanto que me pregunto si me va a dar un infarto. No es que me importe haberlo robado, en el fondo, sino que no quiero que me pillen. Va a darse cuenta de que ha desaparecido, pero ¿pensará que lo perdió en otro sitio? Eso espero; no tiene ningún motivo para pensar que lo he cogido yo, y lo único que puedo hacer es mentir y fingir que no sé de qué me habla si me pregunta. Total, no puedo hacer nada al respecto, así que no tiene sentido preocuparse, pero no puedo evitarlo. Cada vez que pienso en el reloj, me imagino que llama a la policía, que vienen a casa y me interrogan. Sé que me vendría abajo y les contaría lo de los del embargo, y acabaría en la cárcel. Me digo a mí misma que estoy siendo melodramática, pero no se puede negar que es perfectamente posible y que es lo que me merezco por ladrona. Siempre he sido de las que *se imaginan lo peor* en todo, y no me está haciendo ningún bien.

Tengo que quitarme de la cabeza lo de la cárcel y concentrarme en resolver el lío de mis deudas para asegurarme de que no vuelvan a embargarme. Decidida a no pensar en nada más que en arreglar este desastre, cojo el último requerimiento de pago de cada empresa de mi despacho y los llevo al salón junto con un cuaderno grande y el cargador del móvil. Hoy voy a hacer muchas llamadas y no quiero quedarme sin batería. Decir que no me apetece llamar a todos estos acreedores sería quedarse muy corta, pero no tengo otra opción; tengo que afrontarlo e intentar solucionarlo.

Todas las empresas prometen que si tienes problemas financieros hay ayuda disponible y que les llames, así que eso es exactamente lo que voy a hacer. Voy a ser sincera y decirles que estoy vendiendo mi casa, lo que me dejará en buena posición para pagar la deuda íntegra una vez que se venda. Ojalá sea suficiente para evitar que me manden más embargos y me echen a la calle.

Ayer por la tarde estuve bastante alterada; mi intento de ver telebasura fue un fracaso absoluto después de la llamada de James, y como ya había ordenado las cartas de los acreedores, no había nada más que pudiera *hacer* hasta esta mañana. Para distraerme, cogí el coche y fui al despacho a vaciar los archivadores en cajas para traérmelas a casa. Había que hacerlo, así que ¿por qué no hacerlo de una vez? A partir de ahora voy a llevar lo que queda de mi negocio desde casa, así que necesito tenerlo todo aquí.

Avancé bastante y ayer volví al despacho para seguir empaquetando. No me había dado cuenta de la cantidad de cosas que tenía allí y me quedé sin cajas a la hora de comer. Por suerte, el Leroy Merlin estaba abierto, así que fui pitando y compré un montón de cajas. Total, las voy a necesitar igualmente cuando venda la casa, así que no se van a desperdiciar. Entre empaquetar y luego traer las cajas hasta aquí se me fue un montón de tiempo y cuando terminé ya era tarde.

Lo que evitó que pensara demasiado en James.

Pero ya en casa no había nada que me distrajera de mis pensamientos, así que hice algo tremendamente estúpido, pero era lo único que se me ocurrió para no volverme loca.

Me emborraché hasta perder el conocimiento.

Era lo único que sabía que me garantizaría dormir toda la noche. Después de botella y media de vino, me desplomé en la cama y dormí del tirón —o quizá estuve inconsciente— hasta por la mañana. La pega, claro, es que esta mañana me desperté fatal y tuve que obligarme a salir de la cama. Me encontraba espantosa, y después de casi vomitar al beber un poco de agua, decidí que lo mejor sería echarlo todo. Me quedé sobre el váter, me metí los dedos en la garganta, y fue tan horrible como suena, pero después me sentí algo mejor. No es lo más recomendable cuando tienes por delante un día entero hablando con acreedores, pero no se me ocurrió otra forma de paliar la resaca. Lo único bueno de pasarme el día llamando a gente es que mientras estoy lidiando con mis deudas, no puedo darle vueltas a lo de James.

Me concentro y cojo la primera carta: la deuda más grande y urgente, la hipoteca. Respiro hondo y marco el número de la línea

de dificultades financieras.

Cuando cuelgo, cuarenta y cinco minutos después, suelto un enorme suspiro de alivio. Como era de esperar, no hay una solución mágica a mi situación y no me queda más remedio que vender. Una pequeña parte de mí esperaba que hubiera alguna otra salida, pero no la hay. La gestora de la entidad hipotecaria con la que hablé fue muy amable pero también muy firme: tendré que vender mi casa lo antes posible. Le dije que ya había quedado con una agencia inmobiliaria para iniciar el proceso hoy y me dijo que era un buen comienzo. Ha puesto mi hipoteca en un proceso especial cuyo nombre ni siquiera recuerdo pero que, en la práctica, significa que no intentarán cobrarme la cuota mensual, sino que se pondrán en contacto conmigo cada semana para saber cómo va la venta. Se irán acumulando intereses adicionales por el impago, y si consideran que la venta no avanza lo bastante rápido, pueden intervenir y obligarme a bajar el precio o incluso ejecutar la hipoteca. Me aseguró que eso solo ocurre como último recurso, pero no quiso decirme cuánto tiempo tengo antes de que se convierta en una posibilidad real.

Siendo realista, tengo que vender mi casa cuanto antes, así que le pediré al agente inmobiliario que fije el precio en consecuencia. Solo espero no tener que venderla por menos de lo que pagué. Aunque me tienta buscar en internet los precios actuales de las viviendas en esta zona, me he contenido. No cambiará el resultado, así que ¿para qué torturarme? Además, no tengo tiempo; puede que haya resuelto lo del banco hipotecario, pero ahora tengo que ir resolviendo el resto de los requerimientos de pago.

Conecto el móvil al cargador y empiezo.

* * *

Para cuando el agente inmobiliario tiene previsto llegar, he logrado llamar a todos y cada uno de mis acreedores. Me siento aliviada pero agotada; me martillea la cabeza y no he comido nada en todo el día, aunque me he bebido casi dos botellas grandes de agua.

Temía que si paraba a comer, perdería el impulso y no sería capaz de retomarlo.

En general, las personas con las que he hablado fueron agradables y educadas y, en algunos casos, comprensivas y sinceramente apenadas de que me encontrara en esta situación. Curiosamente, las comprensivas fueron las más difíciles de tratar; su inesperada amabilidad casi me hizo llorar y tuve que respirar hondo y obligarme a continuar. Solo un hombre fue muy brusco conmigo, rayando en la mala educación. Me preguntó por qué me había dejado llegar a tal situación comprando cosas que no podía permitirme, como si lo hubiera hecho a propósito. No respondí y finalmente me explicó lo que pasaría a continuación y lo que tenía que hacer. Tras la primera llamada, no me resultó tan humillante como había temido; hay muchas otras personas que han estado en mi misma situación y se han recuperado, así que yo también puedo hacerlo.

Llamé a la agencia de alquiler y les dije que necesitaba rescindir el contrato de la oficina con efecto inmediato. Me dijeron que me llevarían a juicio si incumplía los términos de mi contrato anual, que establece que tengo que alquilar durante los doce meses completos. Respondí que adelante, pero que tendrían que ponerse a la cola con el resto de mis acreedores. Finalmente acordaron cobrarme hasta finales de mes, lo que junto con mis atrasos significa que les debo tres meses de alquiler.

Tengo solo unos días para recoger lo que me queda en la oficina, y lo haré mañana. Ya solo me falta traer el ordenador a casa, y entonces podré empezar a contactar y recuperar a los clientes que aún no me han abandonado.

Si tengo mucha suerte, la casa se venderá rápido y podré recoger los pedazos de mi vida y empezar de nuevo. Si al menos consigo venderla por lo que pagué, me quedará algo, incluso contando todos los intereses extra que tendré que pagar.

Miro por la ventana del salón por lo que debe de ser la centésima vez, justo a tiempo para ver un BMW azul que se detiene en mi entrada. Me alivia comprobar que el coche no lleva ningún distintivo que delate que es de una agencia inmobiliaria. Echo un vistazo

rápido al salón para asegurarme de que no he dejado ninguna carta a la vista y salgo al recibidor a abrir la puerta principal. Ante mí hay un hombre alto y delgado, de mi misma edad, con la mano levantada a punto de llamar al timbre.

—¿Señorita Moray? —pregunta, entornando los ojos para verme a través de unas gafas de cristales gruesos—. Soy Jeremy English, de la Agencia Inmobiliaria Podens.

—Hola —digo—. Pase.

Entra y cierro la puerta. Jeremy me tiende la mano y se la estrecho, notando su apretón blando y ligeramente húmedo. No se parece en nada a ningún agente inmobiliario que haya conocido; con su pelo despeinado, sus gafas de montura negra y su traje arrugado salpicado de caspa, parece más un profesor que el agente de mirada aguda que esperaba.

—¿Le importa? —pregunta, sacando el móvil del bolsillo—. Me resulta más fácil ir grabando sobre la marcha.

—No, adelante —digo.

—Tengo entendido —mira alrededor del recibidor y hacia las escaleras— que nuestra agencia vendió esta casa hace apenas un año. ¿No es así?

—Hace ocho meses, en realidad —noto que me sonrojo y de pronto desearía haber elegido otra agencia.

—¡Excelente! —dice Jeremy—. Eso lo hace mucho más sencillo. Si desea seguir adelante, podemos ponerla a la venta mañana mismo.

—¿De verdad? —pregunto.

—Oh, sí —asiente—. Sin duda. Tomaré algunas fotos del interior y la publicaremos enseguida. Quizá volvamos cuando haya mejor luz para hacer fotos del exterior, pero si las anteriores están bien, usaremos esas.

—De acuerdo, pues le enseño la casa.

Me sonrío de oreja a oreja y me siento aliviada de que no haya preguntado por qué vendo tan pronto. Mientras le enseño la casa, se deshace en elogios sobre el tamaño y la decoración de cada habitación a la vez que va haciendo fotos con el móvil, y en un abrir y cerrar de ojos ya estamos de nuevo en el salón, sentados en los sofás.

Miro el reloj: las cinco y cuarenta y cinco. Lissa podría llegar en cualquier momento.

—Bien, señorita Moray —dice Jeremy, ajustándose las gafas por enésima vez—. No veo problema alguno en conseguir un buen precio por esta casa. Recomendaría ponerla en el mercado por cuatrocientas setenta y cinco mil libras, esperando obtener entre cuatrocientas cincuenta y cinco y cuatrocientas sesenta y cinco mil en una venta rápida. Los precios de la vivienda se han disparado en los últimos seis meses, especialmente en propiedades como esta.

Por un lado me molesta que asuma que quiero una venta rápida, pero por otro estoy encantada: pagué cuatrocientas treinta mil libras hace solo ocho meses, así que obtendré un beneficio de al menos veinticinco mil. Me quedará de sobra para la entrada de un piso.

—Me parece bien —digo—. ¿Tengo que firmar algún contrato?

—Sí, por supuesto. Supongo que Sandra, de la oficina, le explicó nuestras tarifas de comisión, ¿verdad?

—Así es —confirmo.

—Excelente. Le enviaré el contrato por correo electrónico a primera hora de la mañana. Si está conforme con todo lo que hemos hablado, tendremos esta estupenda casa a la venta mañana por la tarde.

—Estupendo —digo.

Se levanta del sofá y se guarda el móvil en el bolsillo.

—No creo que tengamos ningún problema para venderla —dice—. Entre usted y yo, ya tenemos varios clientes en cartera que buscan una casa exactamente como esta.

Le sonrío, pero tengo la cabeza en otro sitio y no puedo evitar mirar el reloj otra vez. Las seis menos cinco. Tiene que irse antes de que vuelva Lissa.

—Estupendo —repito—. Te acompaño a la puerta.

Me levanto, abro la puerta del salón y salgo al recibidor, rezando para que a Lissa no se le ocurra llegar justo ahora.

Jeremy me sigue y cruzo el recibidor a toda prisa hasta la puerta principal, que abro de par en par. Camina hacia la puerta y sale al porche. Se gira para despedirse, pero le cierro la puerta en las narices mientras habla. Tiene que subirse al coche y largarse ya; no

tengo tiempo para apretones de manos ni esas tonterías, quiero que desaparezca antes de que vuelva Lissa, y aunque quede como una maleducada, me da igual.

Vuelvo al salón y lo observo por la ventana mientras camina hacia su coche y se para junto a él, rebuscando las llaves en el bolsillo. Le grito mentalmente que se dé prisa, pero ya es tarde.

Un Ford Puma blanco entra en el camino de acceso y aparca a su lado.

Es Lissa.

CAPÍTULO QUINCE

Lissa

Simon y yo hemos tenido nuestra primera pelea. Increíblemente, fue por la estúpida vaca que lo ha estado acosando. Cuando agarré su teléfono y llamé al número de su acosadora, se levantó de un salto e intentó quitármelo, así que salí corriendo por la cocina, lo levanté en alto y me eché a reír. Su cara de preocupación me pareció tan graciosa...

Él no se rió.

Se abalanzó hacia mí con cara de pocos amigos y me agarró la muñeca bruscamente con su enorme mano. Me fulminó con la mirada durante lo que parecieron minutos, aunque obviamente fueron solo segundos, y luego me arrancó el móvil con la otra mano mientras me retorció los dedos. Me sujetó la muñeca con tanta fuerza que pensé que me la iba a partir, y cuando de repente me soltó, casi me caí. Oí el débil sonido de una voz al otro lado de la línea, pero Simon cortó la llamada al instante. Lo miré conmovida y él me devolvió la mirada con expresión sombría.

—No vuelvas a tocar mi puto teléfono —gruñó de un modo nada propio de él.

Le dije que solo era una broma, pero me ignoró, se dio la vuelta y volvió a sentarse en la isla. Lo seguí, me senté en el taburete frente a él y repetí que lo sentía, pero ni siquiera me miró. Sinceramente, me habría encantado pegarle, pero como es mucho más grande que yo, no lo hice, y menos con el humor que tenía. Me moría de ganas

de decirle que aprendiera a tomarse las cosas con humor, pero había algo en cómo hervía por dentro que me frenó.

Porque tenía la horrible sensación de que *él* podría pegarme *a mí*.

Me quedé sentada unos momentos sin decir nada. Luego me levanté en silencio, subí al dormitorio y empecé a meter mis cosas en la bolsa de viaje. Miré la bolsa de diseño en la cama, la que contenía el precioso vestido que me había comprado, y me pregunté si debería llevármela también. ¿Parecería una interesada si lo hacía, o debería dejarla y hacer como si no la quisiera? Decidí dejarla por ahora y tomarme mi tiempo guardando cosas en la maleta, porque quería darle tiempo para que se calmara, subiera y viniera a suplicarme perdón. No tuve que esperar mucho —no más de diez minutos— cuando oí sus pasos en las escaleras. Sonreí para mis adentros al oírlo, corrí al baño, me eché agua en la cara y me pellizqué las mejillas para que pareciera que había estado llorando. Cuando salí del baño, estaba de pie en medio del dormitorio, mirando mi maleta en la cama. Al oírme, levantó la vista hacia mí con expresión absolutamente desolada.

Fingí sorpresa al verlo, aunque sabía que estaba allí, y efectivamente vino a suplicar. No fue bonito. Si no estuviera absolutamente desesperada por encontrar un sitio donde quedarme, lo habría dejado allí mismo, en ese instante. El señor Perfecto ha resultado no ser tan perfecto después de todo, y por un momento pensé en decirle que no me iba a mudar. Volvería a casa de mis padres, pensé, pero entonces me vino a la cabeza la imagen de sus quejas incesantes y recapacité, así que no dije nada.

Por suerte para mí, Simon ha mostrado su verdadera cara por algo muy trivial, y mentiría si negara que me dio un poco de miedo. Dijo que estaba enfadado porque no quería que su acosadora pensara que él le correspondía, pero no creo que esa sea la razón en absoluto. Creo que le entró el pánico porque yo tenía su teléfono y tiene algo que ocultar. No sé exactamente qué, porque dice que no está saliendo con nadie más, pero huelo una conciencia culpable a la legua. Así que me mudaré con él, pero será solo temporalmente —aunque no pienso decírselo, claro— porque si alguna vez quiero una relación a largo plazo, desde luego no será con alguien con un

temperamento tan explosivo como el suyo. Es la mejor de las malas opciones: un piso compartido cutre, mis padres o un alquiler caro por mi cuenta, y esa es la única razón por la que me mudo con él.

Hay una voccecita molesta en el fondo de mi cabeza que suena sospechosamente como la de mamá y me advierte que salga corriendo mientras pueda, porque si tuve la sensación de que podría pegarme, es muy posible que lo haga. La estoy ignorando por ahora, pero puede que reconsidere mi decisión más adelante; no tengo ninguna intención de quedarme atrapada en una relación de maltrato.

El resto del fin de semana fue perfecto, como si el incidente del teléfono nunca hubiera ocurrido, porque no volvimos a hablar de ello. Después de que terminara de suplicar perdón, le dije que iba a darme un baño porque tenía un dolor de cabeza terrible. Me quedé en la bañera casi una hora y cerré la puerta con llave para que no se le ocurriera unirse a mí. Cuando salí del baño, le dije que el dolor de cabeza me había empeorado mucho —mentira— y que creía que me iría directamente a la cama.

¿Qué podía decir sino darme la razón? Nos fuimos a la cama y, aunque cerré los ojos y fingí estar dormida, no lo estaba: estaba dándole vueltas a qué iba a hacer.

Cuando nos despertamos el domingo por la mañana, el sol brillaba, el cielo estaba azul y era un día otoñal perfecto. Salté de la cama, fui al baño, me duché, me vestí y bajé. Sabía que si me quedaba allí arriba acabaríamos teniendo sexo, y no me apetecía; supongo que quería castigarlo un poco por lo de la noche anterior. Cuando se levantó, desayunamos y luego salimos a dar un largo paseo sin rumbo por el enorme parque cerca de su casa, que estaba lleno de gente paseando perros y familias que disfrutaban del buen tiempo. Después, Simon me llevó a cenar a su restaurante italiano favorito y el día fue sencillamente perfecto. Me rogó que me quedara otra noche, hasta el lunes por la mañana, así que lo hice, porque era eso o volver a casa con la amargada. Por suerte, siempre meto un vestido de repuesto para el trabajo en la maleta, así que estaba bien preparada.

Vimos una película y luego nos fuimos a la cama temprano porque teníamos que madrugar para ir a trabajar. Pero no nos dormimos directamente. Simon dejó muy claro que quería sexo, y que lo esperaba, y yo cumplí. No es que acostarse con él sea nunca un sacrificio, porque está buenísimo y es muy buen amante.

Pero.

La cuestión es que, por muy guapo que sea, realmente no me apetecía tener sexo en absoluto.

Pero sentí que no podía decir que *no*.

* * *

Para cuando termino de trabajar el lunes, estoy más que lista para irme a casa, darme un baño, tirarme en el sofá y ver cualquier tontería en la tele. El día no ha estado mal en cuanto al trabajo; los clientes que he visitado han estado tan entusiasmados y contentos con mis diseños como siempre, pero mi mente ha estado en otra parte.

No dejaba de pensar en el arrebato de Simon, y por mucho que intentara convencerme de que estaba exagerando, no podía hacerlo *del todo*. Todavía me duelen los dedos donde me los retorció y tengo un leve moretón alrededor de la muñeca. No puedo evitar imaginar qué pasaría si de verdad perdiera los estribos y me pegara. Es mucho más grande que yo, y solo pensarlo me revuelve el estómago.

Me dio miedo mientras estábamos en la cocina y, aunque se ha disculpado y ha prometido no volver a perder los estribos, siento que algo ha cambiado en nuestra relación y ahora creo que debo tener cuidado con lo que le digo. Si es capaz de perder el control por algo tan trivial, ¿qué pasaría si de verdad estallara?

Así que lo he decidido.

No voy a irme a vivir con él.

Todavía no se lo he dicho; voy a ser cobarde y mandarle un mensaje con la mala noticia para no tener que volver a verlo.

Pero todavía no.

Esperaré unos días y luego lo haré. Eso significa que tengo que encontrar otro sitio donde vivir y no me quedará más remedio que tragarme el orgullo y buscar un piso pequeño de alquiler. Siendo realista, será como mínimo por seis meses, porque es el contrato más corto que ofrecen; puede que incluso tenga que ser un año. Es una faena, pero no me veo capaz de irme a vivir con Simon porque ahora me da mala espina. No soporto la idea de volver con mis padres y de ninguna manera quiero otro piso compartido. Va a ser imposible encontrar un piso de alquiler antes del viernes, que es lo que quiere Gina, así que tendrá que esperar hasta que yo esté preparada. Pienso darle *a ella* la mala noticia esta noche.

Todo esto me da vueltas en la cabeza mientras intento meterme en la entrada de casa de Gina. El vecino de al lado está haciendo el tonto intentando salir marcha atrás de su entrada, así que tengo que esperar a que se quite de en medio antes de poder aparcar, lo que me da una buena vista de la casa de Gina. Me sorprende verla en la puerta con un hombre.

El escurridizo James, concluyo mientras lo observo; así que no es fruto de su imaginación, después de todo.

Tiene exactamente la pinta que esperaba: desaliñado y empollón, con el pelo revuelto y gafas. Vamos, un friki total y no alguien con quien saldría jamás. Debe de estar desesperada. Me pregunto si habrán discutido, porque por la cara que tiene, está deseando quitárselo de encima, y prácticamente le cierra la puerta en las narices cuando él sale. Maldigo al viejo idiota de al lado por retrasarme, porque quiero hablar con el novio antes de que se meta en el coche. Sé que Gina lo va a odiar, y por eso mismo quiero hacerlo. Estoy siendo borde, pero no puedo evitarlo; mis planes se han ido al traste, así que ¿por qué no pagarlo con ella? La culpa es suya por tener que alquilar un piso caro, porque es una inadaptada social incapaz de convivir con una persona normal.

Cuando por fin puedo moverme, me paro junto a él mientras rebusca en el bolsillo las llaves del coche, pero antes de que me dé tiempo a bajar, ya las ha encontrado, ha abierto la puerta y se ha sentado al volante. Salgo del coche, cierro con llave, me giro y me agacho para mirarlo a través de la ventanilla, dedicándole mi mejor

sonrisa y un saludito. Se pone rojo como un tomate y me devuelve el saludo sin ganas. Sé que Gina está mirando desde la ventana del salón porque me pareció ver un movimiento con el rabillo del ojo. Es justo el tipo de cosa rara y furtiva que ella haría.

Saco la maleta del maletero, la arrastro por la entrada, abro la puerta principal y entro en la casa. La puerta del salón está cerrada y sé que Gina se esconde ahí dentro para evitarme. Decido que ha llegado el momento de decirle que una semana de preaviso no basta para encontrar otro sitio donde vivir. Tengo ganas de discutir con alguien, así que ¿por qué no con ella? Cruzo el vestíbulo y llamo a la puerta del salón, pero no responde. Vuelvo a llamar; entre lo de Simon y todo lo demás, empiezo a estar bastante cabreada, así que pongo la mano en el pomo para abrir, pero ella se me adelanta y la puerta se abre.

—¿Sí? —dice, sin sonreír.

—Hola, Gina —digo—. ¿Qué tal el día? ¿Era James el que acabo de ver salir?

Se ruboriza y parece sorprendida, como si la hubiera pillado, y me pregunto si le molesta que los viera discutiendo. Menudo par; ni siquiera pueden hablar con alguien sin ponerse rojos como un tomate.

—Ah, sí —dice—. Tenía que ir a ver a su madre. Está en una residencia y va siempre a la misma hora, si no, la madre se confunde.

—¿En serio? —digo. O sea, en serio, ¿eso es lo mejor que se te ocurre? ¿Y por qué me iba a importar cuándo ve a su madre? Me dan ganas de reírme, pero consigo contenerme.

—Sí —dice—. Mira, Lissa, no quiero ser borde, pero estoy muy ocupada. ¿Querías algo?

Es borde y creo que a propósito, pero no va a conseguir que me calle.

—Mira, Gina, el tema es que sé que quieres que me vaya, pero una semana de preaviso no es suficiente. Es imposible encontrar un sitio donde vivir en una semana.

Frunce el ceño y se nota que está furiosa, aunque intenta disimularlo.

—Lo siento, Lissa, pero una semana de preaviso es lo único que puedo darte. Necesito que te vayas el viernes. ¿No podrías quedarte con tus padres mientras buscas otra cosa?

—¿Mis padres? —digo—. Debes de estar loca. Ni de broma vuelvo allí. No, lo siento, tendrás que aguantarme mientras encuentro algo. No os molestaré; tú y James ni os enteraréis de que estoy aquí.

—No —dice Gina en voz baja—. Lo siento, pero tienes que irte el viernes. No hay más que hablar.

De repente, la situación me parece completamente ridícula y me río mientras me alejo de ella y me dirijo hacia las escaleras; estoy harta de esta conversación y no tiene sentido seguir. Tendrá que aguantarse. Piso el primer escalón y me giro para mirarla.

—No pienso irme a ninguna parte, Gina —digo, riéndome otra vez—. Hasta que a mí me dé la gana.

Me mira atónita, el color se le va de la cara, y subo las escaleras triunfante.

Ahí queda eso.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Gina

¿ Por qué tuvo que llegar a casa justo cuando él se marchaba? ¿Por qué no pudo ser unos minutos más tarde? Observo desde la ventana cómo Lissa sale del coche de un salto; parece tener muchísima prisa y sé que es porque es una cotilla y quiere averiguar quién es el agente inmobiliario.

Por suerte, para entonces él ya se ha metido en su coche y le ruego en silencio que arranque y se vaya antes de que ella tenga ocasión de hablar con él. No creo que pudiera soportar la humillación de que descubra que tengo que vender la casa. Arranca justo cuando ella cierra la puerta de su coche y veo la decepción en el rostro de Lissa. Es una cotilla de mierda. Sonríe y saluda al agente inmobiliario a través del parabrisas y me dan ganas de pegarle. ¿Por qué siente la necesidad de coquetear y pavonearse delante de cada hombre que ve? Ni siquiera es remotamente atractivo, pero aun así tiene que hacer melindres, saludar con la mano y lanzársele encima. Incluso desde aquí veo que el pobre hombre se ha puesto rojo como un tomate desde el cuello hasta la raíz del pelo y está claro que no ve la hora de largarse. Lissa tiene una sonrisita fea y satisfecha en la cara y está claro que disfruta de su incomodidad.

Zorra.

No suelo juzgar a la gente con tanta dureza, pero con ella haré una excepción. Que anhelara su amistad cuando era niña me desconcierta por completo ahora; es superficial y egoísta hasta decir

basta. Gracias a Dios, a finales de semana se habrá ido de mi casa y de mi vida y podré tener algo de paz otra vez.

Oigo cómo se abre y se cierra la puerta principal, el repiqueteo de los tacones de Lissa por el suelo y su maleta que arrastra detrás. No le importa lo más mínimo si las ruedas de la maleta arañan mi suelo de madera o si sus estúpidos tacones altos le hacen agujeros. Mientras la escucho acercarse, la odio tanto que apenas puedo respirar.

Mi temor de que intente entablar conversación conmigo se confirma cuando oigo su impaciente golpecito en la puerta del salón. No voy a contestar; si finjo que no estoy, se rendirá y se irá.

Llama otra vez, más fuerte, y me doy cuenta de que voy a tener que hablar con ella para quitármela de encima. Cruzo la habitación y abro la puerta y me encuentro con que tiene la mano en el pomo del otro lado. Qué desfachatez tiene esta mujer; iba a entrar en *mi* salón. Ojalá llegara ya el viernes.

—¿Sí? —digo, sin el menor atisbo de sonrisa, consciente de que estoy siendo maleducada pero sin que me importe lo más mínimo. Se va en cinco días, así que a quién le importa.

—Hola, Gina —dice, con su sonrisa falsa—. ¿Qué tal el día? ¿Era James el que acabo de ver marchándose?

La miro un momento sin saber de qué demonios habla, hasta que caigo en que se refiere al agente inmobiliario. Me ofende que piense que mi James es un hombre desaliñado, poco atractivo y con gafas, pero enseguida me doy cuenta de que sin querer acaba de darme la excusa perfecta.

—Ah, sí —miento, notando cómo se me enciende la cara—. Tenía que ir a ver a su madre. Está en una residencia y va a la misma hora todas las semanas, si no se confunde. —No tengo ni idea de por qué siento la necesidad de explicarle por qué acaba de irse, y cuando termino de hablar me siento como una completa idiota. ¿Por qué no me limité a decir que era James y punto? ¿A qué venía tanta tontería?

—¿En serio? —pregunta en tono burlón, y me doy cuenta de lo ridícula que debo de haber sonado. Decido que lo mejor es terminar la conversación cuanto antes y quitármela de encima.

—Sí —digo—. Mira, Lissa, no quiero ser maleducada, pero estoy muy ocupada. ¿Querías algo?

Por su expresión veo que está molesta y que no está acostumbrada a que le hablen con tanta franqueza. Se cree que todo el mundo tiene que hablarle como si fuera una princesa y ser amable con ella.

—Bueno, Gina —dice tras un momento—. La cuestión es que sé que quieres que me vaya, pero una semana de preaviso no es suficiente. Nunca voy a poder encontrar un sitio donde vivir en una semana. —Vuelve a sonreír con su sonrisa falsa y noto cómo me sube el enfado. ¿Se cree que basta con sonreír y hacer melindres para quedarse aquí todo el tiempo que quiera? Eso le funcionará con los demás, pero conmigo no, y se va el viernes aunque tenga que echarla yo misma a la calle.

—Lo siento, Lissa —digo con firmeza—. Pero una semana de preaviso es todo lo que puedo darte. Necesito que te vayas el viernes. ¿No podrías quedarte con tus padres mientras buscas otra cosa?

—¿Mis padres? —dice, y me mira horrorizada—. Debes de estar loca. De ninguna manera voy a volver allí. No, lo siento, pero tendrás que aguantarme mientras encuentro un sitio. Me mantendré alejada; tú y James ni siquiera sabréis que estoy aquí. —Vuelve a sonreír con suficiencia y me dan ganas de abofetearla.

—No —insisto—. Lo siento, pero tienes que irte el viernes. No hay más que hablar.

Me mira un momento, luego se ríe, se da la vuelta y camina hacia las escaleras con la maleta a rastras. En ese instante un recuerdo se remueve en mi interior y lo aparto, intento desesperadamente ignorarlo.

Empieza a subir las escaleras y respiro aliviada; se va y no tendré que aguantarla más. Pero aún no ha terminado conmigo; se detiene en mitad de la escalera y se vuelve para mirarme desde arriba.

—No pienso ir a ninguna parte, Gina —dice, y vuelve a soltar esa risita tintineante suya—. Hasta que yo quiera.

Y mientras me mira con expresión triunfante, la llamada de James del sábado por la noche me viene de golpe a la cabeza. Cuando

contesté, él no estaba. Oí ruidos amortiguados y risas y me dije que había sido una llamada accidental; que me había llamado sin querer. Porque ¿por qué iba a intentar llamarme cuando sabía que estaba fuera y que seguramente no tendría cobertura? Estaba en un pub en alguna parte, me dije, y las risas y las voces amortiguadas que oí antes de que se cortara la llamada eran de otros clientes pasándolo bien. Quería tanto creerlo que casi había conseguido convencerme.

Casi.

La risa que oí en su teléfono, la que tanto me había dado vueltas en la cabeza, no era de ningún desconocido en un pub. Sabía que había oído esa risa antes, pero no conseguía recordar de quién era.

Pero ahora lo sé.

Era Lissa.

Solo hay una persona que se ríe así: falsa y afectada, forzada y nada natural.

Lissa.

Lissa me ha robado a James y es con ella con quien ha estado todo el fin de semana.

El beso en el gimnasio no fue un simple beso en la mejilla, como intenté hacerme creer. Tiene una aventura con él e incluso ha tenido la desfachatez de volver aquí y burlarse de mí preguntándome si el agente inmobiliario era mi novio. Sabe perfectamente quién es mi novio porque se lo está tirando a mis espaldas. Cómo se habrá reído de mi patética mentira; no me extraña que sonara tan sorprendida cuando le dije que se había ido a ver a su madre. No le basta con quitarme a James; quiere humillarme, burlarse de mí y destruirme. Se atreve a decirme que no tiene adónde ir cuando se ha pasado todo el fin de semana con James.

Mi James.

No le basta con robarme a mi único amor verdadero, insiste en quedarse en mi casa para poder restregarme su aventura en la cara. No quiere irse de mi casa aunque le he dicho que tiene que marcharse, porque lo que quiere es atormentarme.

¿Qué será lo siguiente? ¿Lo traerá aquí y se lo llevará a su habitación, a su cama? Lo hará, sé que lo hará.

Me da vueltas la cabeza y tengo ganas de vomitar; tengo el corazón destrozado por la traición de James y de verdad que no sé cómo voy a vivir sin él. ¿Cómo ha podido hacerme esto y tratarme así? ¿No basta con que haya perdido mi casa y mi negocio esté hecho trizas? ¿Cómo puede ser la vida tan cruel?

Me empieza a palpar la cabeza y cierro los ojos un momento, pero la imagen de James y Lissa juntos me obliga a abrirlos de nuevo. Siento las piernas como de gelatina y alargo la mano hacia el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

Debo mantener la calma.

Miro las escaleras y observo cómo Lissa sube lentamente, arrastrando la maleta tras de sí. Cada paso que da es una burla, cada golpe de la maleta una provocación que se ríe de mí. Me invade una oleada de odio tan intensa que tengo que obligarme a cerrar la puerta del salón y apoyarme en ella para no tener que seguir mirándola. Si tengo que mirarla un momento más, no respondo de mis actos.

Quiero matarla.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lissa

Hasta aquí llegó mi plan de mandarle un mensaje a Simon para decirle que no me voy a mudar con él ni voy a volver a verlo.

De alguna manera, todo se ha ido a la mierda.

Cuando lo dejé el lunes por la mañana para ir a trabajar, no le di la más mínima pista de que habíamos terminado. A propósito no le di ninguna señal porque pensaba dejarlo por mensaje y suavizar el golpe. No quería tener que hablar con él del tema ni darle explicaciones ni ninguna oportunidad de perder los estribos.

De la nada, el martes por la tarde me mandó un mensaje preguntándome qué hacía esa noche. *Nunca* me escribe un martes y sinceramente no esperaba saber de él hasta el jueves como mínimo porque tiene un trabajo que le absorbe muchísimo. Solo se me ocurre que quizá no soy tan buena actriz como creo y de alguna manera sospechó que había perdido el interés. Su mensaje decía que me prepararía la cena si quería pasarme por su casa esa noche.

Ni hablar, pensé, de eso nada.

Puede que esté bueno, sea rico y bueno en la cama, pero ahora le tengo un poco de miedo y eso no mola nada.

Así que me lancé y le mandé un mensaje diciendo que no quería volver a verlo. Obviamente, no le conté la verdadera razón, sino que le solté que pensaba que era mejor no vernos durante un tiempo porque estaba pasando por un divorcio muy complicado. Le dije que sentía haberlo liado pero que necesitaba estar sola mientras me

desvinculaba de Hugh. Pensé que lo había expresado bastante bien; le agradecí los momentos maravillosos que habíamos pasado juntos y solté algo vago sobre quizá verlo en el futuro y que esperaba que pudiéramos ser amigos.

Como esperaba, no le gustó nada que lo dejaran y se dedicó a bombardearme el móvil durante el resto del día.

¿Por qué, por qué, por qué? No paraba de preguntar.

Repetí lo que había dicho en mi primer mensaje y luego simplemente pasé de sus mensajes después de los primeros, pero esta mañana —miércoles— la cosa se estaba volviendo ridícula. Al principio me suplicaba que lo reconsiderara, pero finalmente, como sospechaba que pasaría, sus mensajes se volvieron desagradables. Empezó a llamarme cazafortunas y otros nombres horribles, así que no me quedó más remedio que bloquearlo.

Le dije a Ffion, la secretaria que comparto con el otro diseñador, que no me pasara llamadas de Simon Kingley bajo ningún concepto. No me apetecía nada que me pillaran al teléfono con él delante de mis compañeros de trabajo.

Pensé que lo tenía todo controlado hasta que me pasó una llamada y resultó ser Simon —estúpidamente había olvidado que aunque todo el mundo lo llama Simon, ese no es su nombre real. Nunca presté mucha atención a su nombre real, pero recordaba vagamente que me había dicho que lo conocían por su segundo nombre para evitar confusiones, ya que su primer nombre era el mismo que el de su padre. En el fondo debía de saber que sus iniciales eran JS Kingley, pero sinceramente, ¿por qué iba a acordarme? No era como si fuera una plebeya del departamento de contabilidad que le mandaba las facturas del diseño de interiores de su casa.

Por eso, cuando Ffion me pasó una llamada de Jim, ni siquiera pensé en Simon. Ni se me pasó por la cabeza. No sabía quién estaba al otro lado y supuse que era una recomendación de otro cliente. Jim es un nombre de persona mayor, así que no lo relacioné con Simon en absoluto. Cuando contesté, habló muy bajo y preguntó si hablaba con Lissa.

Ni siquiera me di cuenta de que era él.

Le pregunté quién era y respondió: «¿No lo sabes? ¿Con cuántos hombres más te estás acostando, puta?».

Se me revolvió el estómago y colgué el teléfono con las manos temblorosas. Fue la forma en que lo dijo; me asustó de verdad y me pregunté en qué me había metido al salir con él. Me senté a pensarlo un rato y luego decidí que lo mejor que podía hacer era ignorarlo; si no le das oxígeno a algo, acaba muriendo. Además, seguro que tiene un montón de mujeres detrás que estarán encantadas de ocupar mi lugar. Creo que la razón por la que está tan cabreado es que fui yo quien lo dejó y no al revés.

Estoy segura de que si lo ignoro, pronto se aburrirá y me dejará en paz.

* * *

Aparco frente a la casa y veo que está a oscuras; eso significa que Gina no está. No la he visto desde el lunes, así que o está trabajando hasta tarde o me está evitando.

Cualquiera de las dos me vale con tal de no tener que ver a esa vaca amargada.

Entro por la puerta principal y voy encendiendo las luces del pasillo de abajo y de la cocina. No sé muy bien por qué.

Sí lo sé.

La llamada de Simon me ha puesto nerviosa porque normalmente la oscuridad no me molesta en absoluto. Compruebo que la puerta principal está cerrada con llave y luego subo directamente a mi habitación y me pongo mis cómodos pantalones de chándal y mi camiseta holgada.

Antes de la horrible llamada de Simon, iba a quedar con uno de mis otros amigos, pero ahora se me han quitado las ganas. Simon me ha espantado a los hombres por un tiempo, así que creo que me tomaré un respiro y quedaré con algunas viejas amigas. Ya no me siento tan libre y soltera, más bien sola y un poco asustada.

Por primera vez desde que dejé a Hugh me pregunto si he hecho lo correcto; mi antigua vida no era tan terrible, ¿verdad? Nunca tuve

miedo cuando estaba con Hugh; puede que me aburriera un poco, pero nunca estuve asustada. No era tan malo y cuando nos casamos, nos lo pasamos muy bien. Incluso cuando empezó el aburrimiento, seguíamos teniendo un estilo de vida muy bueno, así que me pregunto si a lo mejor fui un poco precipitada. De repente se me ocurre que quizá no sea demasiado tarde para cambiar de opinión porque en realidad aún no estamos divorciados; todavía hay tiempo para reconsiderarlo.

A menos que su nueva novia le haya clavado bien las garras.

Necesito pensar bien las cosas; que Simon se haya puesto desagradable me ha dejado tocada, pero no quiero hacer nada precipitado de lo que vaya a arrepentirme.

Tiro mi ropa de trabajo al suelo, vacío el cesto de la ropa sucia junto a ella y voy separando hasta tener suficiente para poner una lavadora. Antes de bajarla, busco otra vez en mi cómoda y en el tocador mi reloj, pero no lo encuentro.

Sabía que no lo encontraría.

¿Lo dejé en casa de Simon?

Estoy segura de que no lo hice porque *nunca* lo llevo al trabajo y me quedé en casa de Simon desde el jueves por la noche hasta el lunes por la mañana. Recuerdo que lo dejé aquí en la cómoda donde siempre lo pongo y ahora no está.

¿Lo habrá cogido Gina?

Es una amargada y una inadaptada social, pero eso no la convierte en una ladrona, ¿verdad? Sinceramente, no me la imagino robándolo porque tiene dinero a espuestas y podría comprarse un Rolex fácilmente si quisiera; probablemente podría permitirse comprar varios.

Pero eso no cambia el hecho de que mi reloj ha desaparecido y vale mucho dinero. Hugh me lo compró en nuestro quinto aniversario de boda y recuerdo lo encantada que estaba cuando me lo dio. Fue una sorpresa total y me quedé impactada por lo generoso que fue; entonces no ganaba tanto y había estado ahorrando durante meses para poder comprarlo. *Fue* muy generoso y quizás lo había olvidado cuando estaba tan ocupada buscándole defectos. Mientras recojo la ropa sucia del suelo, empiezo a sentirme un poco

triste por cómo lo he tratado y me pregunto si he sido un poco egoísta.

Pero eso no me ayudará a encontrar mi reloj.

El lunes por la noche, cuando me di cuenta de que había desaparecido, puse patas arriba mi dormitorio y el salón, así que sé que no está aquí; sin duda alguna, ha desaparecido.

Antes tenía el reloj asegurado contra pérdida o robo, pero ya no; cuando dejé a Hugh todo eso caducó porque estaba vinculado a la casa. Quizás podría presentar una reclamación al seguro y fingir que Hugh y yo todavía vivimos juntos. Podría decirle a la compañía de seguros que lo perdí, lo cual no es mentira. También sería una buena excusa para ponerme en contacto con Hugh otra vez; si nos viéramos, podría ver si todavía siento algo por él y tantear el terreno.

Pero no está bien que tenga que mentir porque alguien ha robado mi reloj y, lógicamente, o lo cogió Gina, ya que es la única otra persona que vive aquí, o lo cogió la asistenta que viene cada semana. La asistenta no limpia mis habitaciones, pero eso no significa que no haya cogido mi reloj.

Debería plantarle cara a Gina; ese reloj no está perdido, lo han robado. A menos que lo haya robado ella; *podría* ser una ladrona, porque ¿cuánto sé realmente de ella?

De repente me asalta un recuerdo de mi infancia: Gina desapareció a mitad de mi primer trimestre escolar y no reapareció hasta después de las vacaciones de Navidad. No me interesaba especialmente Gina, pero recuerdo que una mañana, durante el desayuno, les pregunté a mis padres qué le pasaba. Mamá respondió que estaba enferma y en el hospital, pero cuando insistí, no supo decirme exactamente qué tenía. Mamá se enfadó bastante conmigo por preguntar una y otra vez. Papá siguió leyendo el periódico, pero recuerdo que en ese momento pensé que había algo que no me estaban contando. Normalmente eran muy abiertos conmigo y me daba cuenta de que algo no iba bien.

Cuando Gina volvió al colegio en enero corrían todo tipo de rumores: que le habían quitado el apéndice, que la habían violado y había tenido un bebé, que la había atropellado un coche; todo tipo

de tonterías que inventan los críos de doce años, pero nunca llegué a saber la verdadera razón. Unos días después de su regreso ya nadie hablaba de ella porque en realidad no le interesaba a nadie, y el asunto se olvidó enseguida.

Quizás vaya a ver a mamá y papá y les pregunte; está claro que sabían la verdadera razón, aunque entonces no era algo que pudiera oír una niña, pero estoy segura de que ahora sí.

Quizás la habían pillado robando; *quizás* sea una cleptómana.

Estoy siendo ridícula, lo sé, pero alguien ha robado mi reloj y solo hay dos sospechosas, y ella es una de ellas.

Recojo el montón de ropa sucia, bajo las escaleras y entro en el lavadero. Cargo la lavadora, echo el detergente y el suavizante y la pongo en marcha. Vuelvo a la cocina y abro la nevera para ver qué puedo preparar de cena. Saco el paquete de pollo que compré la semana pasada y miro la fecha: caducó hace dos días. Lo tiro a la basura y me planteo hacer huevos revueltos con tostadas. Es más o menos lo único que hay para comer; solo espero que quede algo de pan en el armario.

Casco tres huevos en un bol y los bato con un tenedor. Hay una barra de pan fresco en el armario que es de Gina porque yo no he comprado. Cojo un par de rebanadas y las meto en la tostadora. Técnicamente es robar, pero ¿qué son dos rebanadas de pan comparadas con un Rolex?

El sonido de la puerta principal al abrirse me hace dar un salto; Simon me ha dejado hecha un manojo de nervios y lo maldigo por ello. Asomo la cabeza por la puerta de la cocina y veo a Gina, que está colgando el abrigo y quitándose los zapatos. Nunca lleva zapatos en casa; ni siquiera para cruzar el recibidor hasta la cocina. Siento una punzada de irritación por su meticulosidad exagerada. Cada vez que entro en la casa, le veo la irritación en la cara cuando no me quito los zapatos antes de salir del felpudo; por eso, claro está, lo hago.

—Hola, Gina —la llamo, con la voz más agradable que me sale.

Me ignora por completo y se dirige al salón.

La irritación que sentí al verla se convierte rápidamente en enfado. ¿Cómo se atreve a ignorarme? Si cree que puede evitarme

encerrándose en el salón, lo lleva claro.

—Gina —digo más alto, saliendo al recibidor—. Quiero hablar contigo.

Se detiene en seco y gira lentamente la cabeza para mirarme.

—Mi reloj ha desaparecido —digo.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—Mi reloj ha desaparecido —repito.

—¿Y qué —pregunta, poniendo la mano en el pomo de la puerta del salón— tiene eso que ver conmigo?

—Es un Rolex muy caro. Estaba en mi dormitorio y ahora no está.

—A lo mejor lo dejaste en algún sitio.

—No. Estaba en mi habitación.

—A lo mejor —dice con una mueca de desprecio— lo dejaste en la cama de alguno de tus amantes.

La miro fijamente y pienso en lo mucho que me desagrada; en lo jodidamente rara que es y en los problemas que me está causando al obligarme a mudarme. Elijo mis siguientes palabras con cuidado, escogiéndolas que más puedan hierirla.

—No lo he dejado en ningún sitio —digo mientras avanzo hacia ella hasta quedar a solo unos centímetros de su cara.

—Creo —digo, mirándola fijamente— que tú lo has robado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Gina

Pensé que ya estaría arriba, en su cuarto; no esperaba encontrármela en la cocina.

No esperaba que me pidiera cuentas por lo del reloj.

Me quedé en la oficina todo el día, aunque tampoco es que hiciera nada. Ya me había llevado todos los archivos a casa y lo único que quedaba allí eran mi ordenador y la impresora. Cerré con llave la puerta de la calle para que nadie pudiera entrar, y si alguien lo intentaba, pensaría que estaba cerrado.

Que es exactamente lo que está. Permanentemente.

Aunque nadie intentó entrar; ¿cómo no me di cuenta de que apenas recibía llamadas cuando estaba en el trabajo? Aunque, como me informó Susie, ni siquiera estaba allí muy a menudo y tampoco visitaba a los clientes, así que ¿dónde estaba?

No recuerdo dónde estaba, pero creo que llevo así ya un tiempo.

Recuerdo que ya me pasó una vez; es *aquello de lo que nunca hablamos*, que vuelve a ocurrir. Me estoy desmoronando.

Cuando Lissa me habló, la ignoré; quería escapar al salón y cerrar la puerta, pero ella no me dejó. Intenté decirle que no sabía de qué me hablaba, pero no se callaba. Perdí un poco los estribos y le dije que quizás se lo había dejado en la cama de alguno de sus amantes, y vi que se quedaba en shock al oírlo. Pensé que entonces me dejaría en paz.

Pero no lo hizo.

Salió de la cocina, caminó hacia mí y se acercó tanto que pude olerle el café en el aliento. Clavé la mirada en su rostro perfecto y la odié más de lo que he odiado a nadie en toda mi vida, incluidos mi madre y mi padre. Solo podía pensar en ella y en James riéndose y burlándose de mí, igual que ella se burlaba de mí hace años en el colegio. La imaginé en sus brazos, en su cama, y quise arañarle esos ojitos azules hasta hacerlos sangrar. Cuánto deseaba rodearle el cuello con las manos y apretar, apretar y apretar hasta que no le quedara ni un soplo de vida.

Pero no lo hice.

Pero solo porque creo que ella es más fuerte que yo.

Le dije que estaba siendo ridícula, pero no quiso aceptarlo. Volvió furiosa a la cocina y dijo que, a menos que le pague el reloj o se lo devuelva, llamará a la policía a primera hora de la mañana para que se encarguen ellos.

Será mi fin si llama a la policía. La visita del agente judicial y todo el dinero que debo saldrán a la luz para que lo vea todo el mundo, y mi humillación quedará expuesta. Saldrá en los periódicos y todos sabrán lo que he hecho.

No podría soportarlo.

Me acusarán de robo y me declararán culpable, y nunca podré volver a llevar un negocio. Todo aquello por lo que he trabajado desaparecerá, igual que James: mi casa, mi negocio, todo.

Cerré la puerta del salón y me apoyé contra ella para que no pudiera entrar, pero ni siquiera lo intentó; ya había dicho todo lo que tenía que decir. No me cabía duda de que cumpliría su amenaza.

Cuando por fin abro la puerta, una hora después, la luz de la cocina está apagada, el pasillo a oscuras, y ella se ha ido. Camino hasta el pie de las escaleras en la penumbra y veo luz bajo la puerta de su salón, así que sé que sigue arriba.

Vuelvo al salón, corro las cortinas para cerrar la noche fuera y enciendo las lámparas. Me siento e intento pensar qué hacer. ¿Aún hay esperanza para mí? ¿Aún estoy a tiempo de evitar que todo se desmorone y salvar lo que queda de mi vida? Tiene que haber una manera. Con el tiempo superaré lo de James, aunque ahora mismo

no lo parezca; tengo que recordarme que no me merece, por tratarme tan mal, aunque Lissa lo haya hechizado.

Veo con claridad que todo lo que ha salido mal en mi vida es culpa de Lissa; James y yo éramos felices hasta que ella llegó y me lo quitó. Mi negocio prosperaba y daba buenos beneficios antes de que su comportamiento me distrajera y me hiciera descuidarlo.

Todo es culpa *suya*.

Me quedo inmóvil, cierro los ojos mientras los pensamientos me dan vueltas en la cabeza; pasa el tiempo, pero no sé cuánto llevo así sentada cuando por fin abro los ojos.

Sé lo que tengo que hacer; solo hay una forma de salir de este lío.

Me levanto del sofá, salgo al pasillo y enciendo la luz. Me calzo los zapatos que había dejado en el felpudo de la entrada, voy a la cocina y también enciendo allí. Me detengo un momento y respiro hondo; una vez que haga esto, no habrá vuelta atrás.

No pasa nada.

Escribo rápidamente un mensaje en el móvil, pero no lo envío. Eso será para después.

Me apoyo en la encimera e inspecciono los cuchillos del taco de madera. Fueron un juego carísimo y se supone que se mantienen afilados de por vida sin necesidad de afilarlos. No veo cómo es posible, pero da igual; apenas los he usado. Son más de adorno que otra cosa, porque rara vez tengo invitados.

No, eso no es verdad.

Nunca tengo invitados.

Porque no tengo amigos.

Aparto el pensamiento y me niego a darle más vueltas; ahora no es momento de detenerse en trivialidades. Agarro el mango del cuchillo más grande y lo saco del taco. La hoja es larga, delgada, de aspecto letal; creo que es para trincar.

Demasiado grande, pienso.

Voy sacando los cuchillos uno a uno y los inspecciono a fondo antes de decidirme por el de hoja mediana. Estoy segura de que nunca lo he usado; rozo la hoja con la yema del pulgar y hago una

mueca al ver que me saca sangre al instante. El cuchillo tiene un tamaño manejable y noto su peso en la mano mientras lo estudio.

Servirá.

Agarro el mango con fuerza y respiro hondo.

Ha llegado el momento.

* * *

Oigo pasos que bajan corriendo las escaleras y sé que mi mensaje a Lissa ha funcionado; si no, habría subido a buscarla, pero es mejor que venga ella a mí.

—¡Dios mío! —Lissa se detiene en seco en la puerta de la cocina y me mira horrorizada.

—¿Qué has hecho? —chilla, y veo el horror en su rostro.

La miro desde el suelo; estoy arrodillada e inclinada hacia delante, con los brazos apretados contra el cuerpo. Las salpicaduras de sangre escarlata a mi alrededor contrastan con las baldosas color piedra, y los paños de cocina que me envuelven las muñecas se van empapando de rojo por donde se filtra la sangre.

Lissa me mira incrédula y veo cómo se le abren los ojos de par en par al reparar en la sangre del suelo. Emite un extraño gemido y respira agitadamente; está aterrada y, como la mayoría de la gente en una emergencia, no sabe qué hacer.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? —me grita Lissa—. Nada puede ser tan malo. No tenías por qué hacer eso.

—Lo siento —digo con voz lastimera, repitiendo las palabras que le envié en el mensaje hace unos minutos—. No podía pensar con claridad.

—Eso ahora no importa. —Lissa abre un cajón de la cocina y saca de un tirón dos paños más, y los de abajo caen al suelo—. Deja que te los ate en las muñecas y te llevo al hospital. Será más rápido que llamar a una ambulancia.

Empiezo a quitarme los paños ensangrentados de las muñecas.

—¡No! —grita—. ¡Déjalos! Pondré estos encima.

Se arrodilla y me quedo callada mientras me envuelve cada muñeca con un paño y los ata lo más fuerte que puede.

—¿Puedes caminar? —pregunta mientras se incorpora.

—No lo sé —digo—. Me siento muy débil.

Se agacha, me rodea la cintura con las manos y me ayuda a ponerme de pie.

—¿Puedes quedarte aquí mientras voy a por las llaves del coche? —pregunta.

Asiento con la cabeza, me tambaleo un poco y alargo la mano hacia la encimera para sujetarme.

—Oh, Dios. —Saca una silla de debajo de la mesa, me agarra por los hombros y me sienta en ella.

—Dos minutos —dice—. Aguanta. —Sale corriendo de la cocina y la oigo subir las escaleras a toda prisa; en lo que parecen segundos, está de vuelta.

—Bien. ¿Puedes caminar? —pregunta al volver a la cocina. Tiene el rostro pálido, los labios flácidos, y parece a punto de llorar. De repente me entran ganas de soltar una carcajada, pero me contengo; creo que estoy un poco histérica, así que asiento y respondo a su pregunta sin hablar. Se acerca, me rodea la cintura con el brazo y me guía hacia la puerta principal como si hubiera olvidado dónde está. Abre la puerta y me empuja afuera; el viento y la lluvia que empezaron esta tarde nos azotan mientras esperamos a que cierre con llave. Trastea con las llaves y veo que le tiemblan tanto las manos que no consigue meter la llave en la cerradura.

Pulsa el botón del mando para abrir el coche y me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto como si fuera una inválida. Mantengo las manos delante de mí mientras se inclina y me abrocha el cinturón. Me quedo callada mientras ella se sienta al volante y arranca.

—Hay un atajo —digo en voz baja.

—¿Qué? —Mira por encima del hombro y sale marcha atrás a toda velocidad. Se incorpora a la calle y conducimos rápidamente hacia la carretera principal.

—Al hospital —digo—. Conozco un atajo.

—Vale —dice—. ¿Te ves capaz de indicarme el camino? No sé cómo ir desde tu casa.

—Sí —digo—. Estoy un poco mareada, pero seguro que aguanto.

Me mira alarmada y el coche se desvía un poco cuando aparta la vista de la carretera.

—Estaré bien —digo, sin sonar nada bien.

Lissa pisa el acelerador y salimos disparadas por la carretera. Cuando llegamos al cruce, la dirijo hacia la carretera principal y nos lanzamos bajo la lluvia torrencial. La visibilidad es escasa con la lluvia y la oscuridad, y Lissa se inclina hacia el parabrisas y entrecierra los ojos en la penumbra. Vamos muy por encima del límite de velocidad y noto el pánico de Lissa flotando en el aire. Cruzamos dos rotondas más y tomamos la carretera que atraviesa las afueras del pueblo. Apenas vemos otros coches y la carretera no tiene farolas que nos guíen. Esta carretera no lleva al hospital; serpentea por el campo, pasando por pequeños pueblos y aldeas.

—¿Estás bien? —pregunta Lissa. Le falta el aliento y suena asustada, y me pregunto si se estará echando la culpa.

Debería.

—Estoy bien. —Miro por la ventanilla; no se ve ni una casa y sé que este tramo de carretera continúa varios kilómetros antes de llegar a una pequeña aldea. Los árboles bordean la carretera, lo que la hace aún más oscura, y pienso que ahora es el momento.

—Lo siento —digo.

—No tienes que seguir disculpándote —dice Lissa.

—Oh, pero sí tengo —digo mientras me inclino hacia ella y presiono con fuerza el botón de su cinturón. El cinturón se suelta y sale disparado, y ella se gira y me mira sorprendida. Antes de que pueda decir nada, agarro el volante con las dos manos y lo giro bruscamente hacia el arcén.

Mientras nos precipitamos hacia el tronco de un árbol enorme, mi último pensamiento es que mi cinturón puede salvarme, pero el de Lissa, desde luego, no la salvará a ella.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lissa

La policía tiene más preguntas para mí.

La enfermera jefe de planta se acercó y me preguntó si me sentía con fuerzas para hablar con ellos otra vez. La verdad es que no; solo quiero dormir, despertar y que todo vuelva a ser como antes, pero sé que eso no va a pasar. Le dije que sí, que los vería, porque quiero quitarme esto de encima.

Y también tengo algunas preguntas que hacerles ahora que estoy más despejada. No recuerdo exactamente cuánto hace que hablé con ellos por última vez porque los días se me han mezclado todos. Intento concentrarme, pero no consigo recordar si fue ayer o anteayer. La cabeza me duele más cuando intento pensar y me pregunto para qué me molesto; ¿qué importa cuándo hablé con ellos?

No importa.

Me toco con cuidado el vendaje que llevo en un lado de la cara y me pregunto cuándo decidirán los médicos dejarme ver lo que hay debajo. Recuerdo muy poco del accidente después de que Gina me desabrochara el cinturón; recuerdo el árbol que se nos venía encima y luego, afortunadamente, nada, hasta que desperté en esta cama. Espero no recordarlo nunca; ¿quién quiere revivir el dolor de atravesar un parabrisas y estrellarse contra un árbol?

Me temo que mi cara ha quedado destrozada; cada vez que pregunto al médico cómo va la curación, me dicen que tenga

paciencia y que solo el tiempo lo dirá.

Pero he notado que evitan mirarme a los ojos; sé que voy a quedar marcada de por vida porque nadie puede atravesar el parabrisas de un coche y estrellarse contra un árbol sin quedarse con cicatrices permanentes. Los médicos dicen que, como aparté la cabeza del parabrisas justo antes del impacto, solo un lado de mi cara resultó gravemente dañado. Me aseguran que, si no sana bien, siempre existe la posibilidad de la cirugía plástica. Eso me dice que no sanará bien y que están intentando prepararme sin decirlo abiertamente.

Aparte de las lesiones en la cara, tengo un brazo roto y la otra muñeca tan gravemente fracturada que tuvieron que operarme y fijarla con clavos. Tengo todo el cuerpo lleno de moretones, pero afortunadamente, no hay más huesos rotos.

Los médicos y paramédicos coinciden en que tengo suerte de estar viva.

No me siento afortunada.

Sé que los huesos rotos sanarán y los moretones desaparecerán, pero ¿y mi cara? Nunca volverá a ser perfecta aunque me opere.

—¿Señorita Hewson?

Giro ligeramente la cabeza y hago una mueca de dolor. El hombre y la mujer que están junto a la cama son los agentes de policía que me visitaron antes. No llevan uniforme, pero hay algo en ellos que me dice que los reconocería como policías sin que tuvieran que decírmelo.

—Hola —digo, pensando en lo absurdo de la pregunta: ¿quién más iba a ser?

—Inspector Rankin y mi colega, la agente Larson. ¿Hablamos a principios de semana? ¿Se siente con fuerzas para responder a algunas preguntas más?

Les digo que sí, pero me pregunto qué más necesitan saber. Ya les he contado todo lo que pasó aquella noche, desde el momento en que llegué a casa del trabajo. No quisieron decirme nada sobre Gina, que seguramente debe de estar muerta porque me dijeron que la carretera estaba tan tranquila aquella noche que pasó al menos una hora antes de que encontraran el coche. No soy médica, pero

estoy segura de que se habría desangrado por los cortes en las muñecas mucho antes de que nos encontraran.

Accidente. No fue un accidente; esa perra loca decidió suicidarse y llevarme con ella.

Observo cómo el inspector Rankin acerca dos sillas al lado de la cama mientras la agente Larson agarra la cortina y la corre alrededor de la cama. Quiero decirle que no se moleste porque no tengo nada que ocultar a los demás pacientes de esta sala.

No he hecho nada malo.

—Bueno, señorita Hewson, tenemos novedades para usted y le alegrará saber que no va a ser acusada de conducción peligrosa.

Lo miro fijamente y me pregunto si estoy oyendo cosas.

—¿De qué está hablando? —grazno—. Le dije que ella me arrancó el volante de las manos, ¿por qué iba a ser acusada de algo? Yo soy la víctima aquí; casi muero gracias a ella.

El inspector Rankin sonrío con condescendencia y miro a la agente Larson, que me dedica un levísimo atisbo de sonrisa y pone los ojos en blanco. Entonces recuerdo lo pedante e imbécil que es el inspector; su interrogatorio la última vez duró mucho más de lo necesario y creo que estaba disfrutándolo bastante.

—Pues bien —el inspector Rankin se vuelve hacia mí—, tras haber hablado con Gina Moray, ella ha...

—¿Está viva? —grito, interrumpiéndolo.

—Oh, sí —dice—. Vivita y coleando. Ha confirmado que los hechos que llevaron al accidente fueron exactamente como usted nos contó. No habrá cargos contra usted, como la agente Larson ya le ha informado tan amablemente, aunque puede que se le requiera más adelante para declarar como testigo en el juicio.

—¡Pero se cortó las muñecas! —protesto.

El inspector Rankin niega con la cabeza con una sonrisa condescendiente y, si pudiera, saltaría de la cama y le daría un puñetazo en esa narizota gorda. Me pregunto cómo soporta la agente Larson trabajar con él.

—No, señorita Hewson, no se cortó las muñecas, aunque le hizo creer que sí —dice, lentamente—. Se hizo cortes superficiales en los dedos que sangraron profusamente, para hacerle creer que estaba

en peligro de muerte inminente y que la llevara al hospital. Como llevaba puesto el cinturón de seguridad, aparte de estar muy magullada, sus lesiones fueron mínimas.

Cortes superficiales. Lesiones mínimas. No puedo creerlo, pensé que se habría desangrado hasta morir para cuando nos encontraran. La muy perra.

—¿Por qué? —pregunto, pero al pronunciar la palabra ya lo sé.

—Porque creía que usted tenía una relación con su novio.

—¿James? —el James de ella era Simon; solo lo conoció una vez, así que nunca supo que lo llaman por su segundo nombre.

—Sí, el señor Kingley. Aunque, tras hablar con él, parece que la señorita Moray en realidad no tenía ninguna relación con él; o más bien, en su mente sí, pero en la realidad, no.

Cierro los ojos e intento asimilarlo. Era ella.

—Lo estaba acosando —digo—. Enviándole mensajes de amor eterno.

—Así es —responde el inspector Rankin con voz monótona—. No es acoso propiamente dicho, ya que no hubo amenazas, pero ella creía que él la engañaba con usted. Pensaba que usted se veía con él para hacerle daño a propósito. Mencionó algo sobre una llamada desde el móvil del señor Kingley en la que usted se burló de ella, pero, sinceramente, no conseguimos entender lo que decía y tuvimos que interrumpir la entrevista.

El día que marqué aquel número en el móvil de Simon, el día que me arrancó el teléfono de las manos y mostró su verdadera cara. Era ella; era la mujer que contestó.

—¿La van a acusar de intento de asesinato? —pregunto.

El inspector Rankin carraspea antes de responder.

—Posiblemente, en algún momento. Por ahora no está en condiciones de ser juzgada, y si se la acusa una vez que haya recibido tratamiento, será decisión de la Fiscalía. De momento está ingresada en un centro psiquiátrico de seguridad donde recibe tratamiento.

—¡Tratamiento! —grito, y el inspector Rankin abre los ojos de par en par—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con mi vida arruinada?

Intentó matarme y me dejó marcada de por vida, ¡y yo ni siquiera HICE nada!

—Señorita Hewson, entiendo que... —empieza a decir el inspector Rankin.

—No, no lo entiende —le grito—. No entiende nada. Me ha arruinado la vida y ustedes van a dejar que se salga con la suya.

* * *

La enfermera jefe me dio algo para calmarme después de echar a la policía de la sala. Tuve la impresión de que mis compañeras de habitación estaban avergonzadas por mi arrebató. Pero me da igual.

Ahora me siento más tranquila y bastante somnolienta, pero sigo cabreada como una mona con esa loca de Gina.

Ha intentado matarme, me ha arruinado la vida y se ha salido con la suya.

No es justo; que esté completamente loca de remate no significa que deba librarse de rositas. Y luego está mi reloj; está claro que lo cogió de mi habitación. Lo quiero de vuelta. La próxima vez que vea a la policía les voy a contar lo del reloj y que la procesen también por robo cuando salga del manicomio. Estos pensamientos me dan vueltas en la cabeza y me quedo dormida con un sueño agitado, hasta que el sonido de unas voces se cuele en mis sueños y me despierta. Abro los ojos y giro lentamente la cabeza hacia el ruido. Mamá y papá están de pie en la entrada de la sala; mamá lleva una bolsa de la compra y supongo que estará llena de chocolates y carbohidratos para tentarme a comer. Mamá no parece entender que lo último que me apetece es comer y que una tableta de chocolate no va a arreglar nada.

Están con la enfermera jefe, escuchándola con atención; seguro que les está contando lo de la visita de la policía. Parece que están a punto de irse cuando mamá se da cuenta de que los estoy mirando. Le da un codazo a papá, los dos me miran, sonríen y se acercan a mi cama igual que han hecho todos los días desde que desperté aquí.

—Hola, cariño —gorjea mamá con su voz de *seamos alegres y finjamos que todo va a salir bien*.

Mis padres no dice nada, pero rodea la cama y me da un beso en la frente.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta mamá mientras saca uvas y una caja de bombones y los deja en la mesilla de noche. Los coloca con cuidado, alineando la caja con las esquinas, y luego pone encima un estuche de plástico con tres cupcakes.

—Bien —murmuro.

—Tus favoritos, cariño —dice, señalando los cupcakes mientras se sienta.

—Gracias, mamá. —Se los daré a mi vecina de la cama de al lado cuando se hayan ido.

—Me han dicho que ha venido la policía a verte —dice mis padres, deseando saber las últimas novedades.

Les cuento que Gina está viva y en un psiquiátrico de seguridad, y se quedan tan sorprendidos como yo. Mamá no para de decir que es *tan injusto*, y desearía que se callara y que los dos se fueran a casa y me dejaran revolcarme en la autocompasión. Lo que de verdad quiero saber es cuándo voy a ver a Hugh. Les dije a mamá y papá que no le dejaran visitarme cuando desperté porque no quería que me viera hecha un desastre, pero ahora he cambiado de opinión. Los médicos me han dicho que mis lesiones van a tardar en curarse, así que creo que no tiene sentido esperar.

Hugh no es superficial y sé que me quiere por cómo soy. No es nada aprensivo porque le encanta ver todos los documentales médicos de la tele, así que mis moratones y huesos rotos no le van a molestar lo más mínimo. Además, ¿no dicen los votos matrimoniales *en la salud y en la enfermedad*? Pues sí, y no es que no vaya a recuperarme, porque lo haré.

He tenido mucho tiempo para pensar desde que estoy aquí y he decidido que quizás, solo quizás, podría replantearme lo de *no tener un bebé*.

Si toda esta horrible experiencia me ha enseñado algo, es que nuestro matrimonio merece salvarse. Ahora me doy cuenta de que tomé la peor decisión de mi vida cuando dejé a Hugh. Sinceramente,

no sé en qué estaba pensando, y me pregunto si fue una especie de crisis de los cuarenta antes de tiempo. Creo que me entró el pánico con todo el tema de *tener un bebé*, cuando lo que debería haber hecho era sentarme a pensarlo con calma. Ahora sé que lo único que quiero es volver con Hugh, a nuestra casa de siempre, a nuestra vida de siempre.

—¿Has hablado con Hugh? —le pregunto a mamá.

—Sí —dice.

—¿Y? —insisto.

—Va a venir a verte esta tarde. Estaba tan impactado por lo que te ha pasado que no podía creérselo —dice mamá—. Le dijimos que te vas a poner bien y que no se preocupe demasiado, que tus lesiones no son graves ni van a dejarte secuelas.

Bueno, gracias por eso, mamá. Quería que estuviera desesperadamente agradecido de que sigo viva, no que creyera que solo tengo unos cuantos cortes y moratones. Quería ser la heroína valiente que no arma un escándalo. Aunque, por otro lado, que no sepa lo mal que estoy podría ser algo bueno; se quedará impactado cuando me vea y, conociendo a Hugh, se pondrá en modo superprotector y me colmará de amor y atención.

Desconecto mientras mamá parlotea sobre la vecina de al lado y otras trivialidades, y me pregunto si podré conseguir que alguna enfermera me lave el pelo antes de esta tarde. No me lo han lavado desde que estoy aquí y, aunque no puedo verlo, estoy segura de que debe parecer un estropajo, porque normalmente me lo lavo todos los días.

En cuanto mamá y papá se hayan ido, se lo pediré.

La mayoría de la gente suele hacer lo que le pido.

* * *

La joven enfermera que me atiende dijo que me lavará el pelo mañana, pero que hoy era imposible porque la sala está a tope y falta personal. Me decepcioné, pero luego pensé que no tiene sentido enfurruñarse porque estoy completamente a su merced.

Cada vez que se abre la puerta de la sala, miro a ver si es Hugh, y cada vez me decepciono. Al final no llega hasta casi las tres y ya casi me había dado por vencida. Se detiene y le pregunta a la enfermera del mostrador cuál es mi cama. Mientras lo veo acercarse, me doy cuenta de que había olvidado lo guapo que es. Mucho más guapo que Simon; ¿por qué pensé alguna vez que estar sola sería mejor que vivir con Hugh?

—Lissa.

Hugh se queda de pie junto a la cama y me mira.

—Dios, ¿qué te ha pasado?

—Hugh, cuánto me alegro de verte.

Mientras fuerzo una sonrisa, siento el peso del vendaje en un lado de la cara y se me saltan las lágrimas.

—No es tan malo como parece —digo.

Sí lo es, es peor.

Coge una silla de los pies de la cama, la acerca y se sienta.

—Dos brazos rotos, joder —dice.

No lo corrijo.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás aquí? —pregunta.

—Unos días más y luego podré irme a casa, siempre que haya alguien que me cuide.

Asiente.

—Supongo que no podrás hacer mucho con esos.

Señala mis brazos con un gesto; ambos están enyesados, aunque debería poder usar las manos cuando baje la hinchazón.

—¿Qué pasó exactamente? —pregunta—. Tu madre dijo algo de que la amiga con la que vivías intentó suicidarse, pero no me enteré bien.

—Yo tampoco lo entiendo —digo—. En realidad no era amiga mía; solo le alquilaba una habitación. Tiene graves problemas de salud mental y de alguna manera me vi envuelta en ello. De verdad pensé que había intentado suicidarse. La estaba llevando al hospital cuando se volvió completamente loca e intentó matarnos a las dos.

Lo observo mientras hablo y me pregunto qué le habrá contado exactamente mi madre. Ella no conoce la historia completa porque intenté dejar a Simon fuera de la versión que le conté. Dije que era

un cliente, lo cual no era mentira, porque sabía que si supiera la verdad me lo echaría en cara eternamente.

—Dios, qué pesadilla. Siento mucho que te haya pasado esto. Entonces no vas a volver a vivir allí, ¿no?

Niego con la cabeza y luego recuerdo que no debería porque me duele.

—Puedo ir a recoger tus cosas, si quieres —ofrece Hugh.

Lo miro y me invade una sensación cálida; de repente me siento más feliz y relajada. Todo va a salir bien; puedo volver con Hugh y será como antes de que empezara esta pesadilla.

—Gracias —digo—. Eso sería maravilloso. Mamá y papá tienen las llaves.

—Vale, me encargo —dice Hugh con una sonrisa.

—Hugh —digo en voz baja—. Lo único bueno de todo este horror es que me ha hecho darme cuenta de lo que importa de verdad.

Nos miramos y el aire parece cargado de promesas.

—¿Crees —continúo— que podríamos intentarlo de nuevo? ¿Fingir que estos últimos meses horribles nunca ocurrieron?

Se inclina hacia mí y espero que me bese.

—Lissa —dice casi en un susurro—. Para que lo sepas. Hemos terminado. Se acabó. Finito. Muerto.

Lo miro boquiabierta, incapaz de comprender lo que acaba de decir.

—Me temo que no puedes tratarme como una mierda y luego esperar que vuelva contigo para más de lo mismo —continúa—. Yo he pasado página, te sugiero que hagas lo mismo.

Me quedo mirándolo como una tonta y él me sostiene la mirada sin pestañear; sé que lo dice completamente en serio.

—En fin —dice en voz más alta, mirando el reloj y poniéndose de pie—. Tengo que irme. Tengo una visita a las cuatro y media y no quiero llegar tarde.

—¿Una visita? —susurro.

—Sí, es la segunda, así que crucemos los dedos para que compren la casa y podamos poner las cosas en marcha.

Sonríe y levanta los dedos cruzados en el aire.

Me quedo mirándolo atónita. No tenía ni idea de que la casa, nuestra casa, estuviera en venta.

—Que tengas una buena vida, Lissa.

Sonríe con suficiencia.

—Y no te preocupes por tus cosas. Las dejaré todas en casa de tus padres.

CAPÍTULO VEINTE

La madre de Gina

—**N**o quiere verla. Lo siento —dice el doctor Harper mientras entra en la habitación y cierra la puerta tras él. Parece avergonzado.

No me sorprende, ni siquiera me decepciona. He venido por obligación, y en cuanto le diga lo que necesita saber, me marcharé. O puede que ya lo sepa; no tengo ni idea de qué tipo de historiales médicos se conservan después de veinte años, pero pronto lo averiguaré.

—No pasa nada —digo—. No pensaba que fuera a hacerlo. He venido porque pensé que le convendría conocer el historial de Georgina. Tengo copias de las notas de su tratamiento de cuando era niña. Puede que ya las tenga, por supuesto.

—Por favor, siéntese, señora Richardson —dice el doctor Harper, dejándose caer en su silla y señalando la raída silla frente a su escritorio.

Me siento en el borde del asiento. Dejo el sobre con los historiales de Georgina sobre el escritorio y lo empujo hacia él.

El doctor Harper está sentado en una silla giratoria reclinada tan hacia atrás que parece a punto de volcarse. No hace ademán de mirar el contenido del sobre ni intenta disimular que me está evaluando.

—Gina ya nos ha contado que tuvo algún tipo de crisis nerviosa de niña —dice, tras un momento—. ¿Los historiales tratan de eso?

Hemos buscado en la base de datos del NHS y no hemos encontrado nada sobre ella aparte de las dolencias infantiles habituales.

Acerco el sobre hacia mí, lo abro rasgándolo y saco el grueso fajo de papeles. Si él no va a molestarse, tendré que hacerlo yo. —Está todo documentado ahí. La llevamos a un psiquiatra privado, así que quizá por eso no tienen los historiales.

—Ya veo —dice el doctor Harper, asintiendo con la cabeza. No creo que vea nada en absoluto. Tengo la sensación de que me están juzgando y no doy la talla; o quizá todo el que visita un hospital psiquiátrico de seguridad se siente así.

Estábamos absolutamente desesperados con el comportamiento de Georgina, y al médico de cabecera no le interesó lo más mínimo cuando la llevamos a verlo. Fue completamente inútil y dijo que la pondría en lista de espera para ver a un orientador si pensábamos que era realmente necesario. No creía que hubiera ningún problema. Georgina no ayudó nada; se comportó de forma impecable mientras estábamos en la consulta, por supuesto, sin dar ninguna muestra del infierno absoluto por el que nos había hecho pasar. El idiota del médico nos miró a Donald y a mí como si fuéramos padres neuróticos que se imaginaban cosas.

Empujo el fajo de papeles hacia el doctor Harper, pero él sigue sin hacer ademán de cogerlos.

—Los miraré más tarde —dice, echándoles un vistazo—. Pero me sería más útil que me hablara de Gina con sus propias palabras.

—Empezó cuando tenía doce años —digo con un suspiro—. La pubertad —añado, como si eso lo explicara todo. Me obligan a revivir todo aquel estrés y me pregunto qué demonios me poseyó para venir aquí. Donald dice que es por la culpa. Aunque no tengo ni idea de qué se supone que debería sentirme culpable, porque nada de esto fue culpa mía. Hice todo lo que pude. Cosa que no puedo decir de él; quizá sea él quien se siente culpable y esa sea la verdadera razón por la que no quiere venir. Intenté convencerlo, pero se negó en redondo y dijo que «se había lavado las manos de la chica» hacía mucho tiempo y que no tenía intención de «sacar a relucir todo ese asunto» de nuevo. También es un hecho que en mi familia no hay

ninguna enfermedad mental, mientras que su madre siempre fue neurótica. Aunque él no lo admitirá.

—Señora Richardson —me insta el doctor Harper.

—Se mudaron unos vecinos nuevos a la casa de al lado —afirmo—. Y su hija era Lissa. —El Dr. Harper abre mucho los ojos, sorprendido, y hago una pausa antes de continuar—. Georgina y Lissa se hicieron amigas y pasaron las vacaciones de verano yendo juntas de aquí para allá, como hacen las chicas. Georgina estaba muy contenta y todo parecía ir bien, pero cuando volvieron al colegio, la amistad se enfrió.

—¿Y de quién fue la decisión?

—De Lissa —digo—. Aunque Georgina nunca nos dijo que ya no eran amigas; siguió llamando a su casa cada mañana, aunque la madre de Lissa le decía que ya se había marchado. Georgina se negaba a creer que Lissa no quería ser su amiga y empezó, bueno, a acosarla, supongo.

—¿De qué manera la estaba acosando? —pregunta el doctor Harper—. Solo tenía doce años.

—Los tenía, pero usted no sabe cómo es Georgina. Vive en un mundo diferente al del resto de nosotros y simplemente no se le puede decir nada. La madre de Lissa me contó que Georgina se pegaba como una lapa a Lissa en el colegio, y dondequiera que estuviera ella, allí estaba Georgina, siguiéndola incluso cuando Lissa la ignoraba por completo. Era de lo más embarazoso y tuve que hablar con Georgina al respecto, pero fue como predicar en el desierto. Dejó de ir a buscarla y de seguirla por el colegio, pero empezó a vigilarla fuera del colegio. Se escabullía por la noche y se escondía en el jardín trasero de Lissa para intentar verla. Solo nos enteramos por casualidad cuando la pillamos colándose de vuelta en casa de madrugada, cubierta de hojas y barro y helada de frío. Nos ignoró por completo al entrar y se negó en redondo a hablar de ello. A la mañana siguiente se levantó y se comportó como si no hubiera pasado nada. La vigilamos por la noche y todas las noches era lo mismo: se escondía entre los arbustos del jardín trasero de Lissa hasta que salía el sol y luego se escabullía de vuelta a su habitación. Dios sabe cómo no la vieron los padres de Lissa. Lo ridículo era que

ni siquiera podía ver a Lissa porque tenía las cortinas del dormitorio cerradas.

—¿Y qué tenía que decir la propia Gina al respecto? —pregunta el doctor Harper.

—Se comportaba como si no supiera de qué le estaba hablando. Decía que ella y Lissa seguían siendo las mejores amigas y que quedaban fuera por la noche para «ir de aventuras». Me dijo que iban juntas al colegio todos los días y quedaban para comer, pero todo eran tonterías; todo estaba en su cabeza. Yo estaba al límite de mis fuerzas. Pensamos que si escondíamos todas las llaves y no podía salir de casa, eso le pondría fin. Cerramos la puerta de su dormitorio con llave, pero eso no le impidió intentarlo; la pillé trepando por la ventana del dormitorio. Fue entonces cuando decidimos que necesitaba ayuda, porque iba a hacerse daño en su desesperación por salir. Después de ir al médico de cabecera y que nos dijeran que había lista de espera, pagamos a un psiquiatra infantil privado. Le recetó un tratamiento de terapia y algo para ayudarla a dormir.

El doctor Harper frunce el ceño.

—¿Pastillas para dormir para una niña de doce años?

Me encojo de hombros. No me corresponde cuestionar lo que receta un médico. Acabaron con sus escapadas nocturnas, pero no la curaron, y la supuesta terapia tampoco.

—El psiquiatra dijo que Gina no era consciente de lo que hacía; aunque físicamente estuviera escondida en el jardín trasero de Lissa, para ella estaban «*viviendo aventuras*» que eran completamente reales.

—¿Tenía estados de fuga prolongados? —pregunta el doctor Harper.

—No sé cómo se llamaban —digo—. El psiquiatra lo explicó como apagones; pasaba horas, incluso días, creyendo que hacía su vida normal cuando en realidad estaba haciendo algo completamente distinto. Nunca llegué a entenderlo del todo.

El doctor Harper asiente.

—Los estados disociativos o de fuga pueden durar horas, semanas, incluso meses en casos graves, y parecen totalmente

reales para quien los padece. El caso de Gina es muy complicado y difícil de definir. Es un caso muy poco común.

—En fin —digo, para evitar que se lance a darme una conferencia sobre salud mental que no me apetece escuchar—. Tuvimos que sacarla del colegio porque nunca estaba donde debía y no paraba de desaparecer. Los profesores empezaban a hacer preguntas. Le dije al colegio que le habían operado del apéndice y había tenido complicaciones, así que faltaría una temporada. Ella quería ir al colegio a toda costa porque decía que Lissa la echaba de menos; seguía creyendo que eran amigas, ¿sabe? El psiquiatra nos dijo que la obsesión con Lissa iría remitiendo si no era correspondida, y tenía razón: al cabo de varias semanas, así fue.

—¿Funcionó la terapia? —pregunta el doctor Harper.

Me río con amargura; ojalá hubiera sido así. El doctor me mira sorprendido.

—Lo siento —digo, recomponiéndome—. No tiene nada de gracioso. Puede que la obsesión de Georgina con Lissa hubiera terminado, pero la había trasladado a otra persona sin más. Teníamos una au pair viviendo con nosotros por entonces. Al principio me alegré cuando se hicieron amigas, porque parecía que Georgina se comportaba de forma sociable y normal. Charlaba con María y me sentí aliviada al ver que volvía a un estado mental normal. Pero no era así; empeoró, si cabe, y no dejaba a María en paz. La pobre chica no tenía ni un minuto de tranquilidad. María pronto se cansó de que Georgina la agobiara a todas horas, así que empezó a ignorarla, y Georgina no pudo soportarlo.

—¿Qué ocurrió?

Me estremezco al recordar aquel día: la sangre, los gritos, el horror absoluto de todo aquello.

—Intentó apuñalar a María. Por suerte, las tijeras que usó eran viejas y apenas cortaban el papel. Solo consiguió hacerle arañazos superficiales antes de que se las quitáramos. Georgina dijo que tenía que matarla porque María y Lissa conspiraban contra ella y debía acabar con María para salvar su propia vida. Todo era un sinsentido absoluto. Estaba completamente trastornada y tuvimos que sedarla con las pastillas para dormir y encerrarla en su habitación. La au pair

se marchó esa misma noche; tuvimos que pagarle una buena suma para que no fuera a la policía. Al día siguiente, Georgina se comportó como si nada hubiera pasado. Nos preguntó dónde se había ido María, ajena por completo a lo ocurrido la noche anterior. Insinuó que debíamos de haberle hecho algo horrible a María para que se marchara.

El doctor me mira sin sonreír desde el otro lado del escritorio; sé que me está culpando, pero no tengo ninguna culpa. No se me puede hacer responsable del comportamiento de mi hija. Debería estar agradecido de que haya venido y haya dicho la verdad. Podría haber mentido o simplemente no haber venido y ahorrarme el disgusto.

—De lo único que me arrepiento es de no haber ido a la policía —continúo—. Porque si esas tijeras hubieran estado afiladas, el resultado para María podría haber sido muy distinto. Deberíamos haber denunciado a Georgina, y quizás entonces esto no habría pasado con Lissa. Si la hubieran castigado por lo que le hizo a María, quizás se lo habría pensado dos veces antes de intentar matar a Lissa.

—Gina tiene una enfermedad mental —dice el doctor Harper—. Una persona enferma no puede ser responsable de sus actos.

No digo nada; puede decir lo que quiera, *yo sé que no es así*. Georgina estará enferma, pero sabe perfectamente lo que hace.

—Gina nos dice que usted fue cruel con ella —dice el doctor Harper, al ver que no voy a responderle.

—Eso no me sorprende —digo—. Siempre culpa a los demás de sus fracasos. Hicimos todo lo posible por ayudarla, no escatimamos en interminables sesiones con el psiquiatra. Y al final *sí* se recuperó. Pudo volver al colegio después de Navidad y seguir con sus estudios. A esa chica le dimos de todo.

—Me malinterpreta, no digo que esté de acuerdo con ella —dice el doctor Harper con una sonrisa triste—. Solo le transmito el punto de vista de Gina.

—Le dejo los informes —digo, dando por terminada la conversación.

Me pongo de pie. No tengo ninguna intención de seguir aquí sentada mientras me interrogan y me hacen sentir culpable.

—Quizás sirvan para su tratamiento.

—Gracias.

El doctor Harper se levanta y se dirige a la puerta.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

Abre la puerta.

—¿Hay algo que quiera que le diga a Gina? ¿Algún mensaje que pueda darle?

Me lo pienso un momento antes de responder.

—No —digo mientras salgo por la puerta—. Ningún mensaje.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Gina

Al entrar en la habitación y ver quién está sentada allí, siento una inmensa decepción, pero hago todo lo posible por ocultarla.

—Hola, Gina —me saluda Trudy con una sonrisa radiante.

—Hola, Trudy —digo.

—¿Dónde está el doctor Harper? —pregunto.

—El doctor Harper está un poco ocupado ahora mismo, así que me temo que tendrás que conformarte conmigo. —La doctora Wilson pone cara de disculpa y suelta esa risa suya entrecortada, y yo consigo esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Puede que se una a nosotras más tarde si le es posible, pero por favor, ponte cómoda y empezamos. —Señala el sillón frente a ella; me siento y me acomodo. La doctora Wilson, o Trudy, como insiste en que la llamen todos los pacientes, es muy agradable. Mis citas las he tenido a medias entre Trudy y el doctor Harper. Alistair.

No me gustan los cambios, especialmente cuando afectan a mi psiquiatra. No fui consciente de esto hasta después de varias sesiones con Alistair; hablamos sobre mi forma de ver la vida y poco a poco descubrí que soy una persona a la que le gusta la rutina, que las cosas sigan igual. No llevo bien los cambios. Por eso Lissa me desestabilizó tanto; estaba acostumbrada a vivir sola y tener a otra persona en casa alteró mi equilibrio. De haberlo sabido, nunca habría puesto un anuncio buscando inquilina y todo este desastre podría haberse evitado.

Alistair y Trudy mantienen que Lissa no fue el único desencadenante de lo que pasó, que yo ya me estaba viniendo abajo antes de que ella llegara. Insisten en que era extremadamente vulnerable porque me había mudado y había asumido una hipoteca enorme. Dicen que ya estaría luchando por mantenerme a flote y que la mudanza fue la razón por la que dejé que las cosas se me escaparan de las manos en el trabajo. Incluso ahora no tengo recuerdos de lo que pasó con mi negocio, porque en mi mente iba a trabajar, atendía a clientes y llevaba mi negocio como siempre. Alistair dice que cuando yo creía estar trabajando, en realidad estaba viviendo en mi imaginación la otra vida que me había inventado con James.

Les di la razón en que la mudanza fue el desencadenante, porque ¿qué otra cosa podía hacer? He aprendido de mis compañeras reclusas en los meses que llevo aquí que es mejor darle la razón al psiquiatra si alguna vez quieres salir. Asiento, confirmo, les doy la razón en todo, pero sé que la mudanza no tuvo nada que ver con lo que pasó.

Todo fue culpa de Lissa.

Y de James también, porque creo que quizás pasé demasiado tiempo con él cuando debería haberme concentrado en el trabajo. Me enamoré perdidamente y lo puse por encima de todo, incluso de mi negocio.

No es que importe ya; todo eso quedó atrás y tengo que mirar hacia delante.

—Bueno, Gina, ¿cómo has estado desde tu última sesión con el doctor Harper? —pregunta Trudy.

Me resulta curioso que los doctores insistan en que los llamemos por su nombre de pila, pero cuando se refieren entre ellos siempre usan el título completo.

—Muy bien —digo con una sonrisa—. He seguido con los ejercicios diarios de yoga y meditación, y además he empezado en la clase de arteterapia y me encanta. Me siento mucho más tranquila ahora.

—Bien, bien. —Baja la vista hacia mi expediente y lee las notas que Alistair escribió el martes. Ojalá estuviera aquí; no me dio

ninguna indicación de que no vendría. Aunque tengo que ir con cuidado y no dejar que Trudy se dé cuenta de lo que estoy pensando. De pronto me entra el miedo de que *ellos* se hayan enterado, pero consigo controlarlo; no hay manera de que puedan saberlo.

—Te has adaptado bien durante tu estancia con nosotros, has respondido muy bien a la terapia, y tanto el personal como los clientes de la unidad hablan muy bien de ti.

Me sonrío radiante como si eso debiera alegrarme, pero lo único que siento es irritación, aunque oculto mis sentimientos con una sonrisa igual de empalagosa. Ya es bastante humillante que pidan informes de mi comportamiento al personal, pero ¿pedir la opinión de los otros *clientes* sobre mí? Eso ya es el colmo. No son *clientes*, son reclusas, y la mayoría no tiene ni la más remota esperanza de salir nunca de aquí porque están todas completamente chifladas.

¿Creen que por llamarnos *clientes* vamos a olvidar que estamos aquí porque nos han internado y no tenemos absolutamente *ninguna* opción al respecto? Es ridículo. Pero no me atrevo ni siquiera a reírme en un momento inapropiado porque me vigilan *todo* el tiempo. Una risa, un ceño fruncido, un arrebató de mal genio, un día en que no me apetece lavarme el pelo o ponerme ropa limpia: todo se registra y se analiza con un detalle insoportable. Si cogieran a gente al azar de la calle y la metieran aquí, les costaría muchísimo conseguir que los dejaran salir. Este sitio basta para volverte loca de verdad con tanto interrogatorio y tanta vigilancia.

—He hecho buenas amigas en la unidad —miento—. Y ahora que estoy mucho más tranquila, me horroriza la cadena de acontecimientos que me trajeron aquí. No sé si podré perdonarme nunca por cómo me comporté.

Digo prácticamente lo mismo de distintas maneras en cada sesión; es lo que les gusta oír y lo que hace falta para que me dejen salir de aquí. En esto es donde hablar con las otras *clientes* me ha resultado útil; bastantes de ellas han entrado y salido de aquí como yoyós, así que saben perfectamente qué quieren oír los psiquiatras.

Hemos repasado todo lo de la infancia, una y otra vez, y prácticamente he culpado a mis padres, sobre todo a mi madre,

porque parece que es lo que esperan. También me viene bien porque, aparte de Lissa, ella es la culpable.

—Tengo entendido que tu madre vino a visitarte, pero te negaste a verla —dice Trudy.

Sabía que esta sería una de sus preguntas y que tendría que andarme con cuidado en la respuesta. No es aceptable decir que odias a tus padres, aunque sea verdad. Puedes quejarte de ellos y culparlos, pero no odiarlos; el odio no está permitido.

—Sí, así es. Le di muchas vueltas a si debía verla o no, pero llegué a la conclusión de que hay relaciones que es mejor dar por terminadas —sonríó con tristeza antes de añadir—. Por el bien de las dos.

Trudy garabatea en su cuaderno y no sé si ha sido una buena respuesta. No podía decirle la verdad; además de no querer volver a ver a mi madre en la vida, sabía que si lo hacía, usaría todo lo que le dijera en mi contra para asegurarse de que nunca me soltaran. Seguro que les ha contado un montón de mentiras de todas formas, pero desde luego no pienso ayudarla.

—Ahora, Gina, en tu última sesión con el doctor Harper hablasteis de lo que pasará cuando salgas de aquí. ¿Has pensado más en ello? Veo que le dijiste que no te creías preparada.

Frunzo el ceño y me quedo callada un momento, como si estuviera pensando en lo que voy a decir, aunque ya tengo la respuesta preparada.

—Creo —digo finalmente— que todavía no estoy del todo preparada, pero lo estaré pronto. Necesito quedarme aquí un poco más, solo para asegurarme de que tengo bien asentadas todas mis estrategias de afrontamiento.

Sé que esto es lo que quieren oír porque muchos de los otros me lo han dicho. Si digo que sí, que quiero irme inmediatamente, los doctores sospecharán de mí y se preguntarán si de verdad estoy mejor o solo finjo para poder salir de aquí. Por otro lado, si digo que no estoy segura de cuándo podría estar preparada, pueden considerar que estoy muy lejos de recuperarme y podría quedarme atrapada aquí para siempre.

Trudy sonríe para tranquilizarme y garabatea en su cuaderno. Por supuesto que quiero irme; me iría ahora mismo si pudiera, pero tengo que ir con cuidado. Aunque me han dicho que es poco probable que la Fiscalía presente cargos, si parece que me he recuperado de mi enfermedad mental demasiado rápido, podrían cambiar de opinión. Sobre todo si Lissa les está dando la lata, que seguro que sí. Aunque no veo por qué deberían acusarme, porque no es que haya asesinado a nadie; Lissa se llevó unos cuantos cortes y moratones, pero solo fue lo que se merecía por robarme a James. A lo mejor así aprende a comportarse y a no quitarse las bragas a la primera.

— Y cómo te sientes ahora respecto a James y Lissa? —pregunta Trudy, como si me hubiera leído el pensamiento.

Me aparto el pelo de la cara y suspiro.

—Me siento *muy* mal —miento—. Lissa fue tan buena amiga y nunca me perdonar  por tratarla como la trató ni por causar el accidente. No espero que me perdone,  por qué iba a hacerlo?, pero voy a escribirle igualmente para disculparme.

— Y James? —me pregunta Trudy.

—Me da vergüenza —digo con una sonrisa compungida—.  C mo pude inventarme una relación con alguien a quien solo había visto una vez? Ahora me parece casi increíble y me siento fatal.

—No te sientas mal —dice Trudy en tono tranquilizador—. Estabas en pleno episodio grave y prolongado, y la relación era muy real para ti aunque no existiese.

Asiento con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con ella.

Por supuesto, no estoy de acuerdo en absoluto. Solo le digo lo que quiere oír. La relación entre James y yo era muy real y fue la intervención de esa fulana de Lissa la que lo arruinó todo. Jamás perdonar  a Lissa, y en cuanto a James, lo nuestro se acab . Soy una persona que perdona, pero su comportamiento me lo ha mostrado tal como es y no es el hombre que yo creía. Puedo aspirar a mucho más que James y merezco a alguien que me quiera y me valore, no que me eng e con la primera cualquiera que se le tire encima. Todo lo que sentía por él ha muerto y nunca volver  a infravalorarme.

—El doctor Harper y yo hemos estado hablando de tu caso y creemos que te vendría bien quedarte unas semanas más antes de irte a casa, pero que también te beneficiaría pasar algunos días fuera de la unidad antes de eso. ¿Qué te parece?

—Me parece buena idea —digo.

—Excelente.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen; se abre y entra Alistair.

—Hola, Gina —me saluda con un gesto de cabeza, y luego a Trudy—. Doctora Wilson.

Acerca una silla junto a la de Trudy y se sienta, estirando las largas piernas.

Sonrío y murmuro *hola* e intento disimular mi alegría. Tenemos que tener mucho cuidado de que nadie descubra nuestra relación; la menor sospecha de que estamos enamorados y será el fin de nuestras sesiones y de la carrera de Alistair.

—Gina y yo estábamos hablando precisamente de su reintegración a la vida fuera del hospital, ¿verdad, Gina? —dice Trudy.

—Así es —confirmo—. Me parece muy buena idea pasar algunos días fuera para ir acostumbrándome a la vida de fuera.

—Excelente —Alistair junta las yemas de los dedos y se las apoya bajo la barbilla—. Al principio irás acompañada de alguien de la unidad, pero en cuanto te sientas cómoda podrás salir sola.

Le brillan los ojos y tengo que contenerme para no levantarme de un salto y echarle los brazos al cuello. Ojalá pudiera acompañarme él en una de las salidas; por desgracia, es demasiado importante, así que se lo dejarán a alguna de las enfermeras.

Tenemos que tener *tanto* cuidado de que nadie descubra lo nuestro. Aunque Alistair nunca ha *pronunciado* las palabras *te quiero*, no cabe duda de que me quiere por cómo me mira. Tenemos nuestro propio código secreto para decirnos lo que sentimos sin que nadie más se entere. Una mirada aquí, una inclinación de cabeza, juntar las yemas de los dedos: eso significa *te quiero* y lo hace *constantemente*. Cuando pienso en lo que sentía por James, no era nada comparado con esto. Quiero *de verdad* a Alistair; incluso puedo

pasar por alto que su diagnóstico de mi enfermedad sea erróneo, porque nadie es perfecto del todo.

Esto sí es amor de verdad.

—Creo que estoy lista —digo, con una sonrisa—. Y tengo muchas ganas.

—Excelente —dice Alistair, dedicándome esa sonrisa secreta que me dice que pronto estaremos juntos. Me siento tan feliz y tan afortunada de haberlo encontrado. Desde el momento en que lo conocí supe que el destino nos había unido.

Él es a quien he estado esperando.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Lissa

Miro por la ventana a la calle y observo cómo los hombres fornidos abren las puertas del camión de mudanzas. Me pregunto qué cara pondrán cuando descubran que el ascensor es pequeño y que si traen algo más grande que un sillón, tendrán que subirlo a pulso por las escaleras. Por suerte para ellos solo será un piso, ya que el apartamento de al lado es el único vacío del bloque. Parece que por fin voy a tener un nuevo vecino.

Me aparto de la ventana y vuelvo a arrodillarme junto al árbol de Navidad que he comprado para seguir decorándolo. Es pequeñito, de poco más de un metro veinte, no como los monstruos de dos metros que Hugh y yo solíamos tener. Probablemente sea demasiado grande para esta habitación, pero me da igual; quiero que el piso tenga ambiente navideño y parezca un hogar de verdad.

Han pasado más de ocho meses desde que Hugh y yo nos divorciamos. Llevo tres meses viviendo en este apartamento y, curiosamente, estoy disfrutando de vivir sola. Hugh y yo ya no hablamos y apenas nos dirigíamos la palabra durante los trámites del divorcio. Se convirtió en un completo gilipollas, y en cuanto su nueva fulana se acomodó en su casa, empezaron a bombardearme con cartas de abogados para asegurarse de que me recortaran hasta el último céntimo de mi parte de la venta de la casa. Hugh cumplió su amenaza de obligarme a pagar mis propias deudas, así que recibí mucho menos que él.

Me estremezco ahora cuando recuerdo cómo le pedí que volviéramos. ¿En qué estaría yo pensando? Que incluso estuviera planteándome tener un bebé para complacerlo... ahora me resulta absolutamente incomprensible. Gracias a Dios que me rechazó, porque si no estaría rodeada de vómitos y mierda de bebé, con los pezones destrozados y el cuerpo arruinado. Solo de pensarlo me dan escalofríos.

Cuando por fin se arregló todo el tema del dinero, tenía suficiente para comprar un apartamento de dos habitaciones sin hipoteca o pedir una hipoteca y comprar una casa. Opté por el apartamento porque una casa tendría jardín y habría que cuidarlo, y yo nunca había movido un dedo en el jardín cuando estaba con Hugh; él lo hacía todo. Lo único que hacía yo era tumbarme a tomar el sol cuando hacía buen tiempo. Ni siquiera tenía tendedero; todo iba a la secadora o a la tintorería. Hacíamos alguna barbacoa en verano, pero sinceramente, ¿iba a ponerme yo a hacer barbacoas? Ni de broma, porque siempre las hacía Hugh, y además la comida a la parrilla tampoco me vuelve loca, siempre me sabe a quemado. Bueno, la de Hugh al menos. No, no necesitaba un jardín porque solo sería una preocupación más.

No es que me preocupe.

Bueno, no mucho, la verdad.

Compré un piso y está pagado, así que no tengo que pagar hipoteca cada mes, y aparte de las facturas me sobra dinero para hacer lo que me dé la gana. Pensé que seguiría como antes: tratamientos de belleza, bótox, días de spa, ropa de diseño, todo lo que solía comprar, pero no ha sido así.

La verdad es que tengo tanta ropa que no necesito más; hay prendas que ni me he puesto y todavía tienen las etiquetas colgando. Los tratamientos de belleza me siguen gustando, pero ahora prefiero comprar las cremas y potingues y hacérmelos yo misma en casa. En cuanto al bótox, bueno, en realidad no lo *necesito*, así que ¿para qué?

La cara se me ha curado muy bien, mucho mejor que a la mayoría, según los médicos. Con una capa de maquillaje nadie diría que tengo cicatrices, e incluso sin maquillaje apenas se notan, son

solo unas líneas muy tenues. Pero mi cara ya no es perfecta, mi piel ya no es inmaculada y, lo que es más importante, ya no me siento igual. No quiero que las esteticistas me unten cosas en la cara y se pongan a examinar las cicatrices o, Dios me libre, me pregunten por ellas.

Sigo odiando a Gina por lo que me hizo, pero voy a terapia para intentar superarlo porque no quiero volverme una amargada. Le deseo la muerte a Gina, eso es un hecho, y no creo que eso vaya a cambiar nunca. A veces hasta fantaseo con matarla, pero estoy intentando dejarlo porque no es sano. Aunque tampoco es que vaya a hacerlo de verdad, así que ¿qué daño hay?

Nada de esto se lo he contado al terapeuta, y no sé si alguna vez lo haré, porque hay cosas que es mejor no decir.

Me sentiría mejor si hubiera ido a la cárcel o hubiera recibido algún castigo, pero se salió con la suya; se salió completamente con la suya. Lo que Gina me hizo apenas salió en las noticias porque tiene *problemas de salud mental* y a los medios les aterroriza informar sobre cualquiera que se haya vuelto majara. Así que, de alguna manera, aunque yo soy la víctima inocente en todo esto, soy la que ha sufrido, y ella se ha librado de la cárcel por estar loca.

Lo único bueno que ha salido de todo esto es que no he sabido nada de Simon desde el día del accidente, ni un mensaje, amenazante ni de ningún tipo. Supongo que cuando la policía se presentó en su puerta para interrogarlo sobre Gina, se le quitaron las ganas de molestar. Es un alivio enorme, porque le tenía un poco de miedo. Ya no es cliente mío, de hecho ya no es cliente de la agencia, así que quizás le dé vergüenza. A veces me pregunto si la forma en que me trató tuvo algo que ver con mi patético intento de recuperar a Hugh.

Ya no tengo tantos amigos como antes.

Bueno, en realidad, ahora mismo no tengo ninguno, y la verdad es que estoy disfrutando bastante de estar sola.

Después de salir del hospital y quedarme en casa de mis padres, obviamente no vi a nadie porque tenía los dos brazos escayolados. Y fue curioso, porque incluso cuando me quitaron las escayolas y se me curó la cara y volví al trabajo, seguí quedándome con ellos.

Pensé que estaría deseando irme para escapar de los sermones y el agobio, pero no fue así. Los sermones no fueron ni de lejos tan malos como esperaba, y fue bastante agradable que me cuidaran. No podía traer a mis amigos a dormir ni quedarme en sus casas, porque habría tenido que dar demasiadas explicaciones, pero descubrí que me daba igual; fue bastante agradable descansar de los hombres. Al final me quedé en casa de mis padres hasta que me mudé aquí hace tres meses.

También he descubierto quiénes son mis verdaderos amigos, porque los verdaderos amigos no te abandonan en los malos momentos, ¿no? De mi amplio círculo de amistades, solo unos pocos han seguido a mi lado, y no son los que yo habría esperado. Los amigos con los que solía salir de fiesta fueron los primeros en desaparecer, porque obviamente yo no estaba en condiciones de salir. Enseguida les siguieron los clientes que se habían convertido en amigos. En cuanto dejé de visitarlos con regularidad, dejaron de llamarme, así que en realidad no eran amigos de verdad, ¿no?

Ahora puedo contar con los dedos de una mano a las personas que considero amigas, pero no pasa nada, porque apenas tengo tiempo para quedar con gente y no necesito abarcar tanto. Rachel, otra de las diseñadoras de interiores con las que trabajo, es ahora una de mis mejores amigas. Siempre nos habíamos llevado bien, pero no llegué a conocerla de verdad hasta que volví al trabajo después del accidente. Lo estaba pasando mal. Ella se ofreció sin que tuviera que pedírselo y, básicamente, me ayudó a salir adelante.

Está a punto de llegar. Vamos a comer algo y luego iremos andando al centro a hacer unas compras navideñas; una de las ventajas de mi nueva casa es que está a solo diez minutos a pie del centro.

Rachel tiene cuarenta años y está divorciada, como yo. Es felizmente soltera y no tiene ninguna intención de volver a sentar cabeza. Dice que ni loca vuelve a aguantar a un hombre, que le gusta darse sus gustos y hacer lo que le da la gana. Puede que tenga razón; yo todavía no lo tengo claro.

Cuelgo la última bola en el árbol, me levanto y coloco la gruesa estrella plateada en lo alto. Parece un poco inestable, pero espero

que aguante.

Voy a la cocina, paso rápidamente la quiche a un plato y echo la ensalada de la bolsa en un cuenco. Los llevo al salón y los pongo en la mesa. Ya la he puesto con dos platos, cubiertos y dos copitas de vino. Tengo una botella de Prosecco enfriándose en la nevera, pero tendré que ser estricta y asegurarme de que solo nos tomemos una copa cada una, porque si no, nos olvidaremos de ir de compras.

Acabo de terminar cuando suena el timbre. Será Rachel, siempre llega puntualísima, no como yo. Echo un último vistazo a la mesita del rincón del salón para asegurarme de que queda bien y voy por el pasillo hacia la puerta.

Abro la puerta y ahí está Rachel; lleva un abrigo de piel sintética sobre pantalones negros y unos tacones de aguja altísimos. Lleva el pelo castaño recogido en un moño brillante y, como siempre, está espectacular.

—¡Hola! Espero que estés lista para ir de compras en serio —dice, mientras me da dos besos al aire.

—Ya lo creo —respondo—. En cuanto comamos algo. Necesitamos coger fuerzas.

Me aparto para dejarla pasar, pero se detiene al oír que se abren las puertas del ascensor.

—Oye —dice, señalando con la cabeza hacia la izquierda—. Es tu nueva vecina.

—¿Qué?

—Que sale del ascensor —dice en voz baja—. La vi abajo mangoneando a los de la mudanza. Vamos a presentarnos y a ver qué averiguamos de ella.

No puedo evitar sentir alivio de que sea una mujer y no un hombre. Por alguna extraña razón tenía el presentimiento de que iba a mudarse un ligón baboso del que no podría quitarme de encima. Aunque no tengo ni idea de por qué pensé eso, porque el tipo que vivía allí antes nunca me dirigió ni una palabra. Tenía pinta de friki y siempre miraba al suelo en las raras ocasiones en que coincidíamos en el pasillo.

—Dios, qué cotilla eres —digo entre risas. No puedo ver el ascensor desde mi puerta, así que no tengo ni idea de si la mujer es

joven o mayor.

—¿Qué? —Se ríe y se hace la ofendida—. Solo estoy velando por una amiga. Tengo que asegurarme de que quien viva al lado sea alguien decente.

—Vale, pero no nos quedemos charlando un siglo —digo en voz baja—. Quiero llegar a las tiendas antes de que cierren.

Rachel es buenísima hablando, incluso peor que yo, y si no vamos con cuidado acabará invitando a la nueva vecina a entrar, pasaremos la tarde conociéndola y nos olvidaremos de las compras.

Rachel se ríe.

—Borde —dice, guiñándome un ojo.

El taconeo se acerca y Rachel pone su mejor sonrisa.

—¡Hola! Supongo que te mudas al número nueve. Yo soy Rachel y esta de aquí es Lissa.

—Encantada —digo, mientras salgo al pasillo, deseando conocer a mi vecina más cercana—. Soy Lissa.

Se me congela la sonrisa y miro a mi nueva vecina sin dar crédito.

No, no puede ser.

—Hola —dice Gina a Rachel, antes de volverse hacia mí—. Y hola, soy Georgina, encantada de conoceros.

La miro boquiabierta, sin poder creer que sea ella, y nos dedica una sonrisa radiante.

Dios mío, otra vez no...

FIN

Muchas gracias por leer este libro, de verdad que lo agradezco. Espero que lo hayas disfrutado y, si es así, me encantaría que dejaras una reseña o valoración en Amazon y/o Goodreads.

¿Te has suscrito a mi lista de correo? Si quieres hacerlo, haz clic [**AQUÍ**](#) para recibir un relato corto gratuito en tu bandeja de entrada, o haz clic en la imagen de abajo:



(o pega este enlace en tu navegador: <http://eepurl.com/hNGPSn>. También te mantendré al día de nuevos lanzamientos y ofertas especiales. Prometo que no compartiré tu dirección de correo electrónico ni te enviaré spam. Ahora sigue leyendo el primer capítulo de [El Doble](#), disponible en Amazon o siempre gratis en Kindle Unlimited.

THE DOUBLE

JOANNE RYAN

CAPÍTULO UNO

Hoy he visto a mi doble.

Al parecer, todo el mundo tiene un doble en algún lugar, pero nunca me lo creí hasta hoy, porque ¿cómo iba a ser posible? ¿Qué probabilidades hay de que todas las combinaciones posibles de padres produzcan a alguien exactamente igual a otra persona sin ningún parentesco? Imposible, solía decir.

Hasta ahora.

Vale, es posible, pero ¿qué probabilidades hay de conocer a tu doble en persona? Inexistentes, habría dicho, o si fuera de las que apuestan, una entre mil millones. Porque aunque tengas un doble, podría vivir en otra ciudad, en otro país o en otro continente.

Y sin embargo, ahí estaba yo, sentada frente a mi propia doppelgänger.

Viajaba en un tren en el que no debería haber estado, camino de un lugar al que normalmente no habría ido, y de repente, ahí estaba ella, sentada justo delante de mí.

Ella no llevaba mascarilla, pero yo sí, así que no podía ver que yo era su doble porque tenía la parte inferior de la cara tapada. Puede que la pandemia haya terminado y que la vida haya vuelto más o menos a la normalidad, pero algunos seguimos aferrados a nuestras mascarillas. Nos hemos acostumbrado a ellas, nos gustan porque podemos escondernos detrás y, de alguna manera, te hacen sentir invisible. Yo siempre llevo una, no porque tenga miedo de pillar algún germen de Covid que ande por ahí, sino porque me gusta el anonimato. Cada vez que voy a las tiendas o cojo el transporte público, me pongo una.

La gente no se molesta en intentar entablar conversación contigo si llevas mascarilla, es demasiado esfuerzo, y el mero hecho de llevarla ya dice: «no me hables». También hace más fácil ignorar a los conocidos: mantén la vista al frente, no los mires y puedes fingir que no los has visto, y tu expresión no te delata porque no pueden verla. Claro que eso es si no te apetece hablar con la gente, que es mi caso la mayoría de las veces.

Todavía somos bastantes los que llevamos mascarilla como para que parezca normal y no raro, y nunca voy a ningún sitio sin llevar una encima. Me he fijado en que son sobre todo mujeres las que todavía las llevan, así que quizá piensan como yo. O quizá es porque no tienes que molestarte con el maquillaje si llevas mascarilla. Mi madre nunca sale de casa sin una, aunque tiene un motivo oculto: le resulta más fácil engañar a las cámaras de seguridad con la mitad de la cara tapada cuando roba.

En fin, ahí estaba yo esta mañana, sentada en el tren de media mañana con destino a Londres. Normalmente no voy a Londres; vivo en una ciudad grande con muchas tiendas y no puedo permitirme malgastar dinero en un billete de tren solo para mirar escaparates de cosas que no me puedo permitir. Solo estaba en el tren porque había ganado un concurso para un cambio de imagen gratuito con un peluquero de primera de Londres. Cuando recibí la carta comunicándome que había ganado, pensé de verdad que era una broma porque ni siquiera recordaba haber participado en ningún concurso ni sorteo. Llamé a la peluquería para comprobarlo, les di el número del vale y sí, era verdad, podía elegir lo que quisiera: un tinte, un corte, lo que fuera. Los billetes de tren estaban incluidos y también un vale para comer en una cafetería elegante de la zona.

No me lo podía creer, y cuando lo pensé, me di cuenta de que mi madre debía de haber metido mis datos en un sorteo para aumentar las posibilidades de ganar, porque lo hace constantemente. No creo que lo pensara bien, porque si lo hubiera hecho, sabría que si el cupón está a mi nombre, el premio me lo quedo yo. Por suerte para ella no era un coche ni nada parecido. No es que fuera a decirle que había ganado; ni hablar, porque solo exigiría que se lo diera. Estaba encantada, pero pensé que habría sido mejor si hubiera podido

llevar a alguien conmigo; sin embargo, solo había un billete de tren incluido y un vale para comer. No podía permitirme pagar otro billete para que me acompañara alguien.

Aunque, siendo realistas, la única persona a la que querría llevar conmigo sería Mac, y no hay forma de que pise una peluquería de mujeres. «Que te diviertas», me había dicho cuando me llamó esta mañana, y luego había bajado la voz y dicho que estaba deseando tener a una mujer nueva en su cama esta noche. Se me encogió el estómago de la emoción cuando lo dijo, porque significaba que seguro que estaría en casa cuando yo volviera. Mac nunca hace promesas que no cumple.

Así que ahí estaba yo, a lo mío, disfrutando de un buen asiento con mesa, una ventana para mirar el paisaje y Mac para soñar despierta. Solo llevaba quince minutos en el tren cuando paramos en la siguiente estación y una mujer subió y se sentó en el asiento de enfrente. Aunque había una mesa entre nosotras, me molestó, y debajo de la mascarilla hice una mueca y le dije sin voz que se largara, que es otra buena razón para llevar mascarilla. El vagón estaba medio vacío y no entendía por qué tenía que sentarse en mi mesa cuando podría haberse quedado otra para ella sola. Eso es lo que habría hecho yo, pero quizá es porque no veo la necesidad de estar rodeada de gente todo el tiempo como les pasa a otros.

En cuanto se acomodó, dejó el móvil y su enorme vaso de café de Costa en la mesa, apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos. Me pareció un poco raro que estuviera cansada tan temprano, pero me dio una buena oportunidad para observarla.

Lo raro fue que no me di cuenta de inmediato de que era mi doble. La miré y pensé que había algo muy familiar en ella. Se me pasó por la cabeza que la conocía, pero descarté la idea enseguida porque no tengo muchas amigas y ella desde luego no era una de ellas. «Una famosa», pensé, porque iba muy bien vestida, con un maquillaje impecable y un peinado caro.

Suena ridículo, pero es verdad: no reconocí de inmediato a mi propia doble.

Cuando me di cuenta de que era exactamente igual que yo, no podía quitarle los ojos de encima; era casi como mirarme en un

espejo. Es una sensación muy extraña estar sentada frente a tu doble y ver tu propia cara en otra persona. En un momento dado, hasta cerré los ojos y los volví a abrir para asegurarme de que no estaba viendo visiones ni soñando, o algo así.

Ella no era consciente de mi escrutinio, e incluso con los ojos abiertos no habría tenido ni idea de que estaba sentada frente a su gemela, porque llevaba la cara medio tapada con la mascarilla.

Su cara era una copia perfecta de la mía.

O la mía era una copia perfecta de la suya.

El pelo, eso sí, era diferente. El mío es, o era, castaño oscuro y ligeramente ondulado, y me cae alrededor de la cara sin pena ni gloria. Normalmente me lo recojo en una coleta. El suyo era más o menos del mismo color, pero llevaba unos reflejos cobrizos que se notaban caros y lo tenía brillantísimo, con mucho brillo. Lo llevaba cortado en ese estilo ondulado en forma de S justo por debajo de la barbilla que llevan todas las famosas y que queda muy chic. Decidí en ese mismo momento que me iba a cortar el pelo exactamente así en la peluquería elegante a la que iba.

Su ropa era muy diferente a la mía. Bastaba un vistazo para darse cuenta de que la suya era mucho más cara que mis imitaciones del mercadillo y las copias de Primark. Su gabardina azul pálido con cinturón era una auténtica Stella McCartney, no una falsificación; lo supe al instante. Una de mis aficiones favoritas es leer revistas del corazón y conozco prácticamente cada puntada de ese abrigo porque me encanta. Sé perfectamente que cuesta casi novecientas libras, pero ella lo llevaba con tanta naturalidad que podría haberle costado cinco. Solo la gente con dinero tiene ese desprecio por el precio de las cosas: el bolso Mulberry tirado en el asiento de al lado, el móvil de última generación... y sin embargo lo había dejado todo sobre la mesa como si no valiera nada.

La gente rica es así. De pequeña acompañaba a mi madre cuando hacía de limpiadora, y todas las casas grandes que limpiaba estaban repletas de cosas caras que los ricos propietarios dejaban tiradas por ahí, al alcance de cualquiera. No las cuidaban como yo lo habría hecho. A ellos nunca les había pasado nada malo, y esa clase de gente da por sentado que nunca les pasará. A mi madre la sacaba

de quicio: tantas cosas caras ahí tiradas, esperando que alguien se las llevara, y ella sin poder birlar ninguna. Habrían sabido enseguida que había sido ella. Será ladrona, pero no es tonta; lleva años robando en tiendas y ha conseguido no pisar la cárcel. La han pillado unas cuantas veces, pero siempre se ha librado con una multa. Aunque como la pillen otra vez, la cosa puede cambiar.

Sentada allí, me invadió una oleada de celos hacia la riqueza de mi doble y su indiferencia ante ella. Una parte de mí quería cruzar la mano por encima de la mesa, coger su elegante teléfono y guardármelo en el bolsillo.

No lo hice, claro, porque aunque mi madre sea una ladrona de poca monta y una ratera, yo no.

Al menos, no para cosas pequeñas.

Así que me fijé en su ropa cara y su bolso de diseño, y supe que su vida sería muy distinta a la mía aunque tuviéramos exactamente la misma cara. Parecía tener más o menos mi talla, y nuestras cabezas quedaban a la misma altura, así que supuse que mediríamos lo mismo.

Al cabo de un rato llegó el revisor a nuestra mesa, y ella no podía estar dormida de verdad porque abrió los ojos y lo miró. Le dedicó esa sonrisa vaga que la gente acomodada les regala a todos los que se cruzan en su camino, y me asombró comprobar que incluso tenía los mismos dientes que yo. Lo único que dijo fue «gracias», y bastaron esas dos palabras para darme cuenta de que su voz era parecida a la mía, pero su acento... Bueno, digamos que ella es lo que yo podría haber sido si hubiera nacido en una familia rica y hubiera ido a un colegio privado.

¿Qué haces cuando conoces a tu doble? ¿Debería bajarme la mascarilla y decir «¡itachán!»? ¿O quitármela y esperar a que ella me viera? Estaba dándole vueltas a esto mientras ella se incorporaba y daba un sorbo a su café. Me echó un vistazo fugaz, volvió a dedicarme esa sonrisa vaga y luego se encorvó sobre el móvil para abrir su Instagram.

No dije nada ni me quité la mascarilla, porque mientras contemplaba fascinada a mi vivo reflejo sentado frente a mí, se me ocurrió algo.

Ella podía ser la respuesta a todo.

Para continuar la historia, ve a: <http://viewbook.at/TheDouble>

LIBROS DE ESTA AUTORA

Miénteme

Una Noche

No Soy Una Chica Cualquiera

Sin Razón

Todos Los Años Perdidos

La Doble